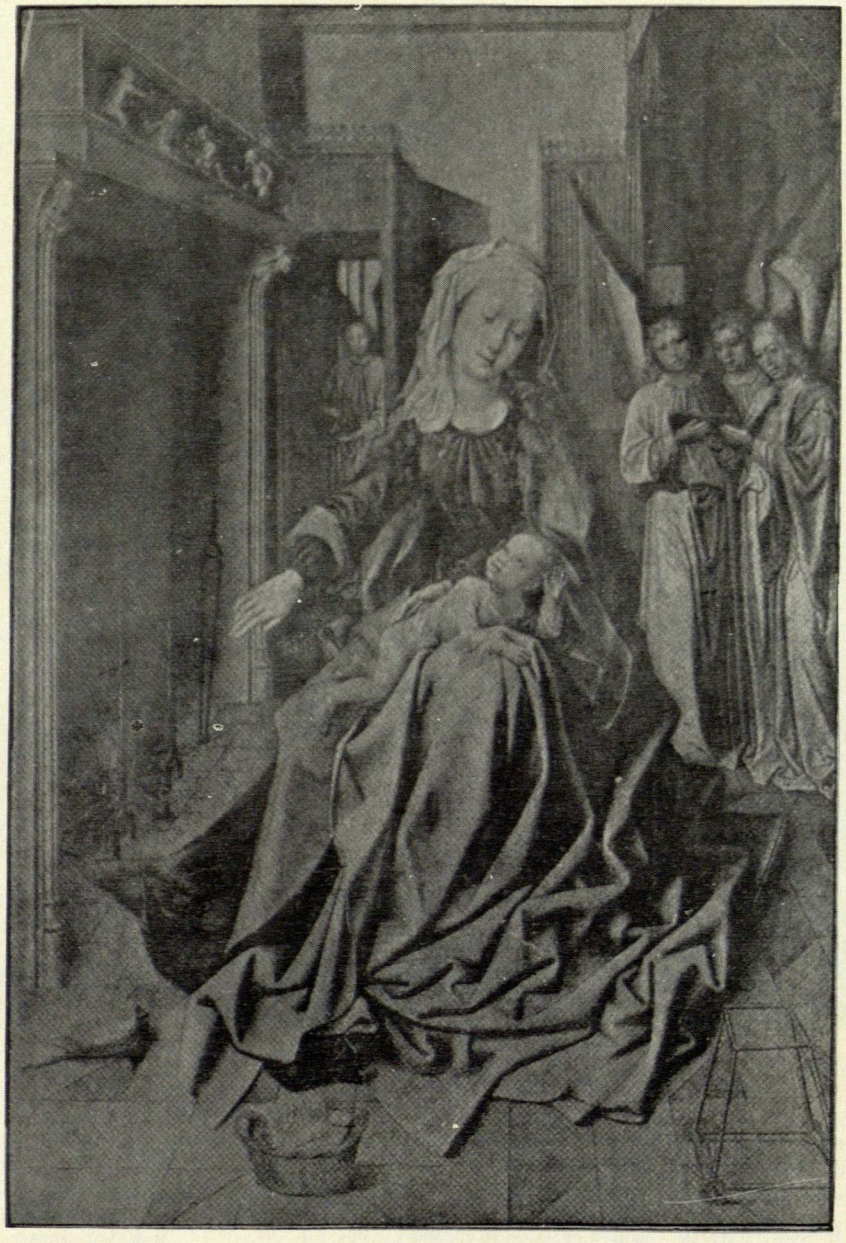
EL COJO ILUSTRADO

Año XIV — 1º DE FEBRERO DE 1905 — Nº 315

PRECIO
SUSCRIPCIÓN MENSUAL ..... B. 4
UN NUMERO SUELTO ..... B. 2

DIRECTOR:
J. M. HERRERA IRIGOYEN
EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL
DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.
Este 4 — Número 14
CARACAS — VENEZUELA
NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



VAN DER WEYDEN

LA VIRGEN CON EL NIÑO Y LOS ÁNGELES

OTRAS VIDAS

—

UNA ESPERANZA

I

En un ángulo de la pieza, habilitada de capilla, Luis, el joven militar, abrumado por todo el peso de su mala fortuna, pensaba. Pensaba en los viejos días de su niñez, pródiga en goces y rodeada de mimos, en la amplia y tranquila casa paterna, uno de esos caserones de provincia, sólidos, vastos, con jardín, huerta y establos, con espaciosos corredores, con grandes ventanas que abrían sobre la solitaria calle de una ciudad de segundo orden, (no lejos por cierto de aquélla en que él iba á morir) sus rectángulos cubiertos por encorvadas y potentes rejas, en las cuales lucía discretamente la gracia viril de los rosetones de hierro forjado.

Recordaba su adolescencia, sus primeros ensueños, vagos como luz de estrellas, sus amores cristalinos, misteriosos, asustadizos como un cervatillo en la montaña y más pensados que dichos, con la güerita de enagua corta, que apenas deletreaba los libros y la vida....

Luego desarrollábase ante sus ojos el claro paisaje de su juventud fogosa; sus camaradas alegres y sus relaciones ya serias con la rubia de marras, vuelta mujer y que ahora reza sin duda porque vuelva (ay! en vano, en vano....)

Y por último, llegaba á la época más reciente de su vida, al período de entusiasmo patriótico, que le hizo afiliarse al Partido Liberal, amenazado de muerte por la Reacción, ayudada en esta vez de un poder extranjero y que, después de varias escaramuzas y batallas, le había llevado á aquel espantoso trance.

Cogido con las armas en la mano, hecho prisionero y ofrecido con otros compañeros á trueque de las vidas de algunos oficiales reaccionarios, había visto desvanecerse su última esperanza, en virtud de que la proposición de canje llegó tarde, cuando los liberales, sus correligionarios, habían fusilado ya á los prisioneros conservadores.

Iba, pues, á morir. Esta idea que había salido por un instante de la zona de su pensamiento, gracias á la excursión amable por los sonrientes recuerdos de la niñez y de la juventud, volvía de pronto, con todo su horror, estremeciéndole de pies á cabeza.

Iba á morir.....¡á morir! No podía creerlo, y, sin embargo, la verdad tremenda se imponía: bastaba mirar en rededor: aquel altar improvisado, aquel Cristo viejo y gesticulante sobre cuyo cuerpo esqueletoso caía móvil y siniestra la luz amarillenta de las velas, y, ahí cerca, visibles á través de la rejilla de la puerta, los centinelas de vista.....Iba á morir, así, fuerte, joven, rico, amado... ¡Y todo por qué! por una abstracta noción de patria y de partido.....¿Y qué cosa era la patria? Algo muy impreciso, muy vago para él en aquellos momentos de turbación, en tanto que la vida, la vida que iba á perder, era algo real, realísimo, concreto, definido.....¡era su vida!

—¡La Patria! ¡morir por la Patria!—pensaba. Pero es que ésta, en su augusta y divina inconsciencia, no sabrá siquiera que he muerto por ella....

—«¡Y qué importa, si tú lo sabes!» le replicaba allá dentro un subconsciente misterioso. «La Patria lo sabrá por tu propio conocimiento, por tu pensamiento propio, que es un pedazo de su pensamiento y de su conciencia colectiva... Eso basta....»

No, no bastaba eso.....y sobre todo, no quería morir: su vida era «muy suya» y no quería que se la quitaran. Un formidable instinto de conservación se sublevaba en todo su sér y ascendía incontenible, torturador y lleno de protestas.

A veces, la fatiga de las prolongadas vigilias, la intensidad de aquella sorda fermentación de su pensamiento, el exceso mismo de la pena, le abrumaban y dormitaba un poco; pero entonces, su despertar brusco y la inmediata, clarísima y repentina noción de su fin, un punto perdida, eran un tormento inefable, y el cuitado, con las manos sobre el rostro, sollozaba con un sollozo que llegando al oído de los centinelas, hacíales asomar por la rejilla sus caras atezadas, en las que se leía la secular indiferencia del indio.

II

Se oyó en la puerta un breve cuchicheo y en seguida ésta se abrió dulcemente para dar entrada á un sombrío personaje, cuyas ropas se diluyeron casi en el negro de la noche, que vencía las últimas claridades crepusculares.

Era un sacerdote.

El joven militar, apenas lo vió, se puso en pie y extendió hacia él los brazos como para detenerlo, exclamando:

—¡Es inútil, padre, no quiero confesarme!

Y sin aguardar á que la sombra aquella respondiera, continuó con exaltación creciente:

—No, no me confieso, es inútil que venga usted á molestarse. ¿Sabe usted lo que quiero? Quiero la vida, que no me quiten la vida: es mía, muy mía y no tienen derecho de arrebatármela.... Si son cristianos, ¿por qué me matan? En vez de enviarle á usted á que me abra las puertas de la vida eterna, que empiecen por no cerrarme las de ésta.....No quiero morir, ¿entiende usted? me rebelo á morir: soy joven, estoy sano, soy rico, tengo padres y una novia que me adora; la vida es bella; muy bella para mí....Morir en el campo de batalla, en medio del estruendo del combate, al lado de los compañeros que luchan, enardecida la sangre por el sonido del clarín... ¡bueno, bueno! Pero morir, obscura y tristemente, pegado á la barda mohosa de una huerta, en el rincón de una sucia plazuela, á las primeras luces del alba, sin que nadie sepa siquiera que ha muerto uno como los hombres.....¡padre, padre, eso es horrible!

Y el infeliz se echó en el suelo, sollozando.

—Hijo mío, dijo el sacerdote cuando comprendió que podía ser oído: yo no vengo á traerle á usted los consuelos de la religión; en esta vez soy emisario de los hombres y no de Dios, y si usted me hubiese oído con calma desde un principio, hubiera usted evitado esa exacerbación de pena que le hace sollozar de tal manera. Yo vengo á traerle justamente la vida, ¿entiende usted? esa vida que usted pedía hace un instante con tales extremos de angustia....¡la vida que es para usted tan preciosa! Oigame con atención, procurando dominar sus nervios y sus emociones, porque no tenemos tiempo que perder: he entrado con el pretexto de confesar á usted y es preciso que todos crean que usted se confiesa: arrodíllese, pues, y escúcheme. Tiene usted amigos poderosos que se interesan por su suerte; su familia ha hecho hasta lo imposible por salvarlo, y no pudiendo obtenerse del Jefe de las Armas la gracia de usted, se ha logrado con graves dificultades é incontables riesgos sobornar al jefe del pelotón encargado de fusilarle. Los fusiles estarán cargados sólo con pólvora y taco; al oír el disparo, usted caerá como los otros, los que con usted serán llevados al patíbulo, y permanecerá inmóvil. La obscuridad de la hora le ayudará á representar esta comedia. Manos piadosas—las de los Hermanos de la Misericordia, ya de acuerdo—le recogerán á usted del sitio en cuanto el pelotón se aleje, y le ocultarán hasta llegada la noche, durante la cual sus amigos facilitarán su huida. Las tropas liberales avanzan sobre la ciudad, á la que pondrán sin duda cerco dentro de breves días. Se unirá usted á ellas si gusta. Conque....ya lo sabe usted todo: ahora rece en voz alta el «Yo pecador», mientras pronuncio la fórmula de la absolución, y procure dominar su júbilo durante las horas que faltan para la ejecución, á fin de que nadie sospeche la verdad.

—Padre, murmuró el oficial, á quien la impresión de una alegría loca permitía apenas el uso de la palabra—¡que Dios le bendiga! Y luego, presa súbitamente de una duda terrible:

—Pero....¿todo esto es verdad?.... añadió temblando. ¿No se trata de un engaño piadoso, destinado á endulzar mis últimas horas? ¡Oh, eso sería inicuo, padre!

—Hijo mío, un engaño de tal naturaleza constituiría la mayor de las infamias, y yo soy incapaz de cometerla....

—Es cierto, padre, ¡perdóneme, no sé lo que digo, estoy loco de júbilo!

—Calma, hijo, mucha calma y hasta mañana; yo estaré con usted en el momento solemne.

III

Apuntaba apenas el alba, una alba desteñida y friolenta de febrero, cuando los reos—cinco por todos—que debían ser ejecutados, fueron sacados de la prisión y conducidos, en compañía del sacerdote, que rezaba con ellos, á una plazuela terregosa y triste, limitada por bardas semiderruídas y donde era costumbre llevar á cabo las ejecuciones.

Nuestro Luis marchaba entre ellos con paso firme, con erguida frente; pero llena el alma de una emoción desconocida y de un deseo infinito de que acabase pronto aquella horrible farsa.

Al llegar á la plazuela, los cinco reos fueron colocados en fila, á cierta distancia, y la tropa que los escoltaba, á la voz de mando, se dividió en cinco grupos de á siete hombres, según previa distribución hecha en el cuartel.

El coronel del cuerpo, que asistía á la ejecución, indicó al sacerdote que desde la prisión había ido exhortando á los reos,

JOSEPH BAIL: LABOR TRANQUILA

que los vendara y se alejase luego á cierta distancia. Así lo hizo el padre y el jefe del pelotón dió las primeras órdenes con voz secá y perentoria.

La leve sangre de la aurora empezaba á teñir con desmayo melancólico las nubecillas del oriente y estremecían el silencio de la madrugada los primeros toques de una campanita cercana que llamaba á misa.

De pronto una espada rubricó el aire, una detonación formidable y desigual llenó de ecos la plazuela, y los cinco ajusticiados cayeron trágicamente en medio de la penumbra semirrosada del amanecer.....

El jefe del pelotón hizo en seguida desfilar á los soldados con la cara vuelta hacia los reos y con breves órdenes organizó el regreso al cuartel, mientras que los hermanos de la Misericordia se apercibían á recoger los cadáveres.

En aquel momento, un granuja de los muchos mañaneadores que asistían á la ejecución, gritó con voz destemplada, señalando á Luis, que yacía cúan largo era al pie del muro:

—¡Ese está vivo! ¡ese está vivo! Ha movido una pierna....

El jefe del pelotón se detuvo, vaciló un instante, quiso decir algo al pillete; pero sus ojos se encontraron con la mirada interrogadora, fría é imperiosa del coronel, y desnudando la gran pistola de Colt que llevaba ceñida, avanzó hacia Luis, que presa del terror más espantoso casi no respiraba, apoyó el cañón en su sien izquierda é hizo fuego.

AMADO NERVO.

EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE INVIERNO

A Ricardo Jaimes Freyre

Alas, por Yorik!»
HAMLET

Cuervo amigo! Cuervo amigo!
Sobre tu manto de duelo
Fina túnica de encaje
La callada nieve ha puesto;
Algo ideal brilla en tu sombra
Como el nimbo de lo feo.
Lanza tu rima de gozo,
Lanza tu trágico verso,
Saludando la llegada
Temblorosa del Invierno.
Tu plumaje taciturno
Rudamente riza el cierzo,
Y en los árboles desnudos
Eres como un fruto muerto.
Sobre las frondas marchitas,
Y en tu adusto terciopelo,
Cae la nieve, como lágrimas
De una virgen sobre un féretro.

Cae la nieve y te hace blanco,
Cae la nieve y te hace espectro,
Y eres una pesadilla
Hierática sobre un témpano.

—

Cuervo amigo! Cuervo hermano
Del Dolor y del Recuerdo!
Bienvenido, en esta hora
En que se apagan los besos,
En que se cierne el Olvido
Y canta el Remordimiento!
Bienvenido; en esta copa
Bebe de mi vino acerbo,
Come de mi pan de angustia,
Duerme el insomnio en mi lecho;
Siéntate á la cabecera
Sobre mi sitial de hierro,
Y dime tus desencantos,
Porque así, confundiremos
En una sola, dos ansias,
Y en uno solo, dos tedios.

—

Te conozco! Te conozco!
Largos años no pudieron
Borrar tu imagen exótica,
Tu continente severo,
Tu saludo majestuoso
Y el desgarbo de tu vuelo.
Te conozco (me lo indican
Las arrugas de tu cuello,
Tus pupilas fatigadas
Y tu corvo pico abierto)
Te conozco: eres el mismo
Que en el año cuatrocientos
Vió Serapio de Arsínoe
Una tarde, en su convento.
El buen monje compasivo
Te dió el plato de higos secos,
Su merienda miserable,
(Tu apetito era famélico)
Y creyó que eras el diablo,
Porque le hablabas en verso.
Y sin duda (me lo prueba
Tu aire fosco y tu discreto
Laconismo de ultra tumba)
Eres el pájaro negro,
Que á Edgar Pöe fué una noche
Del áspero mes del hielo,
A susurrar: *Never more!*
De su estancia en el silencio.
Y eres el ave agorera
Que oyó Efraím, como el eco
De un fantasma en el crepúsculo,
Junto al viejo cementerio
Donde soñaba María
Su más largo y hondo sueño.

—

Cuando el rey Carlos Estuardo,
Aquel rey caballeresco,
Que Van Dyck, con los colores
Hace vivir en el lienzo,
Cuando el rey Carlos Estuardo
(A quien Dios guarde en su reino)
Iba marchando al patíbulo,
Noble, arrogante y sereno,
Entre dos filas compactas
De rudos alabarderos,
Sobre las ondas del Támesis
Cruzó, con sesgado vuelo,
Arrojando el grito lúgubre
De su maldición, un cuervo.
Carlos Estuardo los ojos
Alzó resignado al cielo,
Y se persignó tres veces;
Los guardias palidecieron
Y flotó una nube negra
Sobre Whitehall siniestro.....
Con encajes en los puños,
En la pechera y el cuello,
Y en el traje obscuro, como
Era la moda del tiempo;
Bien calzado el guante de ámbar,
Bien arreglado el cabello;
Príncipe que va á una fiesta,
Paladín que va á un torneo,
El rey Carlos va al cadalso
Noble, arrogante, sereno.....

Cromwell espiaba al rey justo,
Cromwell espiaba al rey épico,
Con admiración y envidia;
Alguien lloraba entre el pueblo;
Y el verdugo enmascarado
Alzó el hacha, en rudo gesto,
Brilló en el aire un relámpago,
Vibró un gemido en el viento,
Y la cabeza del Rey
Rodó como un lirio gélido.

—

Y cuando el Príncipe Hamlet,
Todo vestido de duelo,
Desgreñado, taciturno,
Lívido cual un espectro,
(Incógnita formidable
De la ecuación del misterio!)
Iba á Polonio explicando
En un lenguaje esotérico,
Cómo las nubes errantes
Se convierten en camellos;
Cuando, más tarde, en el diálogo
Con los dos sepultureros
Encuentra el cráneo de Yorik,
Y bajo el fúnebre cielo
Se aproxima al ancha fosa
Que para su Ofelia abrieron,
Sobre los mustios cipreses
Inmóvil, trágico y negro,
Vió el Príncipe la silueta
Del pájaro del Erebo.
Al són de cantos monótonos
Llegó el acompañamiento:
En la tierra húmeda y fría
A la virgen extendieron;
Deshojaron muchas flores;
Mudo quedó el cementerio.....

—

Cuando Chopin, moribundo
Como un cisne, su postrero
Canto lanzó al infinito,
Y alzó un Nocturno su vuelo
Con las dos alas tendidas
Sobre el espacio y el tiempo,
Harpas ignotas vibraron,
Tiorbas celestes gimieron,
Y se pobló de harmonías
Siderales el silencio.
De sus profundas pupilas
Los zafiros se extinguieron,
Como dos estrellas náufragas
En la lobreguez del piélago.
En largos rizos caía
La cabellera del genio,
Como crisantemas de oro
Deshojadas por el hielo,
Y un áureo nimbo ceñía
La pálida faz del muerto.
Vibró un gemido en la noche,
Y con un rumor siniestro
Junto á los cirios llorosos
Batió sus alas el cuervo.

—

Y cuando el pobre Gerard
De Nerval, en un estrecho
Y cenagoso camino
De la ciudad de sus sueños
(Mientras cantaba París,
Ebria bacante—á lo lejos)
Colgó su cabeza olímpica
De un lúgubre reverbero,—
Oyó atravesar la noche
El agrio grito de un cuervo.
Balanceándose en el aire
Quedó del suicida el cuerpo,
Como fúnebre estandarte
Del horror y del misterio.
Un mendigo que pasaba
Arrodillóse en el suelo,
Y oró el mendigo del hambre
Por el mendigo de genio.

—

Una larga noche fúnebre,
De esas en que al pensamiento
Bajan todos los terrores,
Hablan todos los recuerdos.....,
Gimen todas las angustias,
Y arrastrando largos velos
Pasan, haciéndonos señas
Cabalísticas, los muertos;
Se oyen ahogados suspiros
Y en el obscuro aposento
Las pesadas colgaduras

Mueven invisibles dedos;
Flota como el vago espanto
De cosas que nunca fueron;

Y manos desconocidas,
Con un roce cuasi etéreo,
Con un roce que nos hiela,
Pasan en nuestro cabello.
Fuera, como el canto llano
De monjes de un monasterio
Antiquísimo y derruido,
Se lamentaban los vientos.....

(Y la nieve, blanca, blanca,
Muda, muda, iba cayendo.)

Yo leía, al rayo débil
De mi lámpara, los versos
Melancólicos de Bürger:
«La Balada de los muertos,»
Y las estrofas sombrías
De Ulalume.....¿Los recuerdos
También se alzan de la tumba?
¿Cobran vida los espectros.....?

(Fuera, como un canto llano
De monjes, lloraba el viento.)

Yo estaba triste, muy triste:
Mi amada me había muerto
Dentro de su alma; enterrado
Estaba ya en su recuerdo.....
Una pobre cruz de pino,
Flores mustias sobre el féretro,
Una inscripción que tenía
Dos ó tres palabras.....luego
Unas coronas de hiedra.....
«¡Corren rápidos los muertos!»

(Y la nieve, blanca, blanca,
Muda, muda, iba cayendo.)

Pero, es menester que olvide.....
Que olvide.....por eso bebo
De este licor tan amargo,
De este cherry-brandy negro,
De este licor tan obscuro
Como el plumaje del Cuervo,
De este brandy de Amsterdam,
De este embriagador veneno.
Porque es menester que olvide.....
Y aunque los párpados cierro,
Miro temblar en el fondo
Lucecillas de fosfeno,
Que van danzando, danzando,
Muy ligero, muy ligero,
Como en la triste balada
De Bürger, corren los muertos.

A veces, tiembla mi lámpara
Con extraño parpadeo,
Y un vago sector de sombra
Como un ala de murciélago,
Se proyecta y se difunde
En los velados espejos.

(Afuera la nieve muda,
Blanca, blanca, va cayendo.)

Pero es menester que olvide.....
¿No habéis notado que el viento
Dice mil cosas ahogadas,
En las noches del invierno?
Silba ó ruge, canta ó llora;
Gime como un niño enfermo
Y abandonado, que oprime
La angustia, el hambre ó el miedo;
Gruñe como un lobo herido
Y arroja el hondo lamento
Conque en la montaña abrupta
Pide socorro el viajero.....

Pongo á un lado el libro triste;
¿Para qué seguir leyendo?
Pongo á un lado el libro fúnebre,
La «Balada de los Muertos».....
No estoy, yo mismo, *enterrado?*
Qué más tumba que el silencio,
Qué más piedra que el olvido,
Puesta sobre mi recuerdo
Por mi adorada de un día?
¿«No van rápidos los muertos»?

(Afuera, la nieve cae
Como un sollozo de pétalos,
Como lágrimas heladas
En la cubierta de un féretro.)

Aquel gran roloj antiguo
Late en su estuche de cedro,
Como un corazón cansado,
Con un tic-tac tan severo.....!
No sé por qué me parece
Que el gran reloj tiene sueño,
Y que sus finas agujas
Marchan en sentido inverso.....
Messer Cuenod, de Avignon,
Lo fabricó en 1600.....
Mas ¿por qué raro capricho,
Qué misterioso deseo
Le hizo grabar la leyenda
En toscas letras de acero,
Sobre dos tibias cruzadas
Encima de un cráneo negro?
Hé aquí la leyenda extraña
Que le puso el relojero:
«*Qui vult joyes, larmes tent*»,
En un provenzal muy viejo.....
Como un corazón cansado,
Late en su estuche de cedro.....
La fantástica divisa,
Por primera vez, comprendo:
«*Quien tuvo amor, tendrá llanto*»
Dice en su tic tac severo,
Aquel gran reloj antiguo,
Aquel misterioso péndulo.....

De pronto, un rumor ahogado .....
¿Será la brisa en el huerto
De cipreses y de tilos?
¿Qué ala de vampiro inmenso
Es ésta, que va girando
Con parabólico vuelo,
Como en la «Melancolía»
Macábrica del Durero?
¿Qué voz es la que murmura
Tan lejana, como un eco:
—«Yo soy tu muerta alegría,
Que sobre el ala del Tiempo,
Viene hacia ti. Si has soñado,
Soy la sombra de tus sueños;
Si has amado, soy el acre
Sabor del último beso.
Soy la difunta Esperanza.....»

(Fuera sollozaba el Viento,
Y la nieve, en los cipreses,
Muda, muda, iba cayendo.)

Si pasaron muchas horas
No lo sé.....no lo recuerdo:
Solo sé que á la mañana,
Tambaleando como un ebrio,
Me aproximé á los cristales
Y ví blancos mis cabellos.

LEOPOLDO DIAZ.

Ginebra—1904.

F. Wobring: Estudio

EL MAL GUIA

—

¿CUÁNTOS días, semanas ó meses, habían pasado desde que se pudría en el fondo de aquella mazmorra? El hombre no hubiera podido decirlo.

En el calabozo lleno de sombra no entraba ninguna luz. Ayudándose con las rodillas y las manos, levantándose sobre el camastro pegado al muro, había tocado el techo de su prisión; pero sus dedos no encontraron allí, como no habían encontrado en las paredes lisas, en las baldosas húmedas, en la puerta de hierros oxidados, el más pequeño agujero, la menor hendidura.

Al principio había creído que sus ojos, acostumbrándose á la cruel obscuridad, concluirían por distinguir los objetos; que la razón, ayudando á sus sentidos exasperados, podría descubrir en medio de las tinieblas un poco del alma impalpable del día, que no desaparece nunca por completo para los vivientes.

Pero sus ojos enormemente abiertos habían llorado en vano en la obscuridad, sus párpados habían sangrado con el inútil esfuerzo: todo era negro, todo permanecía negro.

En la tumba en que arrastraba su demasiado lenta agonía, no se dejaba oír otro ruido que el que de tiempo en tiempo producía el pesado paso del carcelero que le llevaba la pitanza. Durante el segundo que estaba abierta la puerta del calabozo, podían ver sus ojos fatigados, la mancha amarillenta de una linterna y la mancha más pálida de una cara inclinada ó de una mano extendida, porque la sombra de los corredores se unía á la sombra impenetrable de su celda. Después, se volvía á cerrar la puerta; el ruido de los pasos en los corredores iba disminuyendo, y de nuevo el profundo silencio completaba su noche.

A veces oía también el gemido del viento y el rumor monótono del agua que batía los muros de su prisión. Locos ensueños de cielo, de libertad y de luz, habían llenado al principio su sueño agitado, pero después, la luz había desaparecido de esos mismos sueños, ya olvidada. No le quedaba sino la sola obsesión de escaparse de aquel sepulcro; los planes se entrechocaban en su pobre cabeza desvanecida, tendiendo todos al mismo fin: la fuga.

Un día, ó una noche, él no hubiera podido decirlo, cuando soñaba sentado en el camastro, lo sacó de su sopor el ruido de los pasos del carcelero. Aunque hacía tiempo que había dejado de sentir la menor emoción á la aproximación de aquel sér viviente, su estómago vacío y sus labios secos le hicieron levantar y caminar á tientas, en busca del agua y del pan.

Una bocanada de aire frío arrojó á su alrededor un olor agrio de piedra húmeda. A la claridad temblorosa de la linterna vió en el suelo la jarra y la escudilla. La puerta entreabierta se volvió á cerrar. Extendió la mano hacia la jarra de barro, pero en el momento de agarrarla se contuvo: un grito extraño había interrumpido el silencio. Esperó creyendo haber oído mal. Luego dió un paso, y el mismo grito subió del suelo. Se arrodilló modulando suaves sonidos con los labios, como si llamara á un perro. Silencio absoluto. Arrastrándose, pasaba las manos por las baldosas que había á su alrededor. Habiendo encontrado la jarra, la tomó y se puso á beber á grandes tragos, después la colocó en un rincón.

De repente, un contacto frío y viscoso le hizo estremecer. Bajo su mano había algo que quería huir, y el grito que le llamara antes la atención, se repetía ronco y extraño. Se quedó sin movimiento, con la mano crispada sobre la masa pegajosa que parecía palpitar y debatirse en movimientos rápidos y rítmicos entre sus dedos. El grito volvió á resonar en sus oídos. La cosa se encogía bajo su presión, para escaparse. En aquel momento, en medio de la repugnancia y de la angustia, comprendió, y á su pesar, dijo casi en voz alta:

—¡Es una sabandija!.....

El sonido de su propia voz le dió miedo.

—¡Es una sabandija...una sabandija!..... —repitió.

Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo, el sudor inundó su frente. No había duda: el grito extraño, el cuerpo viscoso..... eran el grito y el cuerpo de un sapo. ¡Un sapo!... . Se imaginó ver la sabandija horrible, el animal impuro, con el lomo verrugoso, el vientre blanco y los grandes ojos dorados.

Sus dedos se distendieron. El sapo dió un salto y cayó con ruido flojo.

El instinto malvado del hombre se despierta entonces, y de una patada quiso matarlo. El pie tropezó en el flácido animal. Creyó haberlo matado, pero el sapo, mutilado, aunque no muerto, volvió á lanzar su desagradable grito. El hombre lo persiguió golpeando en el suelo con las manos abiertas.

A su repugnancia invencible se mezclaba un obscuro remordimiento de verdugo. Quería matar la sabandija, no solamente para no exponerse á su contacto, sino para ahogar su lamento. Trabajo inútil. El grito salía de aquí....de allá....y cada vez que creía alcanzar al animal, sus dedos no encontraban sino las baldosas heladas ó la pared húmeda.

Cansado, con las rodillas tumefactas y las palmas de las manos ensangrentadas, se extendió sobre la cama y se durmió.

Al despertarse pensó:

—La sabandija debe estar muerta.

Prestó atención. Durante un momento no oyó sino el lejano gemir del viento. Respiró con fuerza, tranquilizado. Se levantó y siempre á tientas se dirigió á la puerta. Hacía mucho tiempo que con un pedazo de hierro viejo olvidado en un rincón, trataba de desgastar los goznes. Reanudó su paciente trabajo, limando sin ruido.

De pronto se dejó oír el grito del sapo.

—¡Ah, sabandija inmunda!—rugió el prisionero,—yo te haré callar.

Y reanudó la caza, pero en vano. Cuando creía haberse apoderado de él, se le resbalaba entre los dedos.

Aquello duró días y días. Cuando no trabajaba para romper la puerta, se arrastraba cazando al invisible sapo. El grito del animal herido resonaba á intervalos regulares, y el cautivo, exasperado, sudando de terror, sentía por momentos que su razón se le obscurecía. ¡Ah, qué voluptuosidad aplastar el monstruo, sentirlo estallar bajo su bota!.....

Casi demente, lo insultaba, lo provocaba:

—Ven, acércate, atrévete á acercarte.....

Pero ocurrió que, á fuerza de limar, los goznes de la puerta cedieron, y que habiendo girado el batiente pesadamente, quedó abierta.

¡Una puerta!.....¿Qué era aquello en comparación de las barreras espantosas que sin duda tendría que franquear antes de ver el día?..... Sin embargo, una alegría infinita inundó su corazón reanimando su valor. Después pensó:

—Puesto que Dios ha permitido que con mis manos pudiera destruir la primera, es que tal vez quiere que las otras se abran delante de mí.

El corredor que se abría entre los anchos muros, era casi tan obscuro como el calabozo. Sus ojos distinguieron sin embargo una vaga claridad que no sabía de donde podía llegar, pero que disminuía las tinieblas. El corazón quería salírsele del pecho á fuerza de latir; aguzó el oído. Ningún ruido.

—El carcelero duerme—se dijo.—Los guardias, cansados, están sin duda adormecidos.... ¡Adelante!

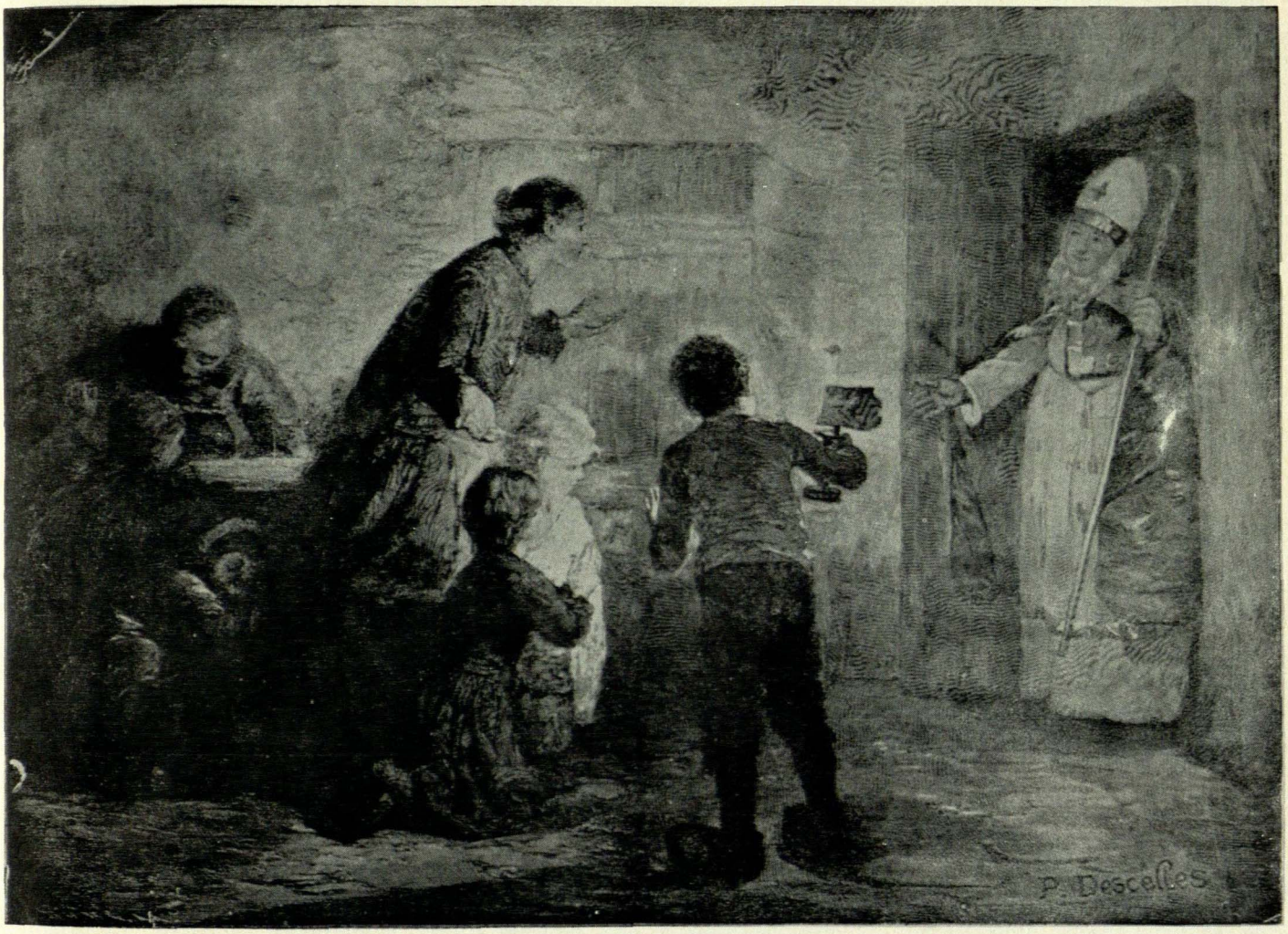
Dió un paso.

—¿Por dónde? ¿A la derecha?.....¿A la izquierda?.....Los minutos son siglos, un segundo es una fortuna.....no puedo perder uno solo. ¿De qué lado está la salida? ¿A qué lado me dirigiré que pueda huir hacia el campo claro?

Comprendió que iba á perderse, que no encontraría la salida y que iba á arrojarse en manos de sus verdugos. La rabia impotente hizo asomar las lágrimas á sus ojos.

—¡Oh, toda mi razón inútil por un relámpago de instinto!—rugió, y sus dedos se crispaban en los cabellos, las uñas surcaban su piel.

Y hé aquí que en el mismo instante resonó el grito lúgubre del sapo. A la débil claridad que hacía un momento había alegrado su vista, vió lucir el cuerpo glutinante. El enternecimiento lo invadió, miró al animal detestado como á un salvador. Caminó sobre la punta de los pies para no



Paul Descelles: Entra, querido San Nicolás!

inquietarlo en su camino, adivinando que la sabandija era llevada hacia la luz por el instinto, y que siguiendo sobre las baldosas sonoras el rastro inmundo de su paso, marcharía él también hacia el día radiante.

El estropeado animal avanzaba con saltos difíciles. El hombre no le quitaba los ojos, siguiendo la pista. Detrás de él atravesó corredores, subió y bajó escalones, murmurando con acento de plegaria:

—Anda.....anda.....guíame.....

De pronto un viento fresco acarició su frente; ante él se destacó un pedazo de cielo donde las estrellas acababan de brillar. A lo lejos vió una línea de luz flanqueada de nubes. Juntó las manos y lloró.

En seguida, sacudiendo su emoción, avanzó una pierna: el pie resbaló. Adelantó el otro que también resbaló. Parecía que el suelo huía bajo sus pies, se había metido hasta los tobillos. Procurando sacar los pies aprisionados se hundía más pronto. Ya estaba hundido hasta las rodillas. Extendió las manos que creía apoyar sobre la tierra sólida, y las manos se enterraron en un fango espeso..... Descendía..... descendía..... Quiso llamar pero la voz se extinguió en la garganta..... El fango subía..... le llegaba á los muslos.....al vientre, resbalaba hasta los brazos, rozaba la barba, se introducía en los labios.....

Entonces, en el momento en que, haciendo un supremo esfuerzo, abría la boca cuan grande era para pedir socorro, oyó el grito que había amargado sus vigilias, sintió un cuerpo flácido rozando su lívida faz, y vió pasar el sapo con el vientre inflado, las patas extendidas, que de un salto, con ruido de piedra, se sumergía en el agua fétida.

—¡Ah, te vengaste!.....—gimió el hombre.

Después cerró los ojos, murmuró *Mea culpa*..... y desapareció.

Del foso, súbitamente despertado, se elevaron ruidos alegres..... La noche moría al borde del cielo cambiante. Las arrugas del pantano se alargaban en la sombra..... El agua se calló.

Un pájaro de las tinieblas, huyendo del día, rozó con su vuelo la superficie sombría del foso, y el alba lenta, á través de la lluvia gris, hizo su aparición sobre el horizonte.

MAURICE LEVEL. 1905.

MAÑANA,

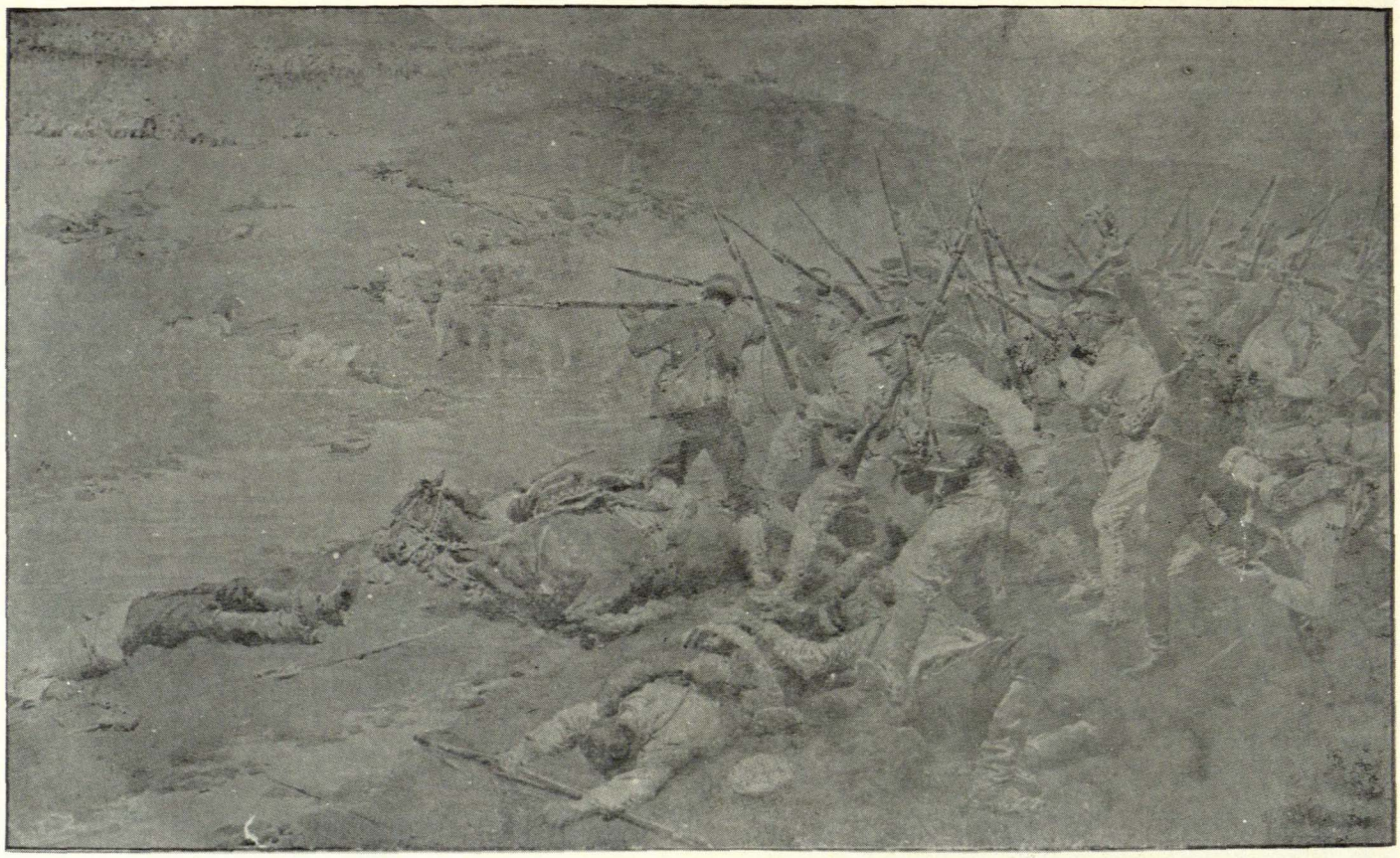
cuando el tiempo que vuela,
bajo las claridades del nocturno
foco, de la desierta callejuela
me mires soñoliento y taciturno;

Vuelca sobre mi frente tus facciones;
el mágico licor de tus hechizos;
y volará mi verso á tus balcones
para besar la noche de tus rizos.

No has de tener para mi amor espera;
que dócil fuiste á mi pasión sencilla;
y mi barca y tu barca en Primavera
juntas llegaron á la misma orilla.

Mas si el tiempo te esquiva cuando vuela,
bajo las claridades del nocturno
foco de la desierta callejuela,
me dormiré para esperar mi turno.

R. BENAVIDES PONCE.



GUERRA RUSO-JAPONESA

BATALLA DE SHA-HO: MOVIMIENTO DE LOS JAPONESES CON EL OBJETO DE ENVOLVER EL FLANCO DEL EJÉRCITO RUSO

NITCHEVO

—

Hay en la lengua rusa una palabra más en uso que cualquiera otra. En toda circunstancia risueña ó triste se la oye pronunciar. Es "nitchevo" (nada), ó mejor aún «eso es nada». A menudo la emplean para contestar á las «gracias», como si se dijera: "no hay de qué"; pero no hay, aparentemente, situación en la vida de los rusos, que no se resuma con la expresión "nitchevo".

Es una palabra completamente característica de la manera de ser eslava, que expresa al mismo tiempo todo cuanto hay de rosa y negro en la gama del humor ruso.

Como la palabra española "mañana" caracteriza la indolencia de los españoles, y como "all right" expresa el carácter activo del americano, así mismo "nitchevo" es la expresión más propia del fatalismo ruso.

Fué la primera palabra rusa que aprendí. Cuando me preguntaban: "¿Habla usted ruso?" contestaba en seguidas: "Nitchevo" (absolutamente nada). Cuando los horribles mendigos chinos que pululan en Moukden se aproximan demasiado, ó los mercachifles se hacen extremadamente importunos, hay que recurrir á un "nitchevo" retumbante y definitivo. Cuando un oficial de Estado Mayor pide perdón—en francés del más puro parisién—por estorbar el paso ó por habernos rozado con el sable, se murmura: "nitchevo". Cuando llega la noticia de una derrota, ó de la muerte de un joven oficial que en la tarde trincaba en nuestra compañía, se alzan los hombros: "¿eso qué importa? Nitchevo". "Sí, dicen los oficiales rusos, hemos perdido cañones, banderas y una posición sumamente importante; pero, ¿qué importa eso? Nitchevo".

Si se me exigiese explicar este fenómeno, cuasi increíble, de la mayor nación del mundo, esforzándose en vano, por vencer un país no más grande que la menor de sus provincias, yo le atribuiría toda la responsabilidad á "nitchevo".

"Nitchevo", esta indolente, estúpidamente fatalista y, sin embargo, estoica divisa de los rusos, cuya influencia es tan perniciosa en la conducción de los asuntos particulares como en la administración de la cosa pública, y que debe su origen á un temperamento parecido al del celta, que es, también, el mayor azote de la desdichada Irlanda.

Una mañana me hallaba en la estación de Moukden, con un capitán de artillería rusa, cuya batería debía avanzar hacia el enemigo al día siguiente, antes de amanecer. La mayor parte de la noche se pasó en beber vodka y vino de Champagne tibio, con los camaradas, á la salud de los que iban á partir. "Admiro, les dije, cómo podéis soportar semejante mezcolanza, sobre todo cuando debéis estar temprano en pié". "Eso no importa, me contestó, ya con lengua torpe: nitchevo". A las cuatro, cuando el sargento vino á avisarle que ya la batería estaba lista, el capitán dormía profundamente en el suelo. A todas las súplicas respetuosas del sargento, contestaba con reiterados "nitchevos". No sabiendo éste qué hacer, abandonó al oficial á los cuidados de sus camaradas, pero después de algunas tentativas infructuosas, estos también pronunciaron el inevitable "nitchevo" y ordenaron al sargento que fuera á decir á los tenientes de la batería que esperasen. El capitán durmió hasta las diez de la mañana. Le pregunté á uno de los oficiales qué acontecía. "Nada, me contestó, nitchevo. La batería llegará á tiempo: ¿á qué precipitarse para que lo maten á uno más pronto?" Cuando, cuatro días después, se expandió la nueva de una batalla al norte de la península de Latong, supe que la batería del capitán se había visto sumamente comprometida y que había tenido que sufrir mucho del fuego de shrapnell de los japoneses. Oí también á un oficial del Estado Mayor del General Kouropatkine explicar que la única superioridad de la artillería japonesa provenía de que era mucho más móvil y, por consiguiente, se apoderaba á tiempo de las posiciones más ventajosas.

La persona más agradable que he tenido el placer de encontrar en la Manchuria fué un capitán ruso de ingeniería, adjunto al servicio de ferrocarriles militares.

Era de una amabilidad á toda prueba, de una hospitalidad y de una generosidad inagotables, y se mostraba cortés aun con los cosacos y con los miserables chinos. Conmigo, que me sabía mortificado á causa de desavenencias con el censor de la prensa, se mostró siempre delicado y solícito. En sus labios, "nitchevo" tomaba una significación calmante y consoladora, que daba la ilusión de que no había por qué inquietarse y que todas mis preocupaciones se disiparían pronto.

YOKOHAMA: Honores militares á un oficial japonés muerto en la Manchuria

El único defecto de mi amigo era su pasión por el juego. Una tarde, cuando ya había perdido más de lo razonable, me convidó con estas palabras: "Nitchevo, yo pongo á menudo quinientos rublos en una carta". Creí que exageraba, pero cuando á la tarde siguiente llegué al Casino de los oficiales, estaba de tal manera absorbido por el juego, que no se volvió sino un instante, para hacerme un ligero signo de cabeza amistoso. Otro oficial me dijo en voz baja que nuestro amigo llevaba perdidos tres mil rublos y que aún perdía. Me quedé, fascinado por el juego, hasta bien avanzada la noche.

Entre los jugadores se hallaban otros oficiales de ingeniería y un corresponsal del mayor periódico ruso. Lo había visto con tanta frecuencia en el Casino, que le pregunté con qué tiempo escribía sus artículos. "Francamente, me dijo, no escribo. ¿A qué ganar un miserable sueldo escribiendo, cuando aquí puedo ganar diez veces más?—¿Qué dice el director del periódico?—Nitchevo, dadme otra carta". Bruscamente, hacia las dos de la mañana, entró un empleado del ferrocarril. Según lo que dijo á mi amigo el capitán, éste le anunció algo á los otros oficiales de ingeniería. Uno de ellos, un teniente, se levantó precipitadamente, exclamando: "Ouiyé, yé, yé!" Todo el mundo rompió en carcajadas. Como se precipitase fuera de la sala, lo seguí, en persecución de alguna gran noticia de la guerra.

—¿Qué hay? le pregunté.—Que acaba de llegar un tren militar, y en la estación no hay quien lo reciba!—¿Cómo? ¿Nadie? le pregunté admirado, porque yo había visto en el día un guarda para cada wagón, de sable desnudo.—Sí había guardas, pero no oficiales, porque andan armando jarana por las calles ruinosas de Moukden.—Cuando llegamos á la estación, el tren se había marchado: un general se paseaba á lo largo del andén. Desde que vió al teniente, estalló su cólera. Parece que había telegrafiado de Kharbin que llegaría á aquella hora con sus caballos; como no había habido nadie que lo recibiese en la estación, los caballos habían seguido hasta Liao-Yang. Le dirigió cuantas maldiciones supo al desventurado teniente. A la primera pausa que hizo el general, el oficial se precipitó en la oficina telegráfica é hizo funcionar dos aparatos. La comunicación fué larga. Al fin pudo asegurarle á Su Excelencia que todo estaba arreglado, y expresarle la esperanza de que no se fastidiarían.—"Nitchevo, nitchevo", le dijo el viejo soldado, dándole palmaditas en el hombro: su cólera se había disipado. "Vamos á tomar algo al café, que todavía está abierto. Decidle á vuestro americano que nos acompañe". Media hora después, éramos los mejores amigos.

El general concluyó por aceptar la hospitalidad que le brindó el teniente por el resto de la noche. A las once del día siguiente, ambos dormían aún. Fuí en busca de mi amigo el jugador, á quien encontré en tren de levantarse y alegre como de ordinario. "¿Os desquitasteis, supongo?—"Nada, me contestó, estuve de malas toda la noche".—"¿Cuánto perdisteis?"—"Tres mil cien rublos"—"Es una lástima!" exclamé. —"Oh! nitchevo, no es nada. Otro día ganaré".

Yo sabía que todo su sueldo no alcanzaba á sus pérdidas de una sola noche, y él mismo me había referido que había malbaratado su fortuna en Paris y en Monte-Carlo.

Descuidado y cordial como de costumbre, me echó el brazo y me llevó á uno de sus interminables almuerzos, en los que se bebía hasta cinco vasos de vodka y había comida para saciar á dos hombres. Después del almuerzo, se quedó pensativo.—"¿Qué tenéis?" le pregunté.—"Me da lástima ese pobre Ivan Ivanovitch. ¿No advertisteis que otra vez estaba ebrio? No era la primera: la pasará durmiendo, pero volverá á comenzar esta tarde. Es demasiado. Le he hablado seriamente; lo mismo han hecho sus otros superiores; llora y promete corregirse; en seguida por tristeza, vuelve á embriagarse. Aventuré la observación de que á pesar de todo, siempre hallaba medios de cumplir con sus obligaciones del servicio. "Es, justamente, de lo que me quejo: que yo soy quien hace el oficio que á él le corresponde, á fin de que no le reprendan".—"Pero es que tiene la dicha de haber dado con un capitán como vos, le contesté, nitchevo".

Una tarde en que me hallaba solo en un banco, cerca de la estación de Moukden, oía la excelente fanfarria militar que tocaba delante del tren especial situado en el cuartel general del virrey Alexcieff, y un señor de edad me pidió permiso para sentarse á mi lado. "¿Conocéis la marcha que están tocando? me preguntó en francés.—Le contesté que no, pero que me parecía admirable la música. "Es una de nuestras mejores marchas, replicó, *Recuerdo del Extremo Oriente*. Más adelante, cuando la volva-

ALBERTO PLA Y RUBIO: Boceto del cuadro "¡A LA GUERRA!"

mos á oír nos acordaremos de Moukden". Un momento después cambiamos nuestras tarjetas y observé que la suya llevaba los títulos de príncipe y de chambellán. Lo había enviado el Czar desde San Petersburgo con la misión de comunicar verbalmente al virrey un asunto ó demasiado complicado ó demasiado delicado para tratarse por telégrafo ó por carta.

Jamás he visto príncipe mejor informado ó más democrático. Se expresaba de la manera más categórica y acusaba vigorosamente á la diplomacia cuyas negociaciones habían precipitado la guerra. Reprobaba la falta de distribución y de conjunto en la dirección de los ejércitos desde el comienzo de las operaciones y sus ataques habrían podido abrir los ojos al general Pflug, si lo hubiese oído.

Lo que me sorprendió fué que durante la larga conversación que sostuvimos al claro de una hermosa luna de Manchuria, el príncipe no se sirvió de la expresión "nitchevo" sino tres veces; pero cada vez que la decía era de un grande efecto. La primera vez fué cuando le pregunté si no le parecía muy enfadoso viajar durante veinte y dos días á través de Europa y del Asia para venir á comer con Alexcieff y volverse casi inmediatamente á reemprender un largo viaje para informar, quizá inútilmente, á Su Majestad el Czar. "Nitchevo, me dijo sonriendo, mi servicio no es tan pesado". Hacia la media noche, cuando se desató en invectivas contra la estupidez de la guerra y los resultados desastrosos que sobrevendrían, y habló con emoción del dolor del Czar, cuando lo informaron de los primeros desastres de la escuadra, agregó:—"¡Y en lo que pararán aquí esos bravos camaradas, esos valientes muchachos que hemos conocido desde la Escuela Militar, y á quienes estábamos habituados á encontrar en todas las circunstancias alegres en San Petersburgo y en Moscou! Y la inutilidad de esos 200.000 hombres en esta miserable Manchuria! En San Petersburgo ya los han llorado; están perdidos para nosotros; no volveremos á verlos. Pero, *nitchevo*, no es sino el primer sacrificio. Jamás renunciaremos á la Manchuria, ni á llevar nuestras fronteras hasta el Océano. ¿Qué significa esta guerra, ni otras del porvenir? La locura de nuestros estadistas es tan inmensa, que es necesario esperar otras guerras aún contra adversarios más temibles. Nuestro ejército quedará en ridículo como ahora; el imperio ruso hará bancarrota, pero nada impedirá que cumplamos nuestro destino: que son cinco, diez y hasta cien años para la Rusia? *Nitchevo*".

De nuevo el eterno lugar común me hizo una profunda impresión.

Acababan de traer al general Grengross gravemente herido al campo de batalla de Wafantien. Era la tercera vez que lo herían, una en cada campaña. "¿Podréis soportar el dolor?", le preguntó el cirujano, levantando al bravo anciano para colocarlo en el wagon que debía conducirlo á la Cruz Roja.—"Nitchevo", contestó el general débilmente, perdiendo el conocimiento.

CORONEL E. EMERSON.

EN CHAPALA

—

PAISAJES SIN FIGURAS.—UN ÁRBOL

I

El sauz es audaz; dejó la orilla
y avanzó en la corriente que chispea
y en derredor del tronco cabrillea
bajo la luz del sol que tiembla y brilla.

Ligeramente impura y amarilla,
en el borde arenoso el agua ondea,
y en la remota extremidad clarea
con blancura de nieve sin mancilla.

El árbol, que se empapa en luces blondas,
deja caer, sensual y perezoso,
la móvil cabellera de sus frondas,
y en el augusto y plácido reposo,
sobre el trémulo raso de las ondas
vuelca su verde limpio y luminoso.

II

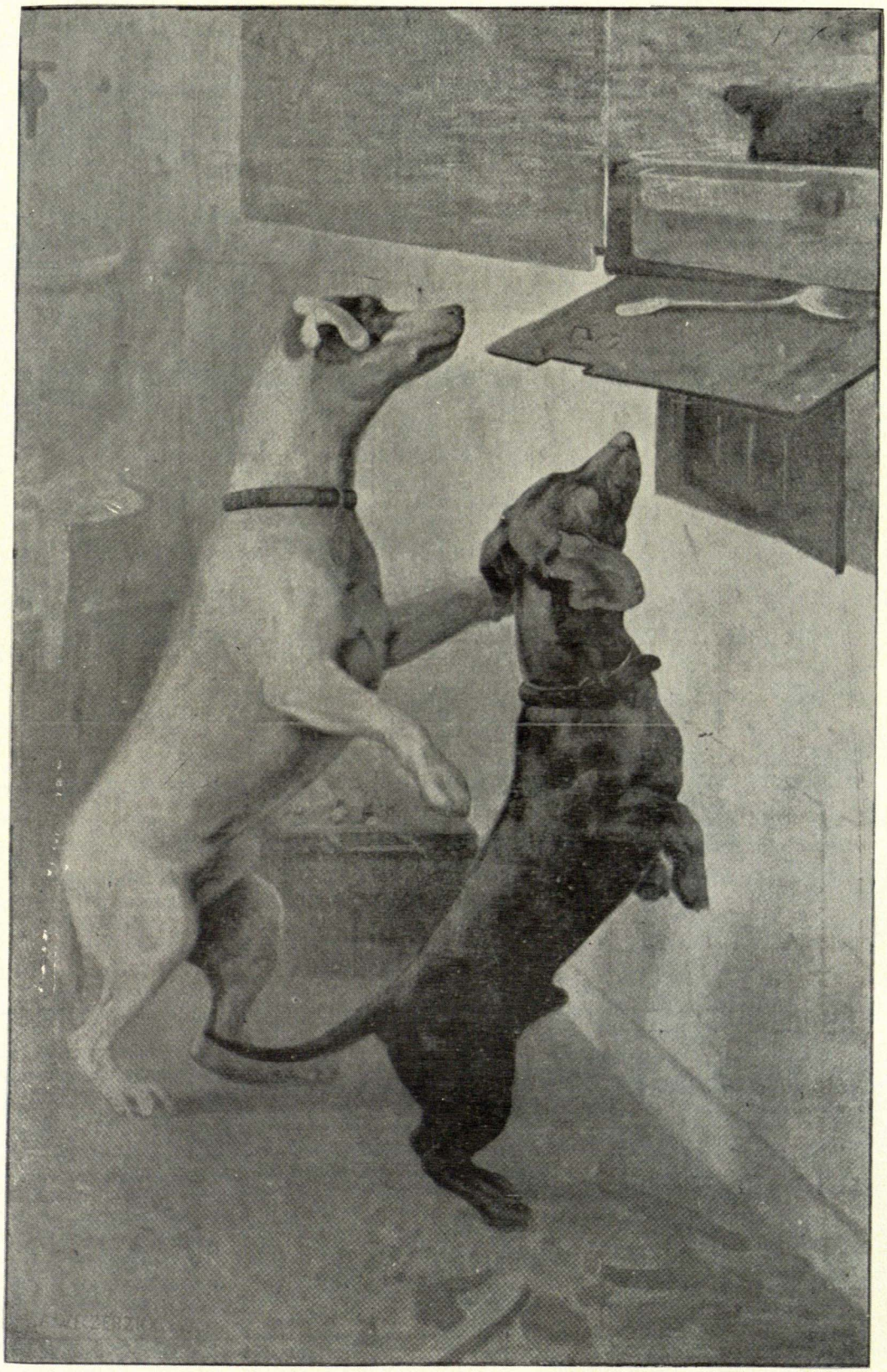
MEDIO DÍA

El agua está cual nunca de linda y de coqueta;
no hay rayo que no juegue, no hay ola que no salte;
de lejos, tiene rubios perfiles su silueta,
y azul es en la playa, con limpidez de esmalte.

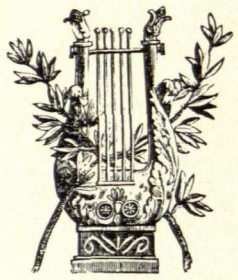
Vestida está de fiesta; no hay joya que le falte;
las barcas, á su paso, le dejan una inquieta
cinta de plata virgen, para que así resalte
la luz en el radioso brocado de violeta.

Cerca, en el promontorio de musgos y basaltos,
un gran plumón de nubes se tiende y busca asilo:
al fondo, van las cumbres, en los celajes altos,
rompiendo el horizonte con su cortante filo,
y en el confín, que esplende, se funden los cobaltos
del cielo y las montañas, en un zafir tranquilo.

LUIS G. URBINA.



A. Weczerzick: El Desayuno



AMOR

—

Si con todos risueña, sólo adusta
Contigo soy, y tu despecho inflamo;
Si contigo no más me ves injusta
¿Cómo no has comprendido que te amo?

—

Si siempre es para ti mi mano esquiva
Y me hago sorda á tu tenaz reclamo,
Si sólo en tu presencia soy altiva
¿Cómo no has comprendido que te amo?

—

Si respondo á tus frases con enojos
Y la aspereza en mi socorro llamo,
Si mis ojos jamás ven á tus ojos
¿Cómo no has comprendido que te amo?

—

Pues si no vale el ceño, ni el desvío,
Ni el desamor conque mi amor proclamo,
Si no vale el desdén ¿qué hago, Dios mío?
¿Cómo comprenderás que yo te amo?

ODIO

—

Por más que en pos de ti siempre me veas
Y adviertas que al mirarme palidezco,
Por más que el norte de mi vida seas,
Sábelo,—te aborrezco.

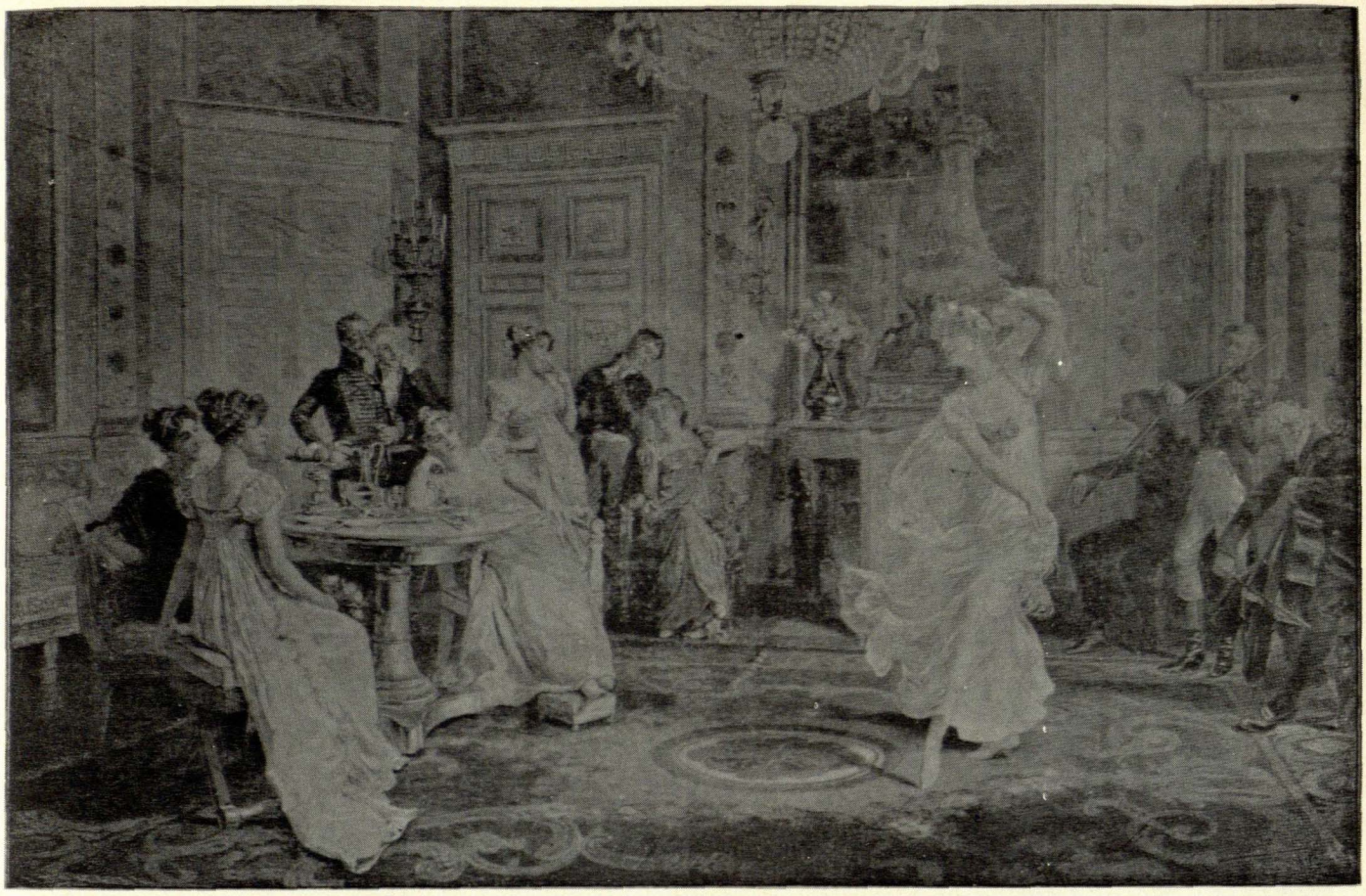
—

Por más que sientas al tocar mi mano,
Que en celestial deliquio me estremezco,
Por más que sepas bien que lucho en vano,
Sábelo, —te aborrezco.

—

Aunque en mis sueños oigas que te llamo,
Aunque el labio, en la fiebre que padezco,
Murmure delirante que te amo,
Mentira! te aborrezco.

EDUARDO CALCAÑO.



D. Hernandez: Danza en tiempo del Imperio

HERALDICA

—

Charles Baudelaire, que vivió vida laboriosa de arte, amó con intensidad radiosa la honda alma obscura de Pöe.

La penumbra fatídica y fantástica del poeta Americano, atrajo y sedujo al neurótico cantor de los gatos y los buhos.

La extraña alma de Baudelaire se asimiló radicalmente á esa otra alma atormentada, ahogada prematuramente por un rosario de nubes alcohólicas.

Sobre la mesa de trabajo de Baudelaire reposaba siempre en marcial actitud un horrible gato peludo, él amó la felina estirpe con un puro afecto estético.

Un gato es un camafeo : un gato es una caprichosa joya iluminada con bellas piedras titilantes: los topacios de sus ojos, el granate de su nariz, el marfil de sus uñas y el rubí de su lengua.

La prosa de Baudelaire es un manojo de cascabeles, sonantes y vibradores como aullidos de campana.

La melódica voz de un gato, suena en el silencio como un bronce lejano.

Las rimas de Baudelaire son blandas, suaves, acariciadoras y voluptuosas : un gato acariciando á su dueño con la seda de su piel, es suave, blando, dulce y voluptuoso.

Felina fué la obra artística de Baudelaire como fatídica y sombría la intelectual labor de Pöe.

Maullan cadenciosamente los versos de Baudelaire, las rimas de Pöe graznan emblemáticamente.

Abre el cuervo sus alas negras como una fúnebre cruz en las creaciones de Pöe.

Los alcoholes, las hipocondrías y los letargos hicieron viajar por regiones ignotas su rica imaginación sedienta.

La ginebra dotó de potentes remos á su barca gris, que atravesó parajes hiperbóreos, lagos silenciosos y aguas de borrasca.

En espectral peregrinación por países subterráneos, su garra pálida extranguló genios satánicos y quimeras amenazantes.

Toda grande obra poética tiene sellos peculiares y potencias psíquicas que la distingue de las otras. Pöe y Baudelaire en cerebralidad y en culto se hermanaron, porque ambos señalaron con brazo robusto, enigmáticas vías y nuevas músicas—nuevos ídolos é ignoradas auroras.

Pöe no tiene ascendientes directos en su labor artística. Baudelaire en algo se parece á raros letrados anteriores á él. Pöe es original y único ; en la literatura de su Patria no tuvo abuelos ni hasta hoy ha tenido legítimos hijos.

Hay en Pöe una originalidad y una ingenuidad adorable que faltan á Baudelaire: fué más intensa la atracción de Pöe hacia las aves negras que el puro cariño de arte que Baudelaire profesaba á los gatos.

Sin dejar de ser rica y vasta la original mentalidad de Baudelaire, Pöe lo supera: su arte infernal fué sincera en un medio de negación—medio hostil y nefasto á todo himno del espíritu—ósculo propicio y dúctil á las victorias mercuriales.

La grandeza de la originalidad está en producir complejas labores y extrañas artes en los ambientes mediocres ; en los pueblos viciados por la rutina, mordidos por la vulgaridad y dirigidos por los dogmáticos de Academia.

Por sus inclinaciones y por sus afectos, cada máximo poeta deja un blasón distintivo que dice elocuentemente de su casta artística.

Bajo un cielo borroso de espanto el vuelo mesurado de un cuervo: Pöe.

Sobre un montón de cuartillas inconclusas, aletargado y silencioso un gato pensativo: Baudelaire.

Una tosca cruz de madera verde, sobre un montón de arcilla roja iluminada por un largo hilo de luna: Verlaine.

En un cielo lácteo tocado de puntos sangrientos, un maravilloso florecimiento de lirios de fuego: Mallarmé.

Hay otros blasones de complicaciones borrosas, abundantes de leviatanes bíblicos y de feroces dragones de Pagoda.

Son blasones del misterio que vemos llenos de miedo, en los negros insomnios alcohólicos ó en las blancas borracheras de morfina.....

JUAN D'SOLA.

LA ULTIMA MUÑECA

—

Encontré á Madame de Cormelles tan cambiada, que apenas la reconocí. Pero fue su conversación, y no su fisonomía, la que me reveló un sér completamente distinto á aquél de que me habían dejado una débil noción seis años de ausencia. Me acordaba de una muchacha aturdida, pueril; había sabido su matrimonio y luego la muerte de una hija de algunos meses.

Ahora me encontraba con una mujer grave, triste, ocupada de obras de beneficencia, abandonando al mundo para estudiar medicina, higiene, cuidados infantiles, y distribuir limosnas, á la par que consejos relativos á aquellas cosas, en los talleres obreros, hasta el punto de que los amigos de Cormelles se reían de él y lo compadecían, porque el solo círculo no podría consolarlo sino mal que bien de aquella situación.

Cuando me anunciaron, Mme. de Cormelles estaba muy ocupada con dos camareras, escogiendo lienzo para sus pobres, esto es, para hacer almillas, mantillas, camisas de niños. Confeccionaba también el vestido de una muñeca, y observé otros ya terminados.

—Sí, me dijo, me gusta mucho vestir muñecas. Es mi placer, tanto como el de mis pequeñuelos, los chiquillos de los demás, de los que deben haberos informado que me ocupaba demasiado, nunca lo bastante como yo querría. ¿Verdad que no esperabais hallarme en semejante ocupación?

—Realmente, le dije sonriendo, estoy un poco confuso: sin embargo, cuando Mme. de Cormelles no era sino la señorita Margarita de Brenil, recuerdo que siempre se la veía en medio de muñecas, y conservo algo de esa visión.

Me sorprendió la súbita expresión dolorosa de la joven, que palideció. Se sonrió de una manera indefinible y me dijo estas extrañas palabras:

—Sí, siempre estaba entre muñecas, pero no sabía cuidarlas. Sí, era tan ridículamente niña, que la víspera de mi matrimonio no podía renunciar á ello. Me mofaron, como se mofan ahora porque las amo todavía. Pero ahora las cuido vivas. Después de mi última, he aprendido....

Pensé en su hijo muerto. Comprendí que Mme. de Cormelles quería hablarme de él. Despidió á las camareras y quedamos solos. Entonces, con un acento un poco febril, me dijo:

—Sois un viejo amigo. Comprendo que me halláis profundamente cambiada: pero sois capaz de comprenderme. Voy á deciros por qué he aprendido á cuidar las muñecas de carne, ahora que no me ocupo sino en vestirlas de tela, para otras mujeres y para otros niños. Ya sabéis que mi pequeña Lucía murió á los diez meses; pero ignoráis las circunstancias de esa muerte. Murió por culpa mía, por mi ignorancia y por mi desidia. Murió, sobre todo, por culpa de la sociedad, de las costumbres absurdas de nuestro mundo; pero todo esto no lo he comprendido sino muy tarde. Es necesario que os diga también que mi madre y mi marido no me han perdonado jamás esa muerte. Y yo, cuando me he dado cuenta de la verdad de la vida, de las responsabilidades de cada quien en esta desastrosa circunstancia, lejos de mendigar perdón he contestado á la frialdad con la frialdad, porque también tengo el derecho de acusar á mi madre y á mi marido. Quizás eran más responsables de mi falta que yo misma.

Ya sabéis lo que yo era á los diez y siete años: me habéis conocido. Una chiquilla sin ningún discernimiento, bien educada, es decir, ignorante, holgazana; toilettes, reverencias, charlas moderadas por la gazmoñería provinciana, el repertorio de las palabras que es preciso decir, y, más allá de eso, una inmensa región obscura y prohibida, la región de lo que una joven no debe saber. Mi alma pueril estaba sin vicio y sin curiosidad: mi madre no hallaba mal en que yo fuese un poco imbécil. Jugaba á la muñeca, y puede decirse que ello simbolizaba toda mi existencia.

Me casaron. Humberto no me disgustaba. Le juré fidelidad ante los altares. ¿Cómo iba yo á comprender la infinita profundidad y el sentido de un compromiso cuyo buen cumplimiento exigía que yo ignorase todos los elementos que en él estaban contenidos? ¿Mis muñecas, me habían preparado acaso para el amor moral? Sufrí el otro con estupor, por obediencia, porque mi naturaleza sin precocidad, mi sencillez de espíritu, mi falta de imaginación se conjuraban para mantenerme en la ignorancia y en la somnolencia. Me casé porque las mujeres se casan, aun sin el placer de librarme de un medio en el cual vivía muy tranquila, sin curiosidad y sin cuidados. Mi madre me había escogido un esposo rico, cortés, discreto, y yo veía que así era la vida de toda joven.

Apenas casada, estuve en cinta. Mi marido se llenó de regocijo. El es un hombre de principios, y el primero de ellos era tener una numerosa progenie. Fuí, pues, investida de una responsabilidad augusta, que se me explicaba en términos pomposos, apenas algunos meses después de haber abandonado las muñecas. Comprendí vagamente que iba á cambiar de juguetes, á tener una muñeca grande. Me arropé en mi dignidad: era madre á los diez y siete años!

Vino al mundo una criatura en perfectas condiciones. Luego, me abrumaron de consejos múltiples y contradictorios. Mi madre y mi marido encontraban necesario que yo me ocupase de todo. Esto obedecía también á un principio. La teoría de aquellos seres consistía en que una mujer debe hallar en su instinto la revelación de todo, puesto que nuestras primeras abuelas no tuvieron quien las enseñara, y, por otra parte, Dios provee. Ví después, ciertamente, en el pueblo, madres de diez y siete años, que sabían y comprendían. Pero á esas las ha educado la miseria. Yo, ricachuela anémica y timorata, apenas capaz de hacerme una taza de te, no estaba preparada para nada. ¿Cómo convenir en que mi instinto no me aconsejase, cuando yo no quería confesar mi situación? Se habrían escandalizado, habrían declarado que yo no quería á mi hijo, que ignoraba mi deber. Ahora bien, yo amaba mucho á mi chiquilla, pero como á una muñeca. Estaba orgullosa de jugar á madre. ¿Qué otra cosa más profunda habría podido experimentar?

Pensé que con fortuna se encuentra gentes que se encarguen de velar por esas cosas, que todo marcharía bien, que si los hijos de los pobres se crían por sí mismos, con mucha mayor facilidad deben criarse los de los ricos. Además, traté de comprender. Pero se me aturdía con "manuales de la joven madre" de todas las procedencias. Aun en el matrimonio, los términos de medicina y las metáforas hipócritas me habían ocultado siempre la realidad "inconveniente." Se habían ingeniado, por respeto á mi pudor, para disimularme todo lo que no era indispensable á los actos dictados por el uso: yo era, en suma, irresponsable.

Los métodos de mi madre, los de mis amigas se me revolvían en la cabeza. En cuanto á mi marido, después de algún sermón, se marchaba al círculo y me dejaba el cuidado de prepararle una heredera: en el fondo, él era tan ignorante como yo.

Así fué como sobrevino el accidente. Aquella tosesita de la niña, mientras yo me vestía para un baile....¿era yo acaso capaz de distinguir el matiz especial de gravedad que contenía? El ataque de *croup* fué fulminante. Habría exigido una defensa rápida, segura, un golpe de ojo infalible, una intuición de gran médico. Mi madre estaba en el campo, mi marido debía regresar del círculo para venir á buscarme. Estaba sola con una camarera afanada, con la boca llena de alfileres, y una nodriza estúpida que sucumbía de sueño. Cuando llegamos á inquietarnos, todavía perdimos tiempo en ensayar diversos remedios, en tratar de sacar partido de mis libros, consultando y extraviándome, preocupada por el retardo de la toilette, temiendo el desagrado de mi marido, el baile fracasado. De pronto, la niña se asfixió y nos enloquecimos. La criada corrió en solicitud de un doctor; no lo encontró, y trajo otro al cual no había sabido explicar nada y por consiguiente, no había traído consigo suero. Cuando fué por él, ya era demasiado tarde. ¿Qué más deciros? Mi hija murió en la madrugada, á pesar de los esfuerzos del médico, que pagó conmigo y mi desidia: "Pero, señora, habríais podido, habríais debido preverlo.....¡Qué descuido!" Todavía veo á aquel hombre colérico, tendiendo hacia mí su mano descarnada, amenazadora, en aquel amanecer siniestro, y yo temblando en mi saya de sarao, desesperada, idiotizada delante de aquel hombre que me explicaba vehemente-

PUERTO DE CUMAREBO: Parte Sur de la población —(Fot. Avril)

mente que todo habría podido salvarse si yo hubiera comprendido, previsto, sabido cosas sencillas, tenido un poco de intuición. Mi marido estaba en pies, haciendo de justiciador: ¿qué habría podido hacer en mi lugar aquel hombre de mundo? Entonces, perdí la razón ante aquel cadáver, me debatí bajo el peso espantoso de la responsabilidad, y se apoderó de mí una crisis de furor y de dolor. Se me dijo que maldecía mi educación, á mi madre, á mi marido, la vida absurda de las conveniencias, de las gazmoñerías, de las mentiras, que había hecho de mí una nulidad, completamente inerme, más desdichada y más ignara que una muchacha de las calles: se dijo también que deliraba, confundiendo mis muñecas y mi hija, ésta, oh ! dolor, mi última muñeca! Tuve una fiebre cerebral y un inmenso trastorno de todo mi sér, durante tres meses.

Madame de Cormelles respiró. Un raudal de lágrimas fluyó de sus ojos. Se repuso y agregó:

—Sané. Cuando me levanté, estaba transformada. Sombría, silenciosa, indiferente, meditaba. Ví la falsedad de mi existencia anterior. Sorda á los amargos reproches de mi familia, me dí á estudiar la verdad de todas las cosas, y especialmente, la verdad fisiológica en toda su desnudez. Por odio á la ilusión y al sentimentalismo, que agobian á la verdad y preparan los desastres, me hice materialista. Esto acabó de separarme moralmente de mi madre y de mi marido. Me resigné á duras penas á sufrir el alejamiento que se imponía respecto de ellos, por haberme educado falsamente, en contra de su verdadera misión. Más sublevada aún contra mi conciencia inculta que contra la muerte de mi hija, quise rehacer, ó á lo menos, hacer útil mi vida en bancarrota. Muchachuela embrutecida por los prejuicios, esposa ignorante, mujer-niña promovida á la delicadísima dignidad de madre, forzada á dar la vida antes de haber comprendido lo que es una conciencia ó una sensación, yo misma no había sido sino una de aquellas muñecas con las cuales me entretenía.

Y la muerte de la última señalaba la muerte de mi juventud, de mi vida ficticia, de mi sumisión. Me decidí á estudiar medicina, á cuidar los hijos de otras madres; y ahora, ya los sé cuidar: he salvado del *croup* á niños más felices que mi Lucía. Ahora podría ser una verdadera madre, porque ahora no sé por manuales y consejos, sino por experiencia, por lucidez de pensamiento. Ahora que lo podría ser....Pero....

Se detuvo, trémula. Y entonces yo pensé que el desagrado entre ella y su marido era un obstáculo al gran deseo secreto de mi amiga; que aquel desagrado no era irreparable, y le dije suavemente:

—Pobre amiga mía ! No hay dolor que no tenga lenitivo. Este os ha hecho renacer. Me permitiréis que os insinúe que ahora, ó un día, deberéis aprovecharos de vuestra experiencia para otra cosa que para cuidar hijos ajenos, para volver á ser madre....

Entonces, Madame de Cormelles suspiró dolorosamente, y mirándome con una expresión de desesperada calma, con una voz languidescente, me contestó:

—Con una palabra vais á comprender toda la magnitud de mi desdicha. Demasiado tarde he comprendido yo misma que ha sobrevenido lo irreparable. Los médicos han matado ese último y caro deseo, diciéndome que ya nunca más, después de aquel gran trastorno, podré tener hijos....

CAMILLE MAUCLAIR.

POR EL RHIN

—

Adiós, Colonia, que aprendí á amar en Heine, y que me eres grata por tu catedral portentosa, por el agua que inventó Farina, y por mi amigo Johan Fasthenrath, que traduce á los poetas españoles, y ha llevado al zorrillesco Don Juan Tenorio á hablar en el idioma del doctor Fausto. Te saludo por las once mil vírgenes que desembarcaron en tu suelo guiadas por la divina Ursula; por Conrado de Hochsteden, tu arzobispo, por el arquitecto de tu fábrica sagrada, que entró en tratos con el diablo antes que el amante de Margarita; por el bravo obispo Engelbert de Falkembourg, y por Hermann Gryn, cuyas armas aún he podido contemplar esculpidas en tu «rathaus.» Llevo de ti la visión de tus puentes de barcas, del domo labrado que erige al firmamento sus oraciones de piedad armoniosa y severa iglesia, hermana gótica de las maravillas de Burgos, de París, de las antiguas basílicas de las ciudades que antaño sabían orar católicamente, el magnífico esplendor moderno de tus construcciones, de tus paseos entrevistos, y de una Emperatriz Augusta marmórea y serena, sentada sobre su blanco pedestal, ante un plantío casi heraldizado de tulipanes multicolores.

¡El Rhin! Y siempre la vasta sombra hugueana, por todas partes.... Y la sombra de otro coloso, Wagner, y las armoniosas baladas de tantos poetas. Permitid que por primera vez cite versos á propósito de un poeta que me es íntimamente personal y querido:

.....: la celeste
Gretchen; claro de luna; el aria, el nido
del ruiseñor; y en una roca agreste,
la luz de nieve que del cielo llega
y baña una hermosura que suspira,
la queja vaga que á la noche entrega
Loreley en la lengua de la lira.
Y sobre el agua azul el caballero
Lohengrin; y su cisne, cual si fuese
un cincelado témpano viajero,
con su cuello encorvado en forma de S.
Y del divino Enrique Heine un canto
á la orilla del Rhin; y del divino
Wolfag la larga cabellera, el manto;
y de la uva teutona el blanco vino.

El vaporcito, flamante y elegante, sale por el río, hacia Maguncia. Miro á un lado la campiña verde y á otro la fila de grises edificios comerciales y marítimos. Hay una que otra chimenea que lanza su humo. Se oye el rumor de la ciudad y á lo lejos el agudo clamor de una sirena. Y antes de las últimas villas y chalets que señalan el término de población, alcanzo á divisar una especie de gigantesco guerrero, rey de piedra, un monumental burgrave que aparece como una evocación de la pasada feudalidad teutónica.

Y comienza el desfile de castillos, de esos castillos de cuento y de grabado que han deleitado nuestra infancia en páginas de dorados libros, en antiguos almanaques, ó en ornamentados «keepsakes.» Y sobre las torres arruinadas, ó sobre las restauradas almenas, pasa el vuelo de las tradiciones legendarias.

Y es el pasado recóndito, la prodigiosa Edad Media «enorme y delicada,» ó los nombres de ayer, resplandecientes de gloria y sonoros de armonía. Hé aquí ya Bonn, que más altas que su castillo de Poppelsdorf levanta dos banderas de gloria: Arndt, Beethoven. Hé aquí las siete montañas, á un lado y otro el derruido Godesberg; y una vasta procesión de poéticas resurrecciones empieza. ¿Son cincuenta nombres? ¿Son cien nombres? ¿Son mil? Son un mundo de creaciones de la historia, de la fantasía popular y de la celeste potencia de los maestros de la lira y del arpa. Y sucede que, á menudo, mientras vais pensando en una brumosa soñación, ó mirando con los ojos de vuestra mente las figuras de luz de luna nacidas de la melodía de los poemas, pasa de pronto ante vuestros carnales ojos, por la cultivada ribera, á perderse en la negrura del túnel, una locomotora que arrastra su caudal de vagones. Cuando Hugo vino, todavía no había ferrocarriles en estas regiones que sintieron antaño el paso de los dragones y de los gigantes. El maestro recogió muchos ecos de las sagas rhenanas, y los repitió y aprisionó en la prosa suya hecha como con las mismas rocas duras de los montes y de los cimientos indestructibles de los castillos señoriales. Pero las leyendas son innumerables y vencen al paso de los siglos. Su gran enemigo, el progreso, apenas las toca y transforma. Lo que es estudio folklórico para los eruditos, vive y palpita siempre en la imaginación y en el corazón populares,—y en el santuario de los incontaminados poetas.

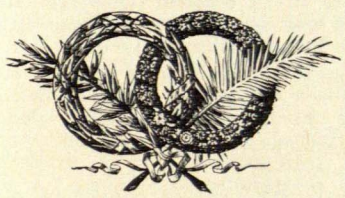
.... Gryn, el matador de leones, pasa. Surgen, entre las viejas piedras, en las leyendas ciudadanas, testas de fieros arzobispos, ó de duros y severos burgomaestres. Soberbios bandidos son amados, antes que Hernani, por deliciosas y delicadas castellanas. Entre huestes semejantes á perros rabiosos, florecen dulces rubias que melifican el espanto de las torturas y carnicerías. Caballeros que parten en peregrinación á Palestina, son salvados de las desgracias por el Señor, á quien elevan capillas votativas. El milagro florece como en Jacobo de Voragine; hay dragones como en la vida de los santos, y gigantes como en las «Mil y una Noches,» y aparecidos como en los cuentos del pueblo. Mujeres ideales, de ojos azules, son lirios de felicidad y rosas de consagración. Bárbaros velludos como osos y feroces como tigres, se mueren de amor por las blancas y finas adoradas. Princesas de lánguidos cuellos cantan romanzas acompañándose con el arpa ante los reyes paternales, de largas barbas y ojos pensativos. Peregrinos tocan á las puertas de los castillos en noches tempestuosas. Los alquimistas hacen el oso, en sus nocturnas tareas. Los templarios combaten ó emplazan, en la hoguera, á sus verdugos, ante el tribunal de Dios. Los cuernos de caza hacen resonar los bosques y los rudos cazadores persiguen en caballos como huracanes ciervos y jabalíes. Lurley, Loreley, envuelta en gasa lunar, melodiosa, amorosa, peligrosa, la mujer, la ilusión, la sirena, se sienta en su roca.

Antorchas llameantes brillan entre los peñascos. San Clemente libra á la suave Ina, de la furia del río y de los bandidos. Uta, muere abrazada á su amante Reichenstein, en un suicidio amoroso que ha de ser, corriendo los tiempos, un común «fait divers.» El arzobispo Hatto, á quien la historia alaba y la leyenda vitupera, muere, por castigo de Dios, á causa de su mal corazón, comido por los ratones. El conde Eppe encuentra en una montaña á una bella joven robada por un gigante; y con ayuda de la Santísima Trinidad salva á la dama y echa al monstruo en un precipicio en donde muere despedazado. La enorme persona de Carlo Magno aparece aquí, allá. Su hija Emma casada contra su voluntad, va á habitar con su esposo Eginardo, en el campo; luego el emperador, ante ellos, un día que les encuentra por casualidad, y les reconoce, felices, les perdona y les lleva á su palacio. El mismo César sale, de noche, en excursiones, con el bandido Elbegart, que es un bandido cuerdo y valiente. Condes violentos y caprichosos son vencidos en sus mansiones feudales por la unión de los comerciantes de las ciudades coligadas. El caballero de Stanferberg se enamora de una ondina y es correspondido; luego es infiel á su juramento de amor y es castigado por la cólera de las ondas vengadoras. Una sirena discreta y hacendosa, va á hilar en la rueca, á la casa de un joven que se apasiona por ella. Una noche la sigue, la ve entrar en las aguas del Rhin, y muere al lanzarse tras ella en los cristales del río. Los espíritus salen de las tumbas á amonestar á los caballeros demasiado tunantes. Lobos furiosos castigan á las profetizas que, enamoradas de los hombres, pierden su castidad y su dón pitónico. Bodegas ocultas guardan un vino de dioses que inútilmente es buscado en los campos misteriosos. El diablo, Satanás en persona, sale de sus abismos y entra en tratos con las personas que andan en apuros y dificultades, y las saca de ellos, á trueque del alma y de la salvación eterna. Pero Nuestra Señora suele aparecer á tiempo con su poder, y manda á los infiernos al perverso demonio. Un joven pintor, ve de noche renovarse en Oppenmeins, entre esqueletos, una batalla entre suecos y españoles, de la guerra de Treinta años. Una diestra caballería conduce á la dama que la monta y á la que se quiere casar por fuerza, á la mansión de su amante. Y cien y cien más páginas, de sangre y de bruma, de luz pálida ó de resplandores rojos, hasta llegar á esa Maguncia famosa en que nació el hombre que después de Lucifer ha hecho mayor competencia al Creador: Guttemberg.

Desfile de castillos, desfile de leyendas, revuelo de poesía y de encanto lírico, en este viaje de horas, por el río sereno, eternamente perfumado por el vino pálido que dan las viñas de sus orillas. Y canta Adelaida von Stolterfoth: «Del polvo de la ruina nace en el Rhin una vida más bella. Giran los espíritus que por tanto tiempo han descansado en las tumbas; resuenan las canciones con extraños saludos que yo debo repetir suavemente en mis canciones y en mis ensueños. Cuando veo volar al pájaro en las alturas del aire; cuando veo deslizarse los barcos en la lejanía de las brumas grises, me parece que dice palabras el pájaro al hender los espacios, y otras palabras escucho al rápido paso de la embarcación.» Y yo también, peregrino de arte, de americanas tierras, hecho al sol y al canto de la vida latina, he puesto el oído atento á esas palabras de las aves y de las barcas germánicas, y de esa bruma he visto surgir la eterna gracia de las almas aladas, la virtud de la sagrada poesía, á la cual no vencerán ni los odios humanos, ni las sequedades de los intereses modernos, ni la mediocridad de las chatas cabezas de los regeneradores igualitarios. Pues la soberanía del espíritu se basa en lo que está más allá del bien y del mal, más allá de nuestro planeta mismo y de nuestros conceptos de verdad y de mentira: en lo infinito, en lo absoluto.

RUBÉN DARIO.

Albert Guillaume: Antesala ministerial



AMENODORO URDANETA

—

No fue adalid de rutilante espada
Que en arduo empeño, apellidando guerra,
Se ciñó la corona ensangrentada,
Espanto puso y conturbó la tierra;

Ni sabio fue que en ímproba velada
Quiso inquirir lo que el misterio encierra,
Lo que esconde el abismo de la nada,
O el astro oculta que en los cielos yerra.

Filósofo de paz, amó el sosiego
Del hogar, y la plácida bonanza
Conque apacigua el mar benigna aurora:

Cristiano, á Dios encomendó su ruego
Y en las alas voló de la esperanza.
Adoró la Verdad, con ella mora!

FELIPE TEJERA.

4 de enero de 1905.

ANTIFONARIO

—

Eres ¡oh Vate! un caballero medio-eval.... En las noches azules, yo veo cómo brilla tu casco de zafiro bajo el rayo de luna. Y tu escudo de plata, resplandece burilado de estrofas.... Todas las sorprendentes aves del Orinoco, que vuelan en la soledad augusta y decoran como fragmentos de crepúsculo la majestuosa monotonia del coloso, pusieron cantando en tu cimera las plumas de sus alas. Y allí quedaron los colores para florecer triunfal y sempiternamente.... Forma de zig-zag, luce tu lanza, semejante á la centella; y yo he visto cómo en las noches azules la descansas en la roca de cristal, embrazando la rica adarga á la mano siniestra, para recibir el beso de la musa.... Violas ¡oh Vate! los rescriptos del César que creó este imperio: no genera tu instinto catecúmeno de estructura viva; no eres padre, ni aspiras á serlo gloriosamente como lo sueña el orgullo mediocre.... Haces de la aristocracia del placer un culto, y sueltas tus ideas como bellos tigres de oro por la vida.... Pone la musa sus labios milagrosos en los tuyos y ofrece sus encantos á tu apasionada virilidad: por el cuerpo de la noche cubierto con el manto azul, corre el estremecimiento de una procreación, y los bellos tigres de oro saltan como signos zodiacales por entre las muchedumbres, que sin embargo, sonrien irónica y misericordiosamente.... Los bellos tigres de oro hincarán sus dientes de marfil en esa carne, y lamerán la turbia linfa de los desgarramientos con sus lenguas de púrpura: entonces la misericordia será de las generosas fieras de oro.... Vencedor de tu propia piedad contemplas impasible ¡oh Vate! en las noches azules, extraños acaecimientos. Bajan de esferas incógnitas en rumorantes parvadas, los ángeles del dolor á copularse en trémulo espasmo con las vírgenes frágiles, que la vanidad humana cubre de sedas y viste de luces fugaces. Sobre esos dolientes amores, desenfrenas tus blondos tigres ágiles.... Empero, cúmplese á diario el rito que el czar del universo estableció, mientras en el opalino seno de la nube-ilusión cantan músicas nupciales, cuyas cadencias terminan en largos ritmos que cabalgan sobre espadas y giran por el aire, dejando rastros de perlas diamantinas que son lágrimas y fulgurosos rubíes que son gotas de sangre. Con tales gemas, ¡oh caballero medio-eval que sabes de maravillosa orfebrería! tú formas collares sonoros que pones en el cuello de tus raudos tigres de oro....

JOSÉ AUSTRIA.

GONZALO PICON-FERRES

FLOR

NOVELA)

Escrita en 1898

(Conclusión.) [*]

IV

Alguien ha dicho, y el mundo lo repite con frecuencia, que el que espera desespera.

Pero Flor sabía esperar, aturdiéndose en el carnaval del mundo con todos los placeres de la vida, y esperó sin impaciencias ni mortificaciones, porque tenía fe, fe profunda, en su venganza.

También sabía disimular, y jamás reveló contra su torpe victimario sino afecto inextinguible, el olvido de su conducta cruel y la ingenua intención de perdonarle.

Y al fin llegó la hora del castigo y de la redención.

Una noche la invitaron para un baile, uno de esos bailes en que se bebe mucho, en que la dulce intimidad es lo que anima y entusiasma á los parejas de ambos sexos, en que la música respira voluptuosidad, se queja con blandísimo deleite, mariposea con vuelos sorprendentes é inefables, tiene estremecimientos, vaguedades, sollozos y alegrías.

Carlos Valera, en nombre suyo y de sus buenos camaradas, pasó á invitar á Flor.

—Chica—le dijo—estamos de jarana... Algo bonito y de mucha intimidad: diez parejas escogidas, el salón de *Las Camelias* deslumbrante de flores y de luz, unas tantas botellas de buenos vinos italianos y nada menos que la gloria hecha música de baile... Nos iremos á las siete mañana por la noche, y pasaremos á buscarte.

—¿Y si no puedo ir?—díjole Flor.

—Te llevamos entonces por la fuerza.

—Mira, es que me duele mucho la cabeza, y desde anoche ando como con calentura... Te aseguro que no me siento bien.

—Chica, no seas tonta: en cuanto bailes, se te quita... Además, no sabes tú la gran sorpresa que te espera.

—¿Sorpresa?

—Extraordinaria.

—Ahí sí que no te creo...Pura engañifa tuya.....Mentiras nomás para que no me niegue.

—Flor, mi palabra.....Te prometo una magnífica sorpresa, una sorpresa capaz de reventarte de alegría el corazón y de llenarte de lágrimas los ojos.

—¿Agradable?

—Deliciosa.

—¿Algo que me quite la murria y me interese?

—Lo que menos te imaginas.

—¡Pero dímelo, caramba, porque ya me estoy muriendo de la curiosidad!.....¡Anda, grandísimo embustero!

Carlos Valera dijo entonces muy despacio, fijándose en el efecto que producía en la muchacha, lo que sigue:

—Al baile irá también José Robledo, que acaba de llegar de Europa, sin que nadie lo esperase.

—¿José Robledo?—exclamó Flor como aturdida.

—El mismo, sí—le contestó Carlos Valera, con la sonrisa en los labios y retorciéndose las puntas del bigote.

—¿Y cuándo vino?

—El veinticuatro, en el vapor francés.

Flor se puso pálida. Desde los pies hasta la nuca le subió un escalofrío, y la emoción se le advertía en la mirada húmeda, en los descoloridos labios, en el temblor indominable que sacudía todos sus miembros.

—¿Irás entonces?—le preguntó Valera.

—Si me mejoro, te doy mi palabra de que iré.....Pero mira, no pasen ustedes á buscarme, que yo pediré un coche para marcharme sola.

—Convenido.....Lo que importa es que no faltes.

Al día siguiente, para concurrir al baile, se puso muy galana. Una alegría salvaje le discurría por las venas, encendiéndole la sangre; pero un dolor agudo, producido por los recuerdos de los días más felices de su vida, tornaba á abrir las mal cicatrizadas heridas de su pecho. Cuando acabó de peinarse y de vestirse, todavía era temprano. Para embobar el tiempo, se puso á dar paseos por la sala. Las orejas le prendían como brasas, le echaban fuego las mejillas, sentía la cabeza como un horno. Sin embargo, tenía los pies helados, frías las manos como nieve, aterecido el corazón. Un temblor insoportable le subía y le bajaba por el cuerpo, le estremecía la mandíbula, le hacía vibrar los nervios. Sonó la hora al cabo, y el coche se fué con lentitud por la ancha carretera, tibiamente iluminada por la luna.

Cuando Flor entró á la sala del restaurant de *Las Camelias*, estallaron los aplausos, y los alegres mozos de la *crema* corrieron á estrechar su mano, á llenarla de galanterías y á cubrirla de lisonjas, que ella contestaba con las más finas palabras.

Y bien.....¿por qué estaba más amable que nunca aquella noche? Se suponía y se ignoraba al mismo tiempo; pero lo cierto es que hasta para sus rivales tuvo un saludo cariñoso, un apretón de manos franco, una chanza nada hiriente. Sin embargo, en sus risas se observaba algo extraño, algo que parecía forzado, doloroso, fingido, incomprensible.

El baile comenzó, y con el baile el menudeo de los tragos. Flor también bebía... ¡cosa bien rara en ella!.....y cada rato se volvía con interés hacia la puerta de la sala. La devoraba la impaciencia, no podía estar tranquila, iba y venía sin darse punto alguno de reposo, abriendo y cerrando nerviosamente el abanico.

Y se empezó á bailar un valse muy en boga por entonces, un valse vivo, alegre, jaleado á maravilla, de sorprendente sabor y colorido nacionales, lleno de mordicantes contratiempos, de admirables transiciones y quiebros caprichosos. Y mientras el clarinete se quejaba, el cornetín le hacía dúo, las guitarras se desgranaban en salerosos pespunteos, las arpas atravesaban el compás retozando y riyendo á carcajadas, y el contrabajo bordoneaba sobre las variaciones con admirable gentileza.

De pronto exclamó Flor sin poderse contener:

—¡Al fin, al fin, Dios mío!

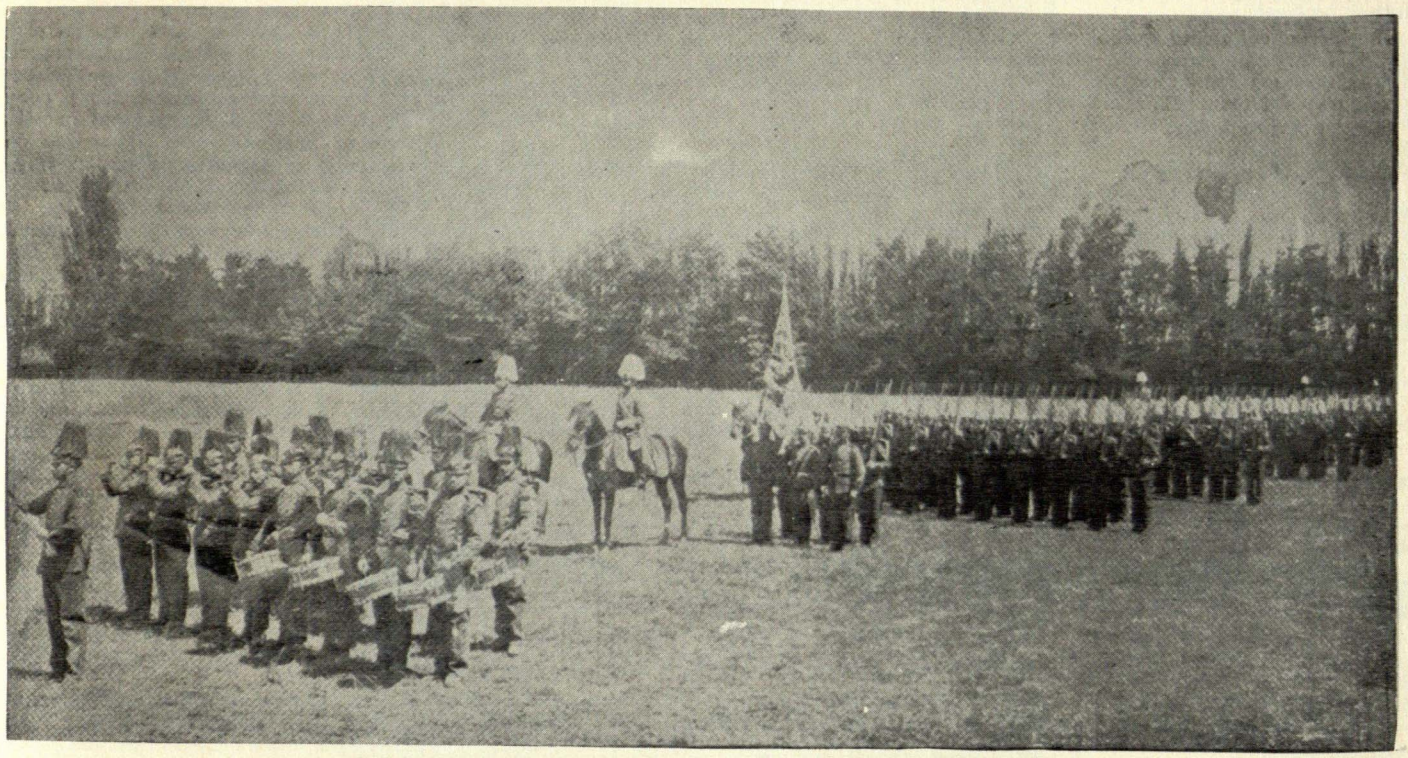
—¿Qué?—le preguntó Carlos Valera, que era el mozo que la llevaba en brazos.

—Nada—dijo ella, riéndose con una risa cristalina, muy fresca y muy sonora.

José Robledo había aparecido en la puerta de la sala, y Flor se puso intensamente pálida. ¡Qué lucha tan horrible la que empezó en su corazón! ¡Qué peso tan enorme el que sentía sobre el pecho! ¡Cómo le dolían las enconadas heridas de su alma!

¿Que si le amaba aún? Aún y siempre. La huella del primer amor es imborrable, jamás se desvanece, es algo inexplicable que eternamente vive en lo más íntimo del alma, para hacerla gozar y padecer en las horas consagradas al recuerdo. A José debía ella los momentos más felices de su vida, las primeras impresiones del amor, la dulzura embriagadora de los primeros sueños. Por él había pecado, caído de la luz á las tinieblas, matado á su buen padre de amargura, abandonado como una pobre loca sus deberes y manchado su nombre con la infamia. De él era su hijo, y por su culpa se había muerto en la aurora de la vida, cuando empezaba á dar en cada angélica sonrisa todo un cielo de ilusiones. Pero José era un traidor, un hombre sin conciencia, un bandido de frac acariciado por el éxito. ¡Qué noches tan desoladas y tan frías las de Flor en su abandono! ¡Cuántas horas de llanto sin consuelo, de soledad desesperante, de silencio aterrador! La casa, angosta y sucia como las grietas de una ruina; la lumbre, sin arder; en los techos, los chirridos y aletazos de los murciélagos medrosos; en el alma, el cuchillo del más negro desengaño; en la conciencia, el más atroz remordimiento; y mientras la sombra pesaba como un plomo, y la miseria era un espectro que salía de todos los rincones, y la música necia de los escarabajos parecía orquesta fúnebre, y la vela de sebo chispo-

* Comenzó en el número anterior.



Ejercicios del ejército chileno

rroteaba agonizante sobre el banco de madera, la fantástica figura del buen padre, blanca, solemne, tristemente abrumadora, se levantaba del suelo de improviso, y luégo se iba perdiendo en la penumbra.

La presencia de José refrescaba sus recuerdos, los recuerdos de su infelicidad y su deshonra.

Despreciarle era muy poco; dejar de amarle, un imposible; pretender que él la quisiera, un ensueño irrealizable. ¿Qué más daba? Verle feliz, mientras ella se moría de pesadumbre, de celos, de despecho, de impotencia para lograr el triunfo, tenía que ser el gran tormento de su alma. Y si ella no podía querer á nadie con la pasión que á él, y si llevaba aquella vida disoluta contra su propia voluntad, y si su ardiente aspiración no lograba ser jamás sino una mera concepción de su cariño, siempre vivo como un ascua, siempre nuevo como primaveral efluvio, siempre intenso como el latido de la savia en los troncos de los árboles, preferible era matarle. ¿Cómo? No lo sabía. Pero que fuese allí, aquella misma noche, sin esperar más tiempo. Pensarlo nomás era locura; pero ella estaba loca; ella tenía la trágica vesania del infeliz trabajador, del desgraciado plebeyo á quien Dicenta ha engrandecido con su pluma de artista original y con su verbo fulminador de combatiente.

Cuando el valse terminó, los músicos y los espectadores se salieron al ancho corredor á encender y fumar un cigarrillo, á reunirse en grupitos bulliciosos para charlar malignidades, á calentarse el corazón con un trago de coñac ó con un enorme vaso rebosante de cerveza, á respirar el aire que soplaba de los alrededores cargado de fragancias y frescura. La sala quedó sola. Flor, que tenía fiebre, le exigió á Carlos Valera que la llevase á la antesala, donde las otras chicas bebían muy alegres. Al verla entrar, los mozos se apresuraron á ofrecerle una copa de champaña, que ella aceptó sin vacilar. Luégo hubo silencio, curiosidad, espectativa, porque José y Flor debían de saludarse por lo menos. Entonces José, en medio de una tempestad de aplausos, se acercó á la muchacha con aquel gran desenfado que le caracterizaba: pero ella le volteó la espalda con soberbio y altísimo desdén, y dos lágrimas de rabia saltaron de sus ojos.

Herido en lo más hondo de su orgullosa presunción con semejante bofetada, José no pudo contener el exabrupto de la ira, y se soltó á decir con saña:

—Esperar de ti otra cosa, de ti, que te revuelcas en el lodo como un cerdo, sería lo imposible...Las mujeres como tú no pueden resultar sino canallas.

El momento había llegado, el momento más trágico y espantoso de su vida.

Temblorosa de coraje, pálida como una muerta y sin poder pronunciar bien las palabras, porque la emoción la ahogaba, la muchacha se volteó rápidamente y contestó con rudo acento:

—¡Pero cuando nos encanallamos, no es sino porque los miserables como tú, que eres un malvado de profesión y oficio, se figuran que en la vida pueden burlarse impunemente de todas las mujeres!

Y antes de que ninguno de los allí presentes acertara á darse cuenta de lo que ella meditaba desde que entró á la sala, sacóse del seno un puñalito que rutiló en su mano como la lengua de una sierpe, corrió súbitamente contra el menguado mozo, lanzó un inmenso grito que retumbó como un rugido, y abriendo los ojos como loca, y levantando el diestro brazo con ímpetu soberbio, sepultó la hoja de acero en la garganta del infame hasta la marfileña empuñadura.

V

Lo que hubo allí primero fué estupor.

Después, la curiosidad vehemente, el deseo de saber si aquel mozo estaba muerto.

Luégo, exclamaciones de sorpresa, frases de reprobación, entradas y salidas precipitadamente, gritos agudos, brutales amenazas, comentarios diversos y confusión de voces.

José había caído en la mitad de la antesala, y estaba inmóvil, estirado, horriblemente descompuesto de facciones, cárdeno de ojeras, cetrino de color y con la boca abierta.

Carlos Valera se apresuró á tomarle el pulso, y no latía.

Las mujeres temblaban, los hombres tenían miedo, los muchachos se arrimaban de espaldas á los empapelados muros, y con los ojos muy abiertos veían como aterrados el cuerpo de aquel mozo apuñaleado con saña en la garganta.

—¡Que lo entierren!—exclamó el que tocaba el cornetín.

—¡Pero qué buena puñalá!—arrimó un negro de extraordinaria bemba, un negro más negro que el betún.

—¡Nada, que se la pegó sin lástima!—dijo con sorna otro de los espectadores, enrollando con mucha calma un cigarrillo.

Y cada cual iba diciendo alguna frase parecida, alguna sucia reticencia, algún desvergonzado comentario, que los demás acogían hasta con risas y celebraban por lo bajo.

El puñal rompió una arteria, y segundos después José Robledo estaba muerto.

Bañado en sangre, sus camaradas lo alzaron en seguida y lo llevaron á uno de los cuartos inmediatos.

Flor salió á la sala con la frente muy alta y muy serena, y en medio de la lluvia de improperios que los espectadores le arrojaban á la cara, esperó resignada su prisión.

Carlos Valera corrió hacia el camino, tomó una victoria, partió á escape y á poco regresó con dos agentes policiales, que aprehendieron á Flor y la llevaron á la cárcel, sin hablar nada del hecho.

El Juez de Primera Instancia en lo Penal, en compañía de su Secretario y del

Fiscal del Ministerio Público, se trasladó al día siguiente muy temprano al sitio del acontecimiento, que había causado en la metrópoli profunda sensación.

El cuerpo del delito quedó comprobado en absoluto. Allí estaba el cadáver todavía, con la garganta rota por la inmensa cuchillada; allí el puñal de cuatro filos, cubierto de sangre hasta la cruz; allí los testigos presenciales del suceso, que resultaron contestes en sus declaraciones.

Dos días después se tomó la indagatoria á la enjuiciada, que contestó con voz sonora, con sorprendente ingenuidad, con una así como firmeza de granito, sin inmutarse, sin empalidecer, sin rehuir de ningún modo la responsabilidad del crimen por ella consumado.

—Diga usted su nombre y apellido.

—Flor del Campo.

—Su edad y estado.

—Veinticinco años y soltera.

—Su profesión.

—La infamia, por culpa de ese hombre á quien maté.

—Su domicilio.

—Calle Ancha del Barrio Nacional, número 15.

—¿Sabe usted quién cometió el delito de homicidio perpetrado en la persona de José Robledo?

—Yo.

—¿A qué horas?

—Como á las doce de la noche.

—¿En qué sitio?

—En el restaurant de *Las Camelias*.

—¿En compañía de qué personas se encontraba usted?

—En compañía de todas las personas que supongo hayan declarado lo que hice con mano segura en su presencia.

—¿Cometió usted el crimen con premeditación?

—Sí, señor, porque lo estuve madurando cerca de tres años de amargos sufrimientos y dolorosa espectativa.

—¿Qué razones la movieron á usted á cometerlo?

—Castigar al traidor que me engañó, que me injurió con la deshonra y que después me dejó en la miseria, en la soledad y el desamparo.....En una palabra, señor Juez, hacerme yo misma con mi brazo la justicia que aquí falta.

—¿No tiene usted más nada qué agregar?

—Sí tengo, sí, señor.....Que esta sangre con que me he teñido, es la sangre de José Robledo: y que no me arrepiento, ni me arrepentiré jamás, de haberla derramado.

Al terminar el interrogatorio, la muchacha fué conducida otra vez á la cárcel de mujeres, en medio del asombro de la muchedumbre, que admiraba su valor, su enérgica actitud y su arrogancia indominable.

En su oportunidad, el Representante del Ministerio Público le hizo los cargos del delito, y los aceptó con la misma resignación, con la misma serenidad de espíritu, con la misma entereza de carácter.

Profundo pensador, jurisconsulto asaz versado en criminología antigua y moderna, orador de grandes dotes tribunicias y sofista extraordinario, todo en uno, el abogado hizo prodigios de elocuencia en la defensa; pero sus esfuerzos se estrellaron contra el tribunal implacable y contra la vindicta pública, de igual suerte que la ola resonante, coronada de espumas y de luz, se estrélla, retorciéndose como un monstruo de cristal, contra la gigantesca roca de la playa.

Flor fué sentenciada y condenada á diez años de presidio.

Mas durante aquella pena.....¡qué tranquilidad la suya! ¡cómo era de honrada y laboriosa! ¡de qué manera tan estricta cumplía sus deberes en la celda y observaba una conducta rigurosamente noble é intachable!

En vez de murmurar como las otras presas, de complacerse como ellas en relatar negras infamias y costumbres licenciosas, en recordar historias sucias que parecían calumnias é invenciones por las tremendas deformidades que entrañaban, en vivir sin hacer nada, holgazaneando á todas horas como sus torpes compañeras y saturándose por lo mismo de ignominia, Flor se obstinaba en el trabajo rudo, pasaba el día consagrada á menesteres recios, hablaba poco y en forma comedida, comía con la mayor frugalidad, ayunaba á pan y agua en la cuaresma, se confesaba y comulgaba en la semana destinada por la Iglesia á recordar la pasión y muerte de Jesús, leía con amor libros piadosos, usaba un cilicio en la cintura, y antes de entregarse al sueño, se estaba de rodillas largo tiempo en oración.

Quería redimirse de sus culpas á fuerza de agria penitencia, de martirio voluntario, de no dolerse de sí propia y de austeridad profunda é implacable.

—¡Oh Jesús—exclamaba con frecuencia—yo creo en ti con fe sincera, y en tu misericordia confío, y de tu santa gracia espero perdón para las culpas de mi vida! ¡Oh Jesús, recíbeme en tu seno, que desde hoy me acojo á tu inagotable bondad!

VI

Años después, Carlos Valera se encontraba una tarde, acompañado de Rosalía su esposa, en la *Plaza Nacional*.

Era día de fiesta, y la plaza hervía de gente.

El reloj de Catedral dejó escuchar las seis, después del sonsonete necio con que marca los cuatro lentos cuartos de la hora. El sol, hecho una inmensa flor de púrpura y de oro, se había hundido en el ocaso. El último resplandor que daba, caía sobre la cumbre de los montes como una triste luz rosada y dulcemente cariñosa. El cielo estaba azul, de un azul suave y delicado, y en su fondo se veían resaltar más ligeras las torres de los templos, las rotondas de los palacios públicos y las estatuas de mármol de los parques. La avenida principal de la ciudad aparecía llena de coches y de polvo. En los coches paseaban empleadillos de las covachuelas, dependientes de las casas de comercio y militarzuelos currutacos, de kepis encarnado, muchos galones en el dormán lujoso, botas rizadas de charol con relucientes espolines y mirada insolente y chocarrera.

En la *Plaza Nacional*, el embaldosado brillante encandilaba con sus mosaicos de colores. La estatua del más grande de los libertadores de pueblos, levantada sobre su hermoso pedestal de mármol negro, parecía que se animaba sobre el corcel de batalla encabritado. Las pilas de bronce, alegorías hermosas de la primavera y el verano, del otoño y el invierno, disparaban el agua cristalina hacia lo alto en chorros que semejaban pomposísimos plumajes. El aire suave y delicioso, embalsamado por las macetas de flores de los árboles, soplaba con frescura y retozaba entre las frondas, haciendo misteriosos ruidecillos. Muchos hombres del pueblo, de esos que no tienen profesión ni oficio alguno, holgazanes de índole, desarrapados y mugrientos, daban deleite á su pereza recostados sobre las verjas de hierro ó contra los troncos de los árboles. Sentados á las veras de la avenida principal, en asientos de esterilla y formando grupitos más ó menos numerosos, los políticos, los literatos, los banqueros, los comerciantes de substancioso fuste, y los agricultores de formidable señorío—ciudadanos estos últimos de sabiduría infusa, prosopopeya abrumadora y conversar pesado como una piedra berroqueña—embobaban el tiempo echando cuentos rojos, murmurando de todo el mundo atrocidades, comentando las noticias que desde la mañana circulaban en apretados ramilletes, y criticando con saña tremebunda á los que subían y bajaban con ponderosa gravedad por las anchas avenidas. En la plataforma del Norte, los atriles de los músicos esperaban desde las cinco y media, ordenados en riguroso cuadro de batalla, la suspirada alegre hora de retreta. Y mientras tanto, las cigarras aturdían, con su canción monótona, desapacible y penetrante, á los renombrados señores que dialogaban en la plaza, y á los hombres desarrapados y mugrientos que en las verjas de hierro daban rico deleite á su pereza.

Tres mozos regocijados y maleantes, trigueño y barrigón el uno, delgado y blanco el otro, de barba rubia y ojos verdes muy brillantes el tercero; tribuno harto elocuente el barrigón, afecto á la política el delgado y poeta notable el de brillantes ojos verdes, se referían con admirable chiste y seductora salpimienta anécdotas picantes debajo de uno de los árboles, y estallaban en frecuentes y atronadoras carcajadas, que llamaban la atención de los demás grupitos de la plaza.

Bandadas de niñas desde ocho hasta trece años, bellas y lozanas como fragantes rosas nacidas con el alba y consteladas de rocío, dando gritos de entusiasmo y suelta al aire en ondas de oro la ensortijada cabellera, rodaban por el embaldosado erguidas sobre los patines, ó corrían tras el aro, ó se cogían de las blancas manecitas y formaban de ellas mismas unas como guirnaldas de vistosas flores.

El Secretario de la Legación Inglesa, extravagante de vestido, deslumbrador de monóculo, con enorme tabaco de sortijilla dorada entre los labios, frío como una estatua de mármol ambulante y serio como un asno, subía y bajaba por la avenida principal, sumergido en un océano de cavilaciones diplomáticas, largo y tieso como un asta de bandera, apoyándose en un bastón que parecía una tranca y sin mirar absolutamente á nadie.

En los cafés de los alrededores resonaban las diferentes voces de los asiduos parroquianos, el cristalino tintineo de los vasos y las copas de cerveza, la música popular napolitana de un enjambre de italianillos que se ganaban la vida—vida siempre llena de sinsabores y nostalgia—tocando el arpa y el violín, y el insonoro golpeteo de las bolas sobre la mesa verde del billar.

Otro enjambre de italianillos limpiabotas, negros de sucio y de betún, cubiertos por todas partes de remiendos y apostados en las esquinas de la plaza, asaltaban á todos los individuos que pasaban por ahí, gritándoles con sus agudas vocesitas:

—¡Marchante, pa limpiá!

Flor salió de Catedral, donde acababa de predicar el Arzobispo; entró á la plaza, con el propósito de excusar el paso por la esquina, en la cual se revolvía mucha gente; se fué por uno de los embaldosados laterales, y se dirigió hacia arriba, caminando muy ligero.

Los políticos, los literatos y banqueros de que se componía uno de los grupos, se voltearon para verla; y de los labios de uno de tan respetables ciudadanos salieron con sorna estas palabras, intencionalmente injuriosas:

—¡Hipocritona, te conozco!.....¡Si estarás creyendo tú que puedes engañar á todo el mundo con tus risibles beaterías!

El que así hablaba era escritor de mucha fama, ortodoxo como pocos, temible por la lengua, acérrimo enemigo de Zolá, contra el cual había vomitado por la prensa hasta treinta docenas de improperios, y muy amigo al mismo tiempo de asistir, acompañado de su mujer y de sus hijas, á las zarzuelas más cochinas que se representaban en uno de los teatros.

Bajo el pabellón de verdes hojas de uno de los espléndidos jardines, Carlos Valera y Rosalía conversaban, se divertían con la

gente que llenaba las espaciosas avenidas, y contemplaban á las niñas alegres que jugaban por los embaldosados, suelta al aire en ondas de oro la ensortijada cabellera.

A poco pasó Flor por frente á ellos, bella como nunca, vestida de riguroso luto, digna sin afectación y mostrando en el semblante una expresión de dulcísima bondad, de melancolía atrayente, de ternura contagiosa.

La luz blanca de sus grandes ojos negros revelaba la absoluta limpieza de su espíritu.

—¿Quién es esa mujer?—preguntó á Carlos. Rosalía, porque le interesaron vivamente aquel aspecto noble, aquella belleza encantadora, aquella amable figura distinguida.

—¿Te ha gustado?

—Tanto, que por eso te pregunto.

—¿Verdad que es muy bonita?

—Bonita nó, sino preciosa.

—Pues no te asombres, Rosalía: esa mujer es Flor del Campo.

—¿Flor del Campo?

—Sí.....¿Yá no te acuerdas?.....La misma que mató á José Robledo.

—¿Esa mujer tan bella?—exclamó Rosalía estupefacta.

—Sí, esa mujer tan bella.

—¿Y cuándo ha salido de la cárcel?

—Hace yá cerca de un año.

Rosalía se la quedó mirando con fijeza hasta que se ocultó en la primera encrucijada, y al fin dijo:

—¡Conque esa es Flor del Campo!..... Parece mentira que sea tan malvada.

—Era—exclamó Carlos.

—¿Cómo?.....¿Era?

—Porque desde que entró á la cárcel y desde que salió de ella, es la mujer más honrada, más piadosa y más digna de consideraciones y respeto que pueda nadie figurarse.....La sangre de aquel crimen, que cometió porque sin duda estaba loca, la ha purificado y redimido de tal suerte, que ahora es un modelo de las virtudes más excelsas.

—¡Pero qué raro, Carlos!

—Lo mismo dice todo el mundo.

—¿Y de qué vive?

—De lo que viven las mujeres austeramente honradas: del trabajo que rinde y hasta enferma, pero que al mismo tiempo dignifica y enaltece.

Rosalía guardó silencio.

Mas en el fondo de su imaginación, profundamente impresionada con lo que Carlos acababa de decirle, quedó brillando largo rato la imagen dulcísima de Flor, blanca, serena, luminosa como la estrella de la tarde.

BOLIVAR MORIBUNDO
ESCULTURA DE ANDRÉS PÉREZ MUJICA

VII

Rosalía era lo que se llama una mujer piadosa, caritativa y buena como el pan. Hacía el bien por el bien mismo, por la satisfacción íntima de hacerlo, en silencio para que nadie lo supiese, sin ostentar jamás las acciones generosas de su alma. No pertenecía al grupo aristocrático de las que dan limosna, de las que alivian desventuras y dolores, de las que á manos llenas socorren á los necesitados, que son muchos en los caminos de la tierra, porque les sobre el dinero en el fondo de las arcas, porque se ocupen los periódicos de su munificencia, por especulación bien calculada, por alcanzar con semejantes medios propósitos de esos que, antes que frisar con las purezas ideales, no salen del fango de la vida. Era creyente sin fanatismo ni superchería, religiosa sin afectación, cristiana en toda la grandeza de la doctrina de Jesús, esa doctrina hermosa, beneficente y adorable—pura como el rocío, alba como la nieve y resplandeciente como el sol—en cuyo santo nombre se cometen tantos crímenes á veces, se pisotean los fueros de la humanidad y la justicia, se derrama la sangre de los hombres, se ráya en la crueldad y se lucha por los poderes de la tierra, que Jesús jamás tuvo en su mano, ni encareció como ideal de su misión con la sublime sencillez de su palabra.

Al saber con los detalles que ignoraba la dolorosa historia, la desventura inmensa, la desolación horrible, la caída de aquella niña hermosa é inocente en la gran charca de la infamia, la venganza de su corazón roto en pedazos por aquel mozo protervo, la expiación voluntaria de sus culpas y la redención de su alma y su conciencia, Rosalía se compadeció de Flor, la amó sin conocerla y se propuso enterarse de su vida, para saber si era verdad lo que decían los labios de su esposo, y si Flor era acreedora á la misericordia de Dios, á las consideraciones de los hombres y al respeto de la sociedad.

Rosalía supo que Flor cosía para las tiendas, bordaba con primor, tejía toda clase de tejidos con aguja, torcía cigarrillos para las grandes fábricas, hacía ramos de flores y se ganaba la vida trabajando, trabajando sin dar tregua á la fatiga, trabajando desde por la mañana hasta las altas horas de la noche, trabajando hasta romperse las manos y debilitarse de los ojos, sola en su casita con la única mujer que le servía, sin tener más expansiones que el cultivo de sus muy pocas amistades de gente sana y buena, el cuidado de sus flores en aquel jardincito exuberante y oloroso, la lectura de edificantes libros como el *Catecismo de Perseverancia*, la oración y la piedad.

Un domingo por la tarde, sin que Carlos Valera lo supiese, Rosalía se personó en casa de Flor. Estaba ésta en el jardín, regando y componiendo las macetas y las cepas estrelladas de fragantísimos botones, vestida de riguroso medio luto, con el cabello recogido en elegante moño griego, y conversando naderías y diciendo dulcísimas carocas á un niño de la gran casa de enfrente, hijo de padre y madre ricos, albo como un jazmín y rubio como el sol.

Así como azorada, como confusa y llena de inexplicable turbación, Flor salió á recibirla, y la hizo pasar á la salita, una salita limpia como un dedal de plata, con dos poltronas y media docena de sillas de bejuco, con una mesa redonda en todo el centro y una lámpara de porcelana encima de la mesa, con cortinas blancas muy espesas en las ventanas y en las puertas, y sin más adorno en los muros que una admirable copia de la Concepción de Murillo, magnífica oleografía encuadrada en ancho marco de caoba.

Y Rosalía se apresuró á decirle, mirándola con fijeza y con los ojos muy abiertos:

—Yo soy Rosalía de Valera; vivo en la calle de la Paz, casa número 36, y allí estoy á sus órdenes.

—Señora, muchas gracias.....Tengo mucho gusto en conocerla, y en esta casa habita una humilde servidora de usted.

—Me han dicho que usted hace muy bien toda especie de bordados.

—Sí, señora, puedo bordar lo que usted quiera.

—Pues bien, yo vengo á eso justamente: á que me diga usted si podría hacerme el servicio de bordarme, para dentro de dos meses, cuatro fundas de almohada muy bonitas, muy delicadas y vistosas.....Las quiero así para un regalo ¿sabe usted?

—Señora, no tengo inconveniente.

—Entonces.....¿puedo contar con ellas?

—Sí, señora.

Las relaciones quedaron entabladas de aquel modo; Flor puso manos á la obra, y Rosalía, con el pretexto de ver cómo iban los bordados, comenzó á ir casa de Flor cada cuatro ó cinco días.

Con la dulzura de su voz, con su delicadeza aristocrática, con la amable simpatía

que respiraba toda su persona, con la viveza de su inteligencia y la habilidad de sus palabras, á las cuales se juntaban unas maneras que encantaban por lo modosas y atractivas, Rosalía fué insinuándose en el ánimo de Flor, inspirándole confianza, obligándola á confidencias íntimas y haciéndola decir su vida, toda su vida, aquella vida de silencio, de fría soledad, de tristísimo abandono, llena de recuerdos dolorosos, empapada de lágrimas acerbas, tinta en la sangre de su corazón eternamente abierto de heridas muy profundas, santificada en el trabajo y consolada en la oración y la piedad.

Y Rosalía supo entonces cuanto le convenía saber para justificar su irresistible compasión : de qué suerte vivía aquella mujer hermosa y buena, empujada primero brutalmente por la fatalidad á los abismos de la concupiscencia y del delito, rehabilitada después por la propia imposición del sufrimiento, ennoblecida en el trabajo rudo y respetada de los hombres por su conducta rigurosamente noble.

Con los ojos cargados todavía de sueño y con el cuerpo de cansancio, Flor se levantaba primero que la aurora, tomaba agua bendita de la que había junto á su lecho en artística pila de cristal, se santiguaba con fervor, se envolvía en su pesado pañolón negro de lana, cogía su camándula de cuentas de madera corredizas, y al resonar en el ambiente las campanadas de la cercana iglesia, se iba á oír la misa que decía aquel excelente franciscano de quien se cuenta que murió en riquísimo olor de santidad. En los días en que la iglesia manda que se ayune, ayunaba para martirizarse ; y en los días de la semana santa lo hacía á pan y agua, de igual suerte que en la cárcel. Se confesaba y comulgaba dos veces en el año : el jueves santo y el ocho de Diciembre, día éste de gala y regocijo para la cristiandad, día de la castísima doncella que nació en Nazareth, la que fué madre gloriosa de Jesús, la que los ángeles ensalzan con la sublime armonía de sus arpas refulgentes, la que coronan las estrellas como rosas de pétalos de oro, la que se viste con el azul del cielo y la blancura de las nieves, la que se calza con la luna, la que tiene en su sonrisa más resplandores que la luz, y en el corazón un infinito de misericordia y de piedad.

Ningún mendigo, ningún huérfano, ninguna madre harapienta y desolada, ninguna víctima del hambre y la miseria salía de aquella casa de otro modo que bendiciendo á Flor desde lo íntimo del alma ; y Flor, en su deseo nunca satisfecho de lavar todas las culpas de su vida á fuerza de obras generosas, no sólo daba limosnas á la puerta para agradar á Dios, sino que las llevaba á las casas de beneficencia, á las inclusas, á las bohardillas henchidas de sombra y de dolor, y á los lazaretos llenos de corrosivas úlceras y negros sufrimientos.

Cuando volvía de oír la misa que decía el venerando y virtuoso franciscano, regaba y componía sus flores, aquellas flores ricas de fragancia con que engalanaba el brillante altarcito de su alcoba, con que adornaba el marco de la virgen de Murillo, con que cubría la tumba de José y la tumba de su hijo. Luégo se entregaba al trabajo con ardor, al trabajo sin descanso, al trabajo en que se rompían les dedos de rosa de sus manos, en que su pecho se enfermaba, en que sus ojos se quedaban sin luz todas las noches ; al trabajo que rinde en la eterna batalla por la vida, pero que ennoblece á los que se humillan en su arena, y purifica sus corazones y su índole, y los retempla y acrisola en la virtud.

A las diez de la noche, casi siempre, era cuando abandonaba el telar, cuando soltaba las tijeras y la aguja, cuando ponía á un lado los papeles y la picadura del tabaco, cuando sus blancas manos, ensangrentadas por las agudas espinas de las rosas, terminaban las coronas que solían encargarle para entierros, para bailes ó para festividades muy solemnes en los templos. Y á esa hora, después que descansaba un rato al aire libre en una mecedora de esterilla, se arrodillaba á orar, á orar por los malvados, por los que afrentan la justicia, por los que despedazan la buena fama ajena con el cuchillo envenenado de su lengua, por los que se alimentan de odio, por los que viven de la infamia y la protervia, por los que tiranizan y envilecen á los pueblos, y á demandar consuelo para su propio corazón de los ojos de Jesús, eternamente radiosos de bondad infinita como el cielo y de dulcísima misericordia.

Jamás iba á los teatros, ni á los circos, ni á las festividades patrióticas que había en las plazas públicas, porque se avergonzaba de que la señalasen con el dedo, porque le dolía que la maledicencia recordase las faltas de su vida, y porque para purgarlas no quería sino el castigo de sí misma por su propia voluntad, la perenne contradicción de sus deseos, la contemplación de todos los espectáculos que fuesen dolorosos y el padecer constante de su conciencia y sus sentidos. Tan sólo iba á los rincones oscuros de los templos, á embriagarse con los aromas del incienso y de la mirra, á no cansarse nunca de implorar la misericordia de Dios y á llorar con las melodías del órgano, en las cuales parece que se quejan todas las desolaciones del mundo ; ó á las soledades de los campos, á llenarse los pulmones de aire puro, á regenerar su cuerpo con los ósculos del sol, y á recoger en el regazo de la madre inmortal y soberana, fresco siempre y oloroso, el vino de la vida, la inagotable pureza de las aguas que ruedan en cascadas por las peñas, el olor de las resinas y los musgos, la esencia de las flores y las dulces canciones de las aves.

Aquélla era una existencia de dolor, noble, cristiana, caritativa y altamente generosa, cuya fama trascendía de la casa como trasciende del rosal lleno de rosas el aroma de los cálices ; y para que todo el mundo viese que la expiación de Flor era sincera, que el engaño estaba muy lejos de su alma, que su honradez tenía la blancura de los jazmines y los lirios, que dominaba sus pasiones y que Luzbel no triunfaba yá de ella haciéndola caer en el pecado, Flor vivía como en la calle, sin ocultar ninguno de sus hechos, sin rehuir las curiosas miradas de los hombres y con las puertas siempre abiertas, de manera que el mundo pudiese decir á boca llena y sin temor de equivocarse :

—Cayó, pero se ha levantado por su propio esfuerzo ; pecó, pero Dios perdona y ama á los que se arrepienten y se humillan por la contrición.....Sólo la humanidad, la humanidad henchida de miserias y de satánicas pasiones, es implacable con la virtud, con la belleza y con el genio.

Y cuando Rosalía se encontraba de nuevo en el retiro de su alcoba, y meditaba acerca de aquella noble vida de expiación, aquel tipo de mujer le parecía inverosímil por su fondo esencialmente cristiano, sentía por ella un afecto verdadero, le inspiraba más clemencia y más misericordia, y se revolvía indignada contra la sociedad, que la veía con desprecio y la señalaba á todas horas con el dedo, como si esa misma sociedad, eminentemente absurda, contradictoria y voluble en su criterio, no despreciase á Flor—á fuerza de heroísmo redimida—para estimar y hasta ensalzar á quienes ya en silencio y en la sombra, ya diafanizando con cinismo sus liviandades y bajezas, cometen tantas faltas de que jamás se arrepienten en la vida.

Ella veía que los traidores alcanzaban recompensas, que los calumniadores merecían estimación, que á los tiranos se les cantaban himnos, que los que atentan contra la buena fama ajena se granjeaban los elogios más resonantes de la prensa, que á los ladrones de sombrero de copa y de levita se les decían alabanzas, que los aduladores llegaban á muy alto, y que hay damas egregias que delinquen á plena luz del día, sin que la sociedad caiga de lleno sobre ellas con el grito de su reprobación ; y por eso se indignaba y protestaba contra la enorme farsa humana, contra las comedias del mundo y contra la injusticia de los hombres.

VIII

Aquella noche, después que Carlos cerró las ventanas y el portón, Rosalía se fué á la sala, se sentó con abandono en una mecedora, y fijando los ojos en la lámpara de gas, se quedó muy silenciosa y pensativa.

Carlos cogió *El Independiente*, y comenzó á leerlo por la parte de la crónica, una crónica dañina, ponzoñosa, malintencionada, en que su autor—sabandija de índole perversa, torpe avucasta envidiosilla de las alondras y las águilas, hombre sucio de cuerpo y asquerosísimo de alma—atacaba á todo el mundo, todos los días de la vida, con verdadera saña.

Al rato observó Carlos que su mujer pensaba en algo con fijeza, y echando el diario á un lado, le preguntó:

—¿En qué piensas, que te veo tan callada?

Rosalía no contestó por el momento.

—¿No me dices?

—Carlos, si supieras en lo que estoy pensando.

—A ver, habla.

—En Flor del Campo.....Me parece tan rara toda ella, y tan bonita, y tan novelesca su historia, que desde aquella tarde me ha inspirado verdadera simpatía.

—Es natural.....Igual cosa le sucede á todo aquel que la conoce, y mucho más cuando se entera de lo que ha llorado y padecido esa infeliz mujer.

—Pero segura estoy de que nadie la visita, ni se atreve á saludarla, ni lleva con ella relaciones de ninguna especie, por estiradas y mínimas que sean.

—Es claro, Rosalía.....Aunque se expíe física y moralmente, la mancha de un delito siempre queda como afrentoso estigma, y causa al mundo repugnancia.....¿Ya ves á Flor? Pues ninguna mujer es más honrada, ni en lo presente más celosa de su reputación, ni más escrupulosa en su manera de vivir para que nadie ose calumniarla.....Sin embargo, la sociedad no deja de señalarla con el dedo, y se aparta de ella sin piedad.

—¡Carlos, qué injusticia!

—Y lo demás que quieras.....Llámalo barbaridad, salvajería, canibalismo, estupidez ; en fin, como te sepa más sabroso ; pero esa es la realidad de la vida, y contra las preocupaciones sociales nadie puede..... Para destruir una siquiera, se necesitan muchas veces siglos de combate rudo, de apostolado tenaz y voluntad inquebrantable.

—¿Pero tú mismo no me has dicho que esa mujer es un pozo de bondad, que está completamente redimida y que es un modelo de virtudes?

—Chica, volvemos á lo mismo.

—Es que yo creo, Carlos, que yá tiene derecho á la clemencia y al perdón.

—Rosalía, estamos en un círculo vicioso.

—¿Y acaso la sociedad no tiene en cuenta, para perdonar á quien peca y luégo se reha-

bilita por sí propio, que lo más frágil que hay sobre la tierra es la frágil naturaleza humana? ¿La sociedad no tiene en cuenta que el corazón de la mujer es débil, y que si ella ama con locura, puede rodar á los abismos á los cuales rodó la infeliz Flor llena de infamia?

—La sociedad no tiene en cuenta lo que dices: la sociedad castiga con su eterno desprecio á quien la ofende, y se acabó.

—Sin embargo, lo que sobra en la sociedad son vagabundos, bribones y pilletes, individuos que nunca se arrepienten de sus tremendas fechorías, individuos que se obstinan en el mal y que no reciben jamás ningún castigo; y yo los veo que gozan de las más altas consideraciones.....¿Y por qué la sociedad castiga á los que asesinan el cuerpo, y no castiga á los que asesinan el alma, á los que roban la honra á una mujer y convierten en ruinas un hogar? ¿Por qué los hombres tienen derecho para todo, y las pobres mujeres no tienen derecho alguno para nada?

—¡Tá, tá, tá!..... Porque el mundo es de esa suerte, y así como lo ves, su convencionalismo absurdo é irritante... ¿Que eso es monstruoso? Sí. ¿Intolerable? También. ¿Injusto? Por supuesto. Pero ya ves que José, después que engañó á Flor de la manera más infame, siguió mereciendo de la sociedad las mismas consideraciones y agasajos que le prodigaba; mientras que Flor, que fué la víctima, los perdió todos al punto y no los recobrará jamás, aun cuando se haya redimido y sea hoy la adorable encarnación de la virtud.

—Pero Jesús perdonó á Magdalena, y Jesús valía más que las preocupaciones sociales y que la farsa humana.

—¡Olé por la gente salerosa!—exclamó Carlos aquí, sin poder contener la carcajada.—Que te lo digo, chica: que la piedad, y la clemencia, y el perdón, y la misericordia se te han subido esta noche á la cabeza..... Pero mira, si tú sales con eso de tu casa y lo sueltas en la calle, te *furnigan* y te *aurtorsian* y te *majan*, como decía la otra noche el personaje aquél de la zarzuela.

Y Rosalía, casi airada yá, preguntó con voz sonora:

—¿Pero por qué, vamos á ver?.... ¿Por qué?

Sin reparar que se contradecía, Carlos contestó:

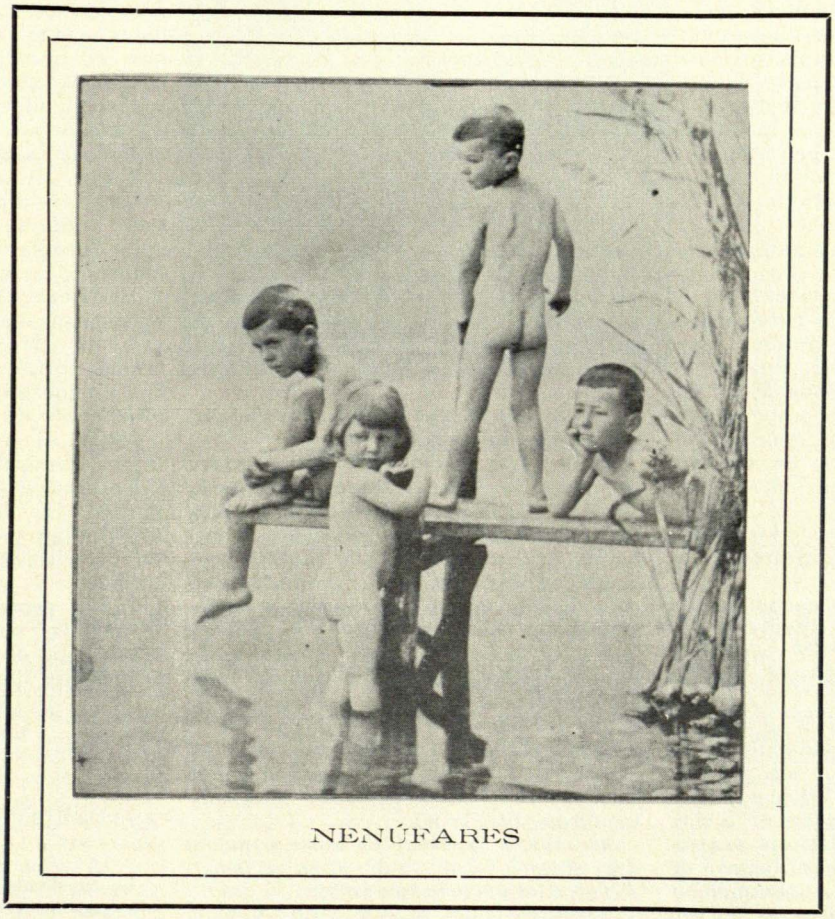
—Porque eso no es otra cosa que la síntesis de la inmoralidad más absoluta..... Caiga usted, peque á diestra y á siniestra, revuélquese en el cieno pestilente, escandalice á todo el mundo y déjese la honra por el suelo convertida en una mísera piltrafa: eso no importa, porque si usted, niña preciosa, se arrepiente más tarde de sus culpas, como la Magdalena de Jesús ó como la romántica Margarita de Dumás, puede contar con el perdón divino y hasta humano.... ¡Muchacha, esta noche estás chiflada de remate, y linda y elocuente y divertida!..... En buen castellano eso se llama romanticismo agudo.

Y poniéndole entrambas manos en los hombros, le dió muchos besos ruidosos en la frente, iluminada entonces por la divina lumbre de la misericordia.

—Y ahora—agregó luégo—no hablar más de paparruchas que nos importan poco, y á dormir, excelentísima señora, que yá es tarde.....Recuerda que he de levantarme muy temprano, porque tengo mucho qué hacer en la oficina.

IX

Flor sabía todo aquéllo, y por eso vivía triste, triste como el nenúfar en medio de las aguas del pantano. Su redención no valía nada, porque la despreciaban, la veían de reojo, huían de ella como se huye de lo que ensucia y mancha. Solamente los niños, que ignoran las miserias de la vida y saben por instinto dónde existe la bondad, la querían con singular cariño.



NENÚFARES

Todos los meses bajaba cierto día al cementerio, pasaba silenciosa por el cercano caserío, se perdía como una sombra detrás de la arboleda, penetraba en la necrópolis desierta y se arrodillaba en la tumba de José. Allí oraba, sollozaba, hablaba quedo y sola; y cuando se ocultaba el rojo sol, y la noche se iba apoderando de la tierra, y las luciérnagas brillantes comenzaban á danzar sobre las tumbas cual si fuesen las almas de los muertos, abandonaba el recinto solitario.

Al pasar otra vez por el cercano caserío, las doncellas salían á las puertas á mirarla, y ella contestaba con dulzura los saludos que le enviaban. A poco se ocultaba tras la vuelta del camino; pero antes se detenía un momento, miraba largo rato al cementerio con ojos desolados, y enjugándose las lágrimas, seguía.

En las noches de luna, en esas tibias noches estivales en que el cielo parece rico palio de terciopelo azul oscuro adornado con joyas de brillantes, Flor semejaba una admirable evocación del país de los ensueños, una figura radiosamente trágica, una de esas, resplandecientes de hermosura, encarnaciones ideales de la divina poesía, que alumbran con sus ojos como estrellas y cantan con sus voces como de arpas celestiales en el olimpo espléndido del arte.

Por lo mismo que conocía yo su historia, aquella mujer desventurada me inspiraba cierta curiosidad indominable. Una tarde me fuí detrás de ella, y me paré en la puerta del rumboso camposanto, para observar lo que hacía allí. Se estuvo largo rato en oración, arrodillada primero frente á la tumba de José, y después frente á la tumba de su hijo. Y hechas de frescas azucenas esplendorosas de blancura, en las dos tumbas puso dos hermosísimas guirnaldas. Al fin se levantó, y con el semblante iluminado por un vivo destello como de verdadera dicha, tornó á salir cuando el cocuyo comienza á centellear sobre los tules de la noche como una lágrima de oro.

Y tras ella me fuí, pareciéndome sublime aquel dolor, creyendo que me hallaba muy lejos de la tierra, sintiendo en lo más hondo de mi alma cierta especie de renacimiento pasajero de la fe en el corazón humano. De repente se volteó como con miedo, observó que mis pasos la seguían, aligeró el andar por entre las dos filas de árboles frondosos, y la perdí de vista.

Acongojado, dolido de tanta desventura, me senté sobre una piedra del camino. La luna venía yá de los espacios infinitos, sola, sola, sola, con su dulce melancolía inefable, vestida de amarillo como los girasoles, como los cirios de la iglesia, como los pálidos claveles que nacen en torno de las tumbas. El cielo estaba azul, los celajes habían huido, los luceros comenzaban á reír en el inmenso palio de la noche, los árboles parecían evocaciones del país de los fantasmas, la brisa se quejaba como el arpa de los troveros medioevales en el silencio de los bosques, y yo, en vez de contemplar el espectáculo grandiosamente bello que desplegaba en torno mío la pompa de sus galas, levanté la vista al cielo y me puse á pensar en los dolores de la vida.

¿Por qué nada es completo en este mundo? ¿Por qué no es absoluta la alegría? ¿Por qué en el fondo de las almas venturosas hay siempre un amargo sedimento, tan amargo como el veneno del absintio? ¿De qué sirve la belleza, de qué el genio, de qué la virtud santa, cuando sin cesar se ve, no sé por cuál misterio impenetrable, que sobre ellos cae con más fuerza la garra de los grandes sufrimientos? ¿Qué tiene esa dulcísima armonía, que de golpe se interrumpe para estallar después como un sollozo? ¿Acaso es vana sombra el ideal?

FIN

CRONICAS DE POETA

—

De la sangre.

Todo en la casa, decía cosas de dolor y de sangre. Decían, en su lenguaje mudo las paredes de los largos corredores que rodeaban el patio; decían con sus labios finos y pálidos, las rosas exangües, que apenas brotaban, como sonrisas postreras, de los brazos enfermos de un viejo rosal; decía el péndulo majestuoso de un viejo reloj que marcaba, con ritmo lúgubre, la muerte de las horas. Y formando un diálogo extraño, sólo comprensible al alma de las cosas, pautaba el silencio de la casa, la gota de agua de un tinajero, que oculto en el rincón sombrío del corredor caía de una piedra monumental, adornada de mil hojas verdes, hijas del agua.

Aquella gota de agua armoniosa, lenta, rítmica, noble, solemne, como desprendida de los dedos finos de alguna invisible mano, sabia en música, para pautar, como á métrico golpe de batuta, la sinfonía silenciosa de la casa antigua—aquella batuta hecha de una sola gota de agua—hacía pensar á Julián, oyendo desde su cuarto el silencio de la casa, cosas de dolor y de sangre.

Todo le hablaba de sus antepasados difuntos. Y recordando la historia de sus antepasados se sintió penetrado de una infinita ruindad. Sus antepasados habían tenido una vida gloriosa. Sus antepasados habían hecho ilustre su nombre con hechos famosos de la espada. Los más antiguos, hasta donde se remontaba su recuerdo, habían venido en són de aventura, en tiempos de la conquista, en aquellas tardías carabelas de antaño.

Y conquistaron las tierras y las almas. Fundaron pueblos y cristianizaron caribes.

Los segundos,—buenos cachorros de león,—se rebelaron contra España, acompañaron á Bolívar y á Páez y pasearon por toda Sur América su radiante y lírico gonfalón.

Todos tuvieron un ideal grandioso al cual ofrendar el pensamiento y la vida. Después de esos dos grandes ideales no encontraba sino degeneración y ruindad. Pasiones bastardas en lucha. Guerras retóricas bañadas en sangre. Luchas por constituciones llenas de fealdades y absurdos. La conquista y la independencia eran para él los dos únicos ideales ante los cuales se podía ofrendar lo más puro del alma y toda la fuente de la sangre.

Y ahora—pensó Julián—cuál es nuestro ideal?

No tenía sueño y se asomó al balcón de su cuarto. La luna caía sobre el silencio del jardín, pautado por la periódica lágrima armoniosa, por la extraña batuta cristalina y sonora.

De los dedos finos de la invisible mano sabia en música se desprendía la métrica dirección á la silenciosa orquesta de la casa antigua.

Y Julián, pensando en la vacuidad de la época actual, en la ausencia de todo ideal generoso y grande, se sintió unido al triste destino de dos de sus antepasados más próximos: dos tíos-abuelos, caídos en la sombra para siempre, heridos por la misma fatalidad.

El primero de ellos, había desaparecido de un modo trágico. Tuvo una muerte de poema. En la flor de la edad, apenas adolescente, un día entró á la ciudad, perdida en el corazón de la llanura, una fuerza española, y hecho prisionero, fué condenado á morir amarrado á la cola de un caballo salvaje.

Amarrado á la cola del caballo salvaje partió una tarde, bajo el crepúsculo sangriento de la pampa, como una víctima de poema, como un Mazzeppa, hacia la muerte.

Despedazado por la bestia, desapareció ante el horizonte, sembrando sus entrañas y sus huesos hacia los cuatro puntos del cielo.

La imagen fulgurante de esta muerte tenía para Julián todo el valor de un símbolo. Desaparecer de una manera impetuosa, bajo el infinito del cielo, ante el horizonte infinito; entregar el alma al alma de la pampa, en un ímpetu, en un vértigo.

Esta imagen de fuerza y tragedia, lo enorgulleció pensando en la tradición heroica de su raza.

Así es bello morir—pensó—dejando tras la muerte una lírica leyenda roja.

Y pensando en el abuelo trágico imaginó un escudo basado en la leyenda mortal. Un escudo que representara la pampa infinita, y en la pampa infinita un caballo salvaje que arrastrara un hombre, en medio á un campo de lirios rojos. Cada gota de sangre había hecho nacer en la pampa un lirio de púrpura.

Luego pensó en el otro tío-abuelo, también caído en la sombra.

Desde niño, vivió vida de nómade. De hato en hato, cultivó el crimen, el amor y la música. Nadie sabía como él, poseído de un arte inaudito y supremo, clavar una lanza, pulsar una cuerda y dar un beso. Amó la loca vida aventurera y vagabunda, deshojando con mano voluptuosa la flor de todos los peligros. Amó el amor, la sangre y la música, y vivió la vida libre de la llanura llena de sol y romántica.

Capitaneó una tropa bandolera, y cuando á la pampa desierta llegó el estrépito de la independencia, lo encontró dispuesto á la lid.

Acompañó á Páez en sus primeros días oscuros y coronó de rosas de prodigio su adolescencia romántica.

No tuvo más espejo para ver la belleza de su rostro varonil, que la hoja bruñida de su lanza y las pupilas de las mujeres enamoradas.

Hizo de su vida una música heroica y no encontró otro placer que escucharse á sí mismo.

Siguió á Páez en la aventura de la guerra, sin pensar en la victoria definitiva que traería el ocio de las armas, sino por el amor á la vida peligrosa, por el placer de tener siempre ante sus pupilas una empresa que realizar y un enemigo á quien vencer.

Amó la guerra con amor de artista. Es probable que hubiera en sus venas una gota de sangre caribe, que le produjera en el alma ese amor á las fiestas de la sangre, ese amor á dar y recibir las heridas—esas anchas rosas frescas que se abren en los cuerpos como en rosales prodigiosos.

Quizás en su alma se despertaba el recóndito espíritu guerrero de la raza, dormido en las fuentes profundas de la sangre, y amara la guerra, á la guerra esplendorosa y artística, á la manera como la amaba nuestro viejo abuelo, el caribe gallardo y cruel, que adornaba su flecha matadora con una pluma color de esmeralda de una ave del paraíso.

Siguiendo á Páez cayó una noche en una emboscada española. Los españoles lo asesinaron. Y su cabeza, clavada en una pica, fué expuesta á la entrada de la ciudad de San Fernando de Apure.

Julián se imaginaba la cabeza varonil deformada por la corrupción. Se imaginaba á las aves de rapiña sacándole los ojos, devorándole el cuero cabelludo, llevándose en las garras los rizos de cabellos, que el viento hacía desaparecer. Luego pensó en los largos días de sol y de lluvia que fueron blanqueando la calavera. El día en que el maxilar inferior, libre de los cartílagos que lo sostenían, cayó al suelo, fijando en la calavera como por un tenebroso sortilegio, la perenne y espantosa carcajada de la muerte.

Y por último pensó en el episodio romántico—digno de la fábula—que pasó el día de su inhumación piadosa.

La propia mano de Bolívar había enterrado la calavera del patriota mártir y anónimo. Pero cuando las manos prodigiosas del héroe desprendieron la calavera de la pica, del fondo del cráneo partió al azul un pájaro amarillo. Era un gonzalito, que había construido allí el nido de sus amores....

Julián al recordar esta imagen—se dijo—¡Qué bella es la vida!

La luna seguía sobre el silencio del jardín. En la casa la gota de agua del tinajero seguía pautando como una batuta cristalina la armonía de las cosas calladas.

Julián pensó—Yo también como mi tío-abuelo, tengo un pájaro en el cerebro que abre las alas.... Y comenzó á hacer un verso....

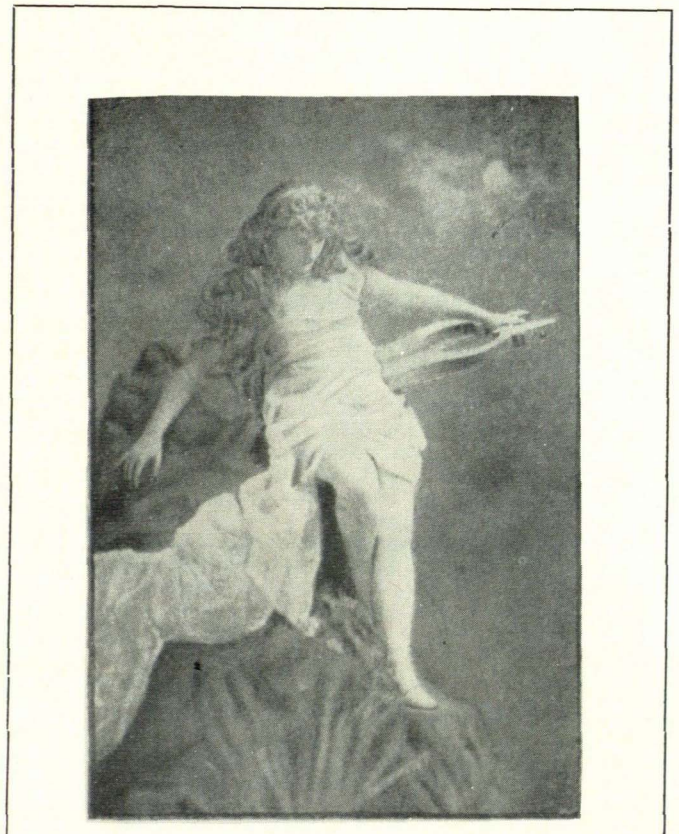
A. FERNANDEZ GARCIA.

1905.

ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA

—

La Academia Nacional de Medicina deriva, por lenta condensación, del antiguo Colegio de Médicos, cuerpo de proporciones desmesuradas, de límites mal definidos, que carecía de aptitud para ejercer cumplidamente las atribuciones y facultades que por la ley le estaban asignadas como centro científico. Era un organismo casi privado de vitalidad, por razón misma de su estructura; y ni podía sostener en su seno los torneos de donde surgen triunfantes las ideas, libres de trabas ó adulteraciones, ni lograba fomentar entre sus miembros el amor al estudio asiduo, la emulación galana, que da eminencia al mérito, ó el deseo patriótico de acrecentar, con fruto propio, el acervo aún exiguo de la medicina nacional. Vasta máquina de rodaje enmohecido, mole ponderosa sin corazón y sin cerebro, ostentaba tantos miembros como individuos componen el gremio médico de Venezuela; mas era tan lánguida y penosa su existencia, que, á no ser por algún *quorum* salvador, reunido de tarde en tarde por el esfuerzo de unos cuantos entusiastas, jamás habría despertado de su largo y enfermizo abatimiento.



SAPHO

No había allí actividad intelectual, en el sentido lato de la palabra, ni era posible obtener de aquellas raras sesiones todo el provecho que seguramente habría rendido el Colegio, si otras hubieran sido sus bases y otra la forma de su constitución. No todo, sin embargo, era inercia ó mutismo indiferente, en aquella época que consideramos gestativa de la actual Academia. Verificábanse á veces discusiones de importancia, á las cuales concurrían con sus estudios y trabajos no pocos profesores de Caracas, y es justo reconocer que á no ser por ellos, todavía permanecería irresoluto el complicado problema de nuestras fiebres, dédalo incomprensible por donde marchaba el médico sin brújula, sugestionado por errores tradicionales y sordo al clamoreo de los hechos.

Y fueron esos mismos médicos, esos que imprimían momentáneas sacudidas al Colegio, los que comprendieron la urgencia de una reforma sustancial, en armonía con los fines é importancia de la corporación, no menos que con las necesidades de su progreso y desarrollo. En tal sentido se inició la propaganda. Serios obstáculos, materiales unos, de orden moral los más, se opusieron por largo tiempo á que ésta adquiriese la firmeza y extensión indispensable á su viabilidad; pero la idea se hizo lentamente de prosélitos, asumió los caracteres de cosa realizable y fué definitivamente consagrada por el Congreso nacional que, por ley de 10 de mayo de 1902, dictó la reorganización de aquel Cuerpo sobre nuevas bases y con nuevos estatutos, habilitándolo así para las altas funciones á que estaba destinado. Levantóse el Colegio de Médicos de Venezuela», tal como lo habían concebido los genitores de la reforma; y por disposición del Gobierno Nacional, propulsor infatigable de las ciencias patrias, el señor Doctor R. Monserratte, entonces Ministro de Instrucción Pública, lo declaró instalado en sesión solemne verificada el 5 de julio del mismo año, que puso fin al infecundo reinado de la rutina y señaló más amplios rumbos al esfuerzo intelectual de los hombres progresistas y adictos al estudio.

Por elección unánime de sus colegas, el señor Doctor José I. Cardozo ocupó la Presidencia del nuevo Colegio. Fueron nombrados Vicepresidentes los Doctores A. Machado y Miguel Ruiz; y Luis Razetti, J. de D. Villegas Ruiz, A. Herrera Vegas y Elías Rodríguez asumieron respectivamente, por votación de la mayoría, los cargos de Secretario, Subsecretario, Tesorero y Bibliotecario. Celebráronse sesenta y una sesiones, animadas las más de ellas, interesantes no pocas, por la importancia de los trabajos leídos ó presentados al debate; y fué entonces que se discutió y aprobó, por primera vez en Venezuela, un proyecto de Código de Moral Médica, destinado á pautar, en términos inequívocos, la conducta de los médicos entre sí y en sus diarias relaciones con el cliente y con el público. Como registro oficial de sus labores, el Colegio adoptó la *Gaceta Médica de Caracas*, periódico fundado el 15 de abril de 1893 por la extinguida «Sociedad de Médicos y Cirujanos de Caracas», y hoy adscrito al nuevo carácter de que se le ha investido.

Así reconstituido y renovadas sus credenciales como corporación doctrinaria, sólo faltaba al Colegio, para terminar su ciclo evolutivo, desprenderse del viejo nombre é inscribir en su portada el que generalmente se aplica á instituciones de ese género. La distancia era corta. El Congreso Nacional la salvó rápidamente por la Ley de 7 de abril de 1904, y el 11 de junio siguiente, el Colegio se constituyó en «Academia Nacional de Medicina», con el mismo número de miembros, bien que no distribuidos del mismo modo. Redujéronse á treinta y cinco los activos, aumentáronse á cuarenta los correspondientes nacionales y se conservaron los veinticinco extranjeros de igual clase. La instalación se verificó con treinta y dos individuos, á los cuales se han agregado posteriormente los Doctores Miguel Seco, A. Herrera Vegas y F. H. Rivero. El Presidente actual del Cuerpo es el Doctor Alfredo Machado, á quien acompañan, como Vicepresidentes, los Doctores Aguerrevere y Emilio Ochoa. Luis Razetti desempeña el cargo de Secretario perpetuo, auxiliado por Villegas Ruiz, como Subsecretario. Es Tesorero Bernardo Herrera Vegas y Bibliotecario inamovible Eduardo Fernández.

—

Machado, hombre serio, de palabra discreta, de ciencia sólida y variada, preside las sesiones con exquisito tacto. Bajo su dirección, el debate marcha con regularidad y no adquiere nunca las proporciones de la polémica áspera ó hiriente. De aspecto sereno, de ojos reforzados por una doble barrera de lentes magnificadores, de cabellos casi níveos y barba plateada, ni son en él estos rasgos signo de edad madura, ni, si lo fueran, alcanzarían valor alguno ante la fuerza y claridad de su intelecto. Ha estudiado, observado y escrito mucho en sus treinta y dos años de vida profesional. Diserto en patología, conoce, como nadie, las modalidades clínicas de nuestras fiebres. Es firme y contundente en la dialéctica. No ha mucho analizó, como informante, un trabajo del Doctor M. A. Dagnino relativo á cierto tratamiento de la fiebre amarilla, y fué tan inflexible su lógica y tan poderosa su argumentación, que el voto general de la Academia hubo de inclinarse ante la evidencia y admitir que las ideas de aquel ilustrado profesor eran erróneas en principio, y conducían por ende, á conclusiones no del todo acordes con la verdad de los hechos y las demostraciones de la experiencia. La conducta profesional de Machado es intachable, y de él no podrá jamás decirse que faltó á sus deberes para con el comprofesor y con el cliente.

Aguerrevere es un médico igualmente estricto en el cumplimiento de los preceptos deontológicos; y sabe á la vez, como Machado, erguirse en defensa de sus fueros y conservar incólumes la dignidad y los timbres de la profesión. Su ancha frente calva revela inteligencia y perspicacia. Su discurso es fácil, expresivo, un tanto irónico en ocasiones. Ejerce la medicina desde 1882 y ha descollado en el ramo de obstetricia, al cual lo encaminaron desde temprano sus talentos é inclinaciones. Escribe poco, aunque es acaudalado en conocimientos. Desempeñó interinamente la cátedra de Patología interna en 1887 y en 1896 fué nombrado para la de Obstetricia, que regentó hasta el mes de junio último. Hoy está al frente de la asignatura de Terapéutica en la Universidad Central. Es presidente de la Facultad de Medicina y goza de muy buen nombre y de grandes simpatías entre sus comprofesores y alumnos.

Emilio Ochoa, segundo vicepresidente, es hombre corto de talla corporal, pero muy alto en tendencias, en estudios, en ideales generosos y expansivos y en moralidad profesional. Es de temperamento nervioso, que no siempre se diafaniza en su faz de ordinario risueña y amigable. En toda la fuerza de los cuarenta años, tiene á veces los ímpetus de la juventud y las descargas de una energía exuberante. Trata con preferencia las enfermedades de la infancia y á menudo se le ha visto acariciar, con ternura de madre á los pequeñuelos que sufren, crispados por el dolor ó abatidos por la fiebre. Visitó la Francia en 1891 y allí perfeccionó sus estudios durante cuatro años. En esa época sirvió así mismo la cancillería de la Lega-

ción venezolana en París, al lado del ilustrado Doctor Gil Fortoul. Ha sido Médico del Hospital Vargas y Presidente del Colegio de Médicos. Hoy se encuentra entre los examinadores de número de la Facultad.

Puésto sobresaliente ocupa el Doctor Razetti, Secretario perpetuo, entre los hombres luchadores de la Academia, entre los que más se distinguen por su espíritu reformador y progresista. Enamorado de los grandes problemas y de las grandes generalizaciones, sus actos y palabras llevan el sello de la actividad intelectual, del entusiasmo, del más avanzado modernismo filosófico. Es materialista; pero no profesa el materialismo burdo de un mal informado criterio sino aquél que se inspira en las demostraciones de la ciencia y en los fallos bien aquilatados de la biología. Es materialista por convicción, no por moda ó por alarde; pero es absolutista. Combate sin tregua, la resistencia le enardece, las creencias contrarias son para él inadmisibles, por vetustas ó anacrónicas. Profesor actualmente de Anatomía y Medicina operatoria, habla con independencia y transporta á sus lecciones las enseñanzas contemporáneas sobre la derivación de los tipos, el origen de las especies y las formas, la estructura ontogónica del sér humano y las leyes impretermitibles de la herencia. Su tesis acerca de la *Legitimidad científica de la Doctrina de la descendencia*, discutida largamente en la Academia, resume cuanto hoy se sabe tocante á la evolución de la materia viva; y no parece que el eclecticismo prudente de Ochoa ó el radicalismo abstracto de Villegas Ruiz, basten por sí solos á desvirtuar, en el terreno de la ciencia pura, los variados argumentos en que se apoya la moderna concepción biológica de las especies y sus transformaciones.

Razetti es cirujano, discípulo de Leogoud y Le Dentu. En obstetricia, pertenece á la escuela de Pinard, como Machado, Aguerrevere, Seco, Lobo y otros. Ha desempeñado varias cátedras, entre ellas la de Patología externa, y la de Obstetricia y Medicina Operatoria, en 1893. En el mismo año fundó, con otros connotados médicos, la *Sociedad de Médicos y Cirujanos de Caracas*, y desde entonces hasta hoy, ha figurado como Director de la *Gaceta Médica de Caracas*, antes mencionada. Fué Cirujano del Hospital Linares en 1893, Inspector General de los Hospitales en 1900, y á sus esfuerzos se debe, en gran parte, la creación, en 1895, del Internado y Externado de los Hospitales, así como la de las cátedras destinadas á la enseñanza clínica de los alumnos. Hoy es Vicerrector de la Universidad y á ella consagra todas sus gestiones de innovador, todos sus desvelos de propagandista en el campo de los adelantos intelectuales.

Su tratado de «La Exploración externa en Obstetricia,» es obra de sana doctrina y apreciable por muchos respectos.

Villegas Ruiz, que acompaña al Doctor Razetti como Subsecretario, se halla en toda la florescencia de los treinta y cinco años, muy inferior, por cierto, á la que exhibe como hombre de ciencias, conocedor de su arte y afecto al clasicismo. Es brioso, impulsivo, poco flexible en asuntos dogmáticos. Sus sentimientos giran en la esfera de la más genuina ortodoxia. Abroquelado con la metafísica, templada su alma en el crisol de la fe católica, que profesa austeramente, combate á Razetti, opone argumentos espirituales á la doctrina de la evolución, blande las armas del vitalismo, y al fin deja en pie los puntos mismos que trata de condenar ó rebatir. Loable y generoso empeño el de Villegas; pero debemos confesar que es vano empeño. Y no puede ser de otro modo. La fe cree, no pregunta; la ciencia inquiere y luego cree. ¡Hé ahí el conflicto, la divergencia secular que mantendrá en antagonismo perpetuo al hombre religioso y al sectario del libre examen! Entre Villegas y Razetti todo avenimiento es imposible.

Villegas Ruiz es médico de nota y buen tocólogo. Ha sido Profesor de Clínica Médica en el Hospital Vargas y Director del mismo Instituto. Hoy ejerce el cargo de Vocal Tesorero del Consejo de Médicos.

Bernardo Herrera Vegas pertenece á la moderna escuela. Guarda los Tesoros de la Academia y posee, por cuenta propia, un tesoro de sana ciencia y de opiniones personales. Es serio, circunspecto, casi taciturno. Habla poco, discute poco; pero su palabra, cuando la emite, es verídica y concienzuda. Diagnostica con precisión, y trata á sus enfermos con acierto. De su habilidad como cirujano y tocólogo ha dado brillante muestra en muchas ocasiones. Desde el punto de vista de la moral profesional, sus actos son irreprochables.

Herrera Vegas fué Director del Hospital «Santo Domingo,» de Ciudad de Cura, por los años de 1886 á 87, y luego se trasladó á Europa, para perfeccionar sus estudios en Francia y Alemania, donde permaneció hasta 1891. Ha servido la Cátedra de Patología Externa en la Universidad y actuado como Cirujano interino en el Hospital Vargas. Hoy figura como Director del Asilo Nacional de Enajenados, cargo que desempeña con idoneidad, y es igualmente Miembro de la Junta de los Hospitales.

Eduardo Fernández se distingue por su modestia, por su cultura é indiscutible ilustración. Lee mucho y asimila prodigiosamente. Vive entre los libros: la Biblioteca de la Academia no puede ser para él carga ingrata ó fatigosa. Posee un cerebro bien organizado, servido por una memoria envidiable. Joven todavía, sus juicios tienen el sello de la madurez, el tono grave de una experiencia que, á su edad, sólo se adquiere con observación perseverante y vigor de entendimiento. Las reglas de la deontología médica sirven de norma á su conducta, y de él puede afirmarse que hermana la ciencia con la rectitud de un cumplido caballero.

Fernández fué Médico del extinto Hospital Civil en 1888, y con igual cargo estuvo adscrito al Hospital Vargas, en 1890. Hoy pertenece á la plana de Examinadores de número de la Facultad, entre los cuales ocupa puésto distinguido.

—

Los veintiocho Académicos restantes forman con los anteriores, toda una pléyade de hombres intelectuales, legionarios de la ciencia, de edad distinta y de distintos credos, que laboran de consuno en la noble empresa de dar lustre á la Medicina Nacional é independizarla, andando el tiempo, de la tutela europea.

Al lado de los viejos veteranos, figuran los jóvenes soldados de las generaciones más recientes. Ahí están, entre los Médicos, Cardozo, el insospechable, el clínico consumado, el grande experto, cuyos consejos solicita, y cuyo dictamen acata, el gremio facultativo de Caracas; López Camacho, práctico de generosos quilates, feliz en el diagnóstico y prolijo en la terapéutica; Hernández, el erudito Profesor de Histología y Bacteriología, alma piadosa y cerebro profundo; Baldó, Rector de la Universidad y entendido patólogo; Juan Díaz, Profesor de Higiene y Medicina Legal; severo de ceño, como severo en opiniones; Rízquez, luchador incansable, cuya vasta ilustración se refleja en las obras que de él conocemos; Mosquera, el Maestro de la radioscopia entre nosotros, adepto de la escuela alemana y de la inglesa, microscopista á la vez que clínico de nota; Elías Rodríguez, que hereda las altas dotes de su inolvidable progenitor; Fonseca y Dagnino, éste Profesor de Clínica Médica y oculista; ambos piretólogos distinguidos; Arturo Ayala que, junto con Andrés Herrera Vegas, Director de la Oficina de Higiene, denuncia, estudia y esclarece las necesidades ineludibles de la salubridad pública; Martín Herrera, de palabra sobria, pero rico en conocimientos; Meier Flégel, connotado bacteriólogo y médico de grande aliento; Herrera Tovar que, siempre sonriente y siempre amable, tiene en Medicina el *suaviter in modo, fortiter in re* del adagio latino; Medina Giménez, que consagra sus sólidas facultades á la patología de la mente; Ruiz Mirabal, Director del Hospital de Lázaros, Miembro de la Junta de los Hospitales, médico circunspecto é idóneo; Pérez Díaz, dermatólogo ya renombrado, que dirige el servicio de Sifilografía del Hospital Vargas, y Andrés Sánchez, práctico joven, pero cuidadoso y acertado en el ejercicio de su ministerio.

Como cirujanos, cuenta en su seno la honorable Corporación á Revenga, Consultor de Higiene, oculista distinguido, tan hábil en el arte operatorio, como preciso en el diagnóstico de las enfermedades internas; á Pablo Acosta Ortiz, Director del Hospital Vargas, Profesor de Clínica Quirúrgica, en cuya carrera abundan los triunfos y laureles; á Francisco H. Rivero que, teniendo conciencia de su propio mérito, prefiere la elocuencia de los hechos al sonido fugaz de las palabras; y á Juan Pablo Tamayo, Jefe de un servicio en el Hospital Vargas, hombre de inteligencia clara, de erudición no común, de oratoria vibrante, aunque difusa en ocasiones.

Miguel Ruiz y Seco descuellan en los ramos importantísimos de ginecología y obstetricia. Uno y otro han dado prueba de indiscutible competencia. Seco se distingue por la seguridad de su técnica operatoria; Ruiz es brillante y rápido en sus intervenciones. Lobo encamina sus preferencias por las mismas vías. Es amante de la verdad y la justicia, enemigo implacable de la inmoralidad profesional, cualquiera que sea su forma. Redactó el Proyecto de Código de Moral Médica, antes indicado. Desempeña la Cátedra de Clínica Obstétrica y dirige la maternidad del Hospital Vargas.

En Delgado Palacios posee la Academia un conspicuo representante de la química biológica, ciencia que este notable médico enseña en la Universidad de Caracas. En el trabajo magistral sobre la generación espontánea y los orígenes de la vida que, no ha mucho, leyó ante aquella Corporación, se destacan sus vastos conocimientos, su claro juicio, su tenacidad en el análisis y la firmeza conque su mirada escudriña, á través de la sombra, los misterios genésicos del globo.

Recientemente elegido para ocupar el sillón del Doctor Vaamonde Blesbois, cuya eterna ausencia lamentan hoy la Universidad, la Academia y el Cuerpo Médico de Caracas, el Doctor Conde Flores tomará en breve posesión de aquel puésto, que sabrá ilustrar con su autoridad en los ramos especiales á que se consagra. Conde Flores es excelente laringólogo y constituye una valiosa adquisición para la docta Asamblea que lo llama á su seno.

Con tales hombres, tales propósitos y tan nobles pensamientos, el porvenir de la Medicina Nacional queda de hoy más garantizado. A la Academia, como centro unificador, concurrirán con sus opiniones, descubrimientos y trabajos, los médicos que ejercen en el territorio de la República; y de allí saldrán, depuradas por la discusión y el análisis, la idea nueva, la verdad adquirida, la obra útil, conque ha de contribuir Venezuela al progreso del género humano y á las conquistas de la civilización.

Enero de 1905.

SUELTOS EDITORIALES

ACADEMIA DE MEDICINA

Como lo prometimos en la edición última, al referirnos á nuestra Academia Nacional de Medicina, hoy publicamos acerca de ella un artículo, de un notable facultativo y muy distinguido colaborador de nuestra Revista. Réstanos presentarle la expresión de nuestro reconocimiento, por haber pedido una tregua á su diaria atención profesional, en obsequio nuestro.

DON JOSÉ ANTONIO MOSQUERA

† en Caracas, el 26 de enero de 1905

Es de una pena indefinible el sentimiento que nos producen ciertas desgracias como la muerte de este venezolano, de esta figura de hombre, grabada en relieve sobre los fondos de todo cuanto ha sido pública dignidad y rectitud privada. A la tristeza irremediable de todos los intimos deleites de la amistad sencilla, serena, respetuosa, circuida de afecto, únense, en multiplicación dolorosa, todas las demás sugestiones tristes y todos los pensamientos amargos, por la patria, paulatinamente abandonada de sus mejores hijos; por la sociedad, repentinamente despojada de sus más salientes ejemplares de cordura y circunspección; por la familia, de improviso desconcertada en su alegría orgullosa; por el progreso nacional, al que se le arrebata en un momento urgido una fuerza y un apoyo. Si cada elemento de ese concurso magno pudiera concretar en símbolos sus lamentaciones, un gran vuelo doliente de grandes aves silenciosas, aves de tristeza y duelo, se elevaría en torno de esa tumba, en medio de las plegarias y los responsorios, para decorar solemnemente, trágicamente, un dolor augusto y respetable.

Esa muerte produciría como un estrépito de derrumbamiento, entre los útiles, los artefactos, los instrumentos del trabajo; y la tierra, que no se fecunda sino con los manantiales del diario esfuerzo, se preguntaría por qué ya no recibe más la santificada ración de la frente de quien, desde la mañana, la amasaba cariñosamente con el rocío fecundante que de esa frente se desprendía; y las dormidas riquezas que se esconden en los secretos del Crédito público, se sorprenderían de que faltara á su diaria excursión el investigador tenaz, el escrutador valioso, que iba en busca del minotauro fabuloso, por el laberinto de los problemas ecónomicos; y las letras útiles, las letras nutridas de médula fuerte y ruda, henchidas de rica sangre de estudio y meditación, pensarían en tornar voluntariamente al camino de un lejano exilio, en donde fuese más amado el vigor del cerebro y fuese más demandado el bueno y sano pan de la mente; y en los bosques en donde suenan las melodías silvestres, callarían las siringas, abatidas sobre despojos de cigarras muertas entre hojas secas, porque se había marchado un cultivador de armonías; y llorarían tambien, con todos cuantos lloran hoy, lo que fue fausto del espíritu y gala de humana cultura, las lenguas vivas, que saben ya que ha enmudecido un labio que las amaba, y los conocimientos de amenidad intelectual, que ya no tendrán vivienda confortable en los alojamientos de un cerebro que les dió asilo.

Deja el señor Mosquera estudios, escritos, proyectos de creaciones útiles. Ramas desprendidas, por las cuales todavía corre savia generosa y buena; ramas desprendidas del árbol venerable, de sombra salutífera, en cuya copa sonrieron iris de corolas de honor, y se mostraron oros de frutos sazonados llenos de miel y panes, y se detuvieron á cantar aves; ramas desprendidas, que sin duda debe recoger la patria, ahora que todavía verdean y antes que las torne amarillas y secas el lento sol de la indiferencia y del olvido.

Los hijos, la familia, los deudos de este muerto, saben que estamos con ellos en su dolor y que estas líneas son apenas una modesta expresión de nuestros sentimientos.

FRANCISCO PAÚL

El sepulcro ha dejado caer su losa irremediable sobre los despojos de un hombre de excelentes sentimientos y de una vida laboriosa y útil. Bajo esa piedra, y para siempre, queda sin palpitaciones un buen corazón; y la mano ahora yerta del que fue todo solicitud y cariño en medio de los suyos y toda nobleza entre los hombres, ya no se extenderá más, para el ademán afectuoso, ni para el apretón hidalgo.

Nuestra pena está ahora compartida con la profunda de la familia Paúl, á la cual se la expresamos con toda sinceridad.

VENEZUELA Y LAS POTENCIAS

El señor don Ramón Tello Mendoza ha llevado á cabo la recopilación de todos los documentos oficiales, notas, acuerdos, resoluciones, circulares, proclamas, cablegramas, protocolos, etc., y toda otra publicación relacionada con el pasado conflicto entre Venezuela y Alemania, Inglaterra é Italia.

Este notable trabajo forma un volumen (el primero), de gran dimensión, constante de cerca de 600 páginas, nutrido de una interesante suma de escritos, que serán de buena y provechosa consulta para los estudiosos.

Nosotros agradecemos cordialmente al señor Tello Mendoza la cortesía que ha tenido, de obsequiarnos esta útil publicación.

PICÓN-FEBRES

En este número concluye, como lo anunciamos en el anterior, la novela *Flor*, de nuestro bien apreciado colaborador y amigo el señor Picón-Febres.

Es nuestro propósito hacer, en algunas otras ocasiones, obsequios parecidos, bien sea de otras obras del mismo autor, ó de inéditas de nuestros escritores renombrados.

Entre tanto, reiteramos al autor de *Flor* los votos de nuestro reconocimiento por el presente que se sirvió hacernos.

INFORMACIÓN LITERARIA

Días de Pasión, Juan Liscano.—Poesías laureadas.—Ave Populé, Ferdinand R. Cestero.—Composición del Doctor F. González Guinán (Premio del Certamen del Centro Católico).—Los extranjeros en Venezuela, Simón Planas Suárez.

Desde que salió de nuestros talleres editoriales el libro de Juan Liscano, nos lo envió con una afectuosa dedicatoria. Esperábamos poder encabezar esta Sección con la noticia relativa á él. Es una novela, en la cual está referido, con toda la fuerza de la vida y con toda la castidad de un estilo joven, el amargo dolor de no poder sintetizar la aspiración á lo alto y á lo bello en nada eterno, en nada que no perezca, en algo que viva y vibre después del delirio de la gloria y de las alegrías del triunfo. Uno de nuestros colaboradores decía de este libro, en otro lugar:—«Liscano indica la vereda ablandada por lágrimas de generaciones peregrinas, por donde se vuelve á la apacible serenidad reparadora, sobre la cual se recorta la grave y dulce figura del rubio y manso Galileo.»

—Un pequeño folleto, editado en Puerto Rico, contiene las poesías del señor Ferdinand R. Cestero, que han sido laureadas en diversos Juegos Florales de aquel país, y aunque para el lugar y la oportunidad en que fueron leídas, nos parecen intachables, hallamos que la nota saliente, la maestría del señor Cestero reside. mejor que en cualquiera otro género, en la poesía épica, como bellamente se descubre en su otro libro: *Ave Populé*, un himno al pueblo de Washington, durante la Exposición de San Luis.

—El Centro Católico propuso un Certamen, para contribuir á las fiestas jubilares de la Inmaculada Concepción. El premio de la prosa fué adjudicado á una composición del doctor González Guinán, quien nos la acaba de remitir. De sus párrafos tomamos éstos: «La mujer... es el hogar, es la familia, es la sociedad, es la nación. La sociedad humana avanza en majestuosa marcha. Ya no es la sociedad que encontró el Cristianismo bajo el Imperio de los Césares. Se ha dignificado, casi se ha purificado por el amor y por la caridad; el amor, que es la base de la familia, y la caridad que es la regeneración humana.»

—El señor doctor Simón Planas Suárez, que está Encargado de los Negocios de la República de Nicaragua ante nuestro Gobierno, ha publicado recientemente un libro titulado *Los extranjeros en Venezuela* (Su condición ante el Derecho público y privado de la República). Quiere el autor que sea una obra donde se hallen metódicamente coleccionadas todas las materias relativas á la entrada de extranjeros en el territorio nacional, á su expulsión, extradición, nacionalidad y condición legal, y las que definen los privilegios de los Ministros Públicos y Cónsules; libro que no fuese solamente útil sino indispensable á cuantos residan en un país ó quieran tener noticia de él, residiendo fuera, y del cual tengan tanta necesidad los Ministros diplomáticos y empleados Consulares, nacionales y extranjeros, como los Miembros del Poder Ejecutivo, y, en general, todo funcionario del orden político, administrativo ó judicial.

EN EL SEMINARIO METROPOLITANO

El jueves 19 del mes pasado, el Ilustrísimo Señor Arzobispo dió posesión del Rectorado del Seminario Metropolitano á nuestro apreciado amigo y colaborador, el Pbro. Doctor Nicolás E. Navarro, Director del diario católico *La Religión*. El acto, presidido por el Ilustrísimo Señor Arzobispo, se efectuó en la Capilla del Seminario, en presencia del Rvdo. Señor Provisor, de algunos miembros del Capítulo y de un respetable núcleo de seglares, entre los cuales se contaba el señor M. Figueredo E., en representación

del Señor Ministro de Relaciones Exteriores.

Enviamos al señor Pbro. Doctor Navarro la más sincera protesta de congratulaciones, por la nueva distinción que debe á su talento, á su conducta y á su ilustración.

NARRACIONES DE LOURDES

El último catálogo publicado por la casa Popelin Hermanos, de París, anuncia que en ella se halla de venta la obra titulada *Narraciones de Lourdes*, de la que es autor nuestro amigo el señor Pbro. Doctor Rafael A. Gutiérrez, de Curarigua, en donde sirve con laudable eficacia nuestra Agencia.

DOÑA "ABULIA"

La casa editorial de los señores Henrich & Cª, de Barcelona, acaba de publicar, formando el duodécimo volumen de su *Biblioteca de Novelistas del siglo XX*, la novela DOÑA «ABULIA», original de Ricardo Carreras, que el Jurado, constituido por los señores Pérez Galdós, González Serrano, Gómez de Baquero, Lorenzo Benito, Perés Maeztu y Valentí Camp, recomendó en primer término, después de los tres premios, entre las ciento veinte novelas enviadas al Concurso abierto por dicha casa.

Son escenas de la vida rústica del país, deliciosos apuntes del natural prolija y complacientemente descritos por el autor, maestro en el decir y poeta de altos vuelos, que apenas si oculta su tendencia al metro y á la rima en su prosa de infinitos matices y cálidos tonos.

Anuncian los señores Henrich & Cª que á las doce novelas ya publicadas seguirá *La Humilde Verdad*, de Gregorio Martínez Sierra.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

La instrucción en el Estado Táchira.—San Cristóbal, diciembre de 1904.

El partidarismo en la vida social.—Reseña de la velada artístico-literaria con que la sociedad «Unión y Progreso» de Betijoque, celebró el 14 de septiembre, aniversario de la batalla de Tocuyito.

Almanaque de la Botica y Droguería Olivares, de Hermanos Olivares & Cª—Fundador, Director, Redactor y Administrador Pedro T. Lucero, Miembro de la Facultad de Farmacia de los Estados Unidos de Venezuela, etc , etc., 1905

Damos las gracias á los señores remitentes.

NUESTROS GRABADOS

Van der Weyden

LA VIRGEN CON EL NIÑO Y LOS ÁNGELES

Aunque de escuelas, procedencias y fechas diversas, el cuadro cuya reproducción publicamos, figura entre los más celebrados y notables de las grandes edades artísticas. Y puede hermanarse, en fama y notoriedad, á las Vírgenes del Campo, del Pez y de la Silla, de Rafael; á la del Perugino, en adoración ante el niño; á la de Botticelli con el niño y San Juan; á la Sacra Familia, de Müller; y á la Magdalena, de Lingner.

Labor tranquila

POR JOSEPH BAIL

A la acción de las largas campañas políticas, realizadas sobre los espíritus con motivo de las leyes sobre Congregaciones, enseñanza religiosa y separación de la Iglesia y el Estado, en Francia, contestan las reacciones artísticas, en lo que á esos asuntos se refiere; y van dos años que los Salones están exhibiendo y haciendo resaltar las actitudes reveladoras de las virtudes sencillas, humildes y tranquilas, en la conducta y en la vida de los centros femeninos de congregación y propaganda.

A esa serie de obras pertenece la que reproducimos, escena silenciosa y serena, dentro el silencio del claustro.

Estudio

POR F. WOBRING

Para la copia y colección de los estudios que figuran en nuestras columnas, hemos elegido, desde años atrás, las firmas de los más renombrados artistas extranjeros y nacionales, cuyos trabajos de este género hemos obtenido.

El estudio del presente número viene autorizado por un distinguido maestro y representa una cabeza y busto de dama.

Paul Descelles

ENTRA, QUERIDO SAN NICOLÁS!

Es una escena de las tradiciones de Navidad. La visita del glorioso obispo de Bari, comisionado por el Buen Dios para ir á llevar á los niños los presentes pascuales; escena y tradición que tienen la misma indestructible poesía de la visita de los Magos, en las noches legendarias.

Batalla de Sha-Ho

La vista representa uno de los movimientos tan frecuentes en los ejércitos japoneses que combaten en Manchuria, y que consiste en fijar uno de los extremos ó alas del ejército, á resistir el fuego enemigo, en tanto que el extremo opuesto gira en torno del sitio de combate, con el objeto de envolver al contrario por su flanco.

Es la táctica victoriosa del Yalú y de Liao–Yang.

Alberto Plá y Rubio

BOCETO DEL CUADRO ¡Á LA GUERRA!

El cuadro debe recordar los días terribles de la combatiente España, cuando con motivo de su guerra en las Grandes Antillas y en Filipinas, dió ante Europa y ante el mundo el espectáculo de honor y bizarría, de despachar en sus buques propios, y en menos de tres meses, hasta 300.000 hombres de pelea, sin que sintiera angustias ni su Tesoro, ni su patriotismo.

El Desayuno

POR A. WECZERSICK

Solamente en donde la vida es amable y amiga, los artistas pueden fijar escenas domésticas de un interés tan cariñoso como la del cuadrito á que se refieren estas líneas. Pequeños episodios que son semilleros de sugestiones y de recuerdos gratos, y que ayudan á hacer risueña la diaria jornada.

D. Fernández

DANZA EN TIEMPOS DEL IMPERIO

Mientras las memorias y los recuerdos de todos los dignatarios, ministros, servidores y grandes damas de la Corte napoleónica, nos dejan escrita la vida de aquel fuerte tiempo en el que hasta el fausto parecía severo, los artistas lo ilustran, trasladando á sus lienzos todas las relaciones y todos los episodios de la epopeya. Este nuevo cuadro agrega otro testimonio al aprendizaje de todo cuanto fue grande en aquel gran resplandor de gloria y de pasmos.

Cumarebo

Nuestro colaborador artístico el señor Avril nos remite otra vista de las regiones coriana, de las cuales nos hemos venido ocupando con interés en la serie de nuestras ediciones.

La vista actual da á conocer la parte sur de la población de Cumarebo.

Ejercicios del ejército chileno

La reproducción de la fotografía conque fuimos obsequiados por el señor coronel Mac Hill, da una idea del aspecto y disciplina del cuerpo chileno de infantería. Es una vista tomada en momentos en que maniobraba uno de esos cuerpos.

Bolívar moribundo

ESCULTURA DE PÉREZ MUJICA

Debemos la fotografía que copiamos á los cuidados y al interés de nuestro muy distinguido é ilustre amigo, el señor doctor don Ricardo Ovidio Limardo.

La obra representa al *Libertador* en las horas finales de su vida; y el joven artista ha querido, al ejecutarla, representar las referencias de los albaceas del Grande Hombre, cuando lo pintan triste y pobre en su refugio de San Pedro Alejandrino, no poseyendo, para su amortajamiento, ni una camisa digna de cubrir el pecho yerto del Fundador de Colombia.

Nenúfares

Así hemos titulado el bellísimo grupo, porque, en realidad, la alegría, la terneza, la fresca palpitación de la inocencia, los asemejan á lirios de las linfas, á flotantes corolas blancas, besando los juncos de la ribera.

Sapho

Es una de las más suaves concepciones de la Musa de Léucade, el peñón supliciatorio, desde el cual dejó el rito del Amor y la infinita ansiedad la poetiza simbólica.

Tiene la altura de un himno, las líneas de un cisne, la suavidad cantora de las Islas griegas.

SECCION RECREATIVA

La fotografía en colores

Según informes recientes, aún no confirmados, un sabio alemán, el doctor Kœnig, de Hoechst, ha comunicado al Congreso científico de Breslan, que ha resuelto, en todas las condiciones exigidas, el problema de la fotografía en colores, con la reproducción exacta de cada matiz del objeto fotografiado. El procedimiento parece ser tan sencillo, que puede fotografiarse no importa qué con tanta facilidad como si se tomase una instantánea con un kodac. Además, los gastos de la operación no pasan de los de la fotografía ordinaria. El aparato reproduce escrupulosamente todos los tintes del traje, de las prendas, de las telas, etc. Con el negativo pueden obtenerse, en menos de un minuto, pruebas de todo cuanto esté colorado en el original.

El doctor Kœnig ofrece dar al Congreso la explicación técnica de su invento.

Un nuevo explosivo

Lo ha inventado el conde Smolianioff, muerto últimamente en Washington. El explosivo se llama la *cerverita*. Se compone de los mismos elementos que la dinamita, con adición de dos aceites minerales á la nitro-glicerina antes de verterlo sobre la materia absorbente. El objeto de estos aceites es desensibilizar la mezcla de tal manera que no haga explosión bajo una sacudida mecánica. El explosivo escapa, además, á la acción de las temperaturas extremas. Los aceites empleados en la composición de la cerverita y los procedimientos de aplicación constituyen el secreto de los inventores. Estos aceites convierten el explosivo en combustible, en lugar de hacerlo un producto detonante. Le dan una fuerza igual á 90 p% de nitroglicerina pura. La explosión de la cerverita se determina por un modo especial de percusión, unido á la acción de la electricidad.

El matrimonio entre los animales

CURIOSAS OBSERVACIONES

Contra lo que vulgarmente se cree, entre los animales existe el respeto á la santidad de los lazos matrimoniales. La fidelidad conyugal, así como otras muchas virtudes, no son monopolio del hombre.

Los monos antropomorfos son monógamos en alto grado; casi puede asegurarse que durante toda su vida. Los monos de las especies restantes también lo son, aunque durante menos tiempo, como ocurre con los lemúridos.

Los insectívoros, aunque en ocasiones se acercan á la promiscuidad, nunca son polígamos. Los monotremas, como el ornitorinco y el equidno, y los marsupiales, también son monógamos. Los labirintodontes y los reptiles no han alcanzado aún este grado de perfección moral.

Los hombres primitivos debieron de ser monógamos, pero sus inclinaciones á promiscuar les fueron conduciendo á la poligamia, tan extendida en muchos países.

Un noventa por ciento de la población animal del mundo es monógama. El cariño conyugal está más desarrollado en las aves que en los mamíferos, excepción hecha de los monos antropomorfos y el hombre; pero los pocos que se salen de la regla común se exceden en una absoluta y licenciosa promiscuidad. Algunas especies de cucos son buen ejemplo de esto.

Las especies más bajas entre los mamíferos son los roedores, que realizan el ideal de algunos reformistas del matrimonio casándose sólo durante una estación y separándose después. Esta época está caracterizada en ciertas especies por la ausencia absoluta de amor paterno. Las ratas, los conejos, las ardillas, las comadrejas y otros animales de esta especie matan á sus propios hijos si los encuentran en su madriguera. Por el contrario, en los monógamos se observa un período, durante el cual las crías viven bajo la tutela y el cuidado de sus padres. Como muestra pueden citarse los grandes carnívoros: el tigre, el león, el leopardo, el lobo y también la ballena, algunas focas, contados roedores y, desde luego, los monos antropomorfos.

Es curioso observar que los animales salvajes poseen una moralidad de costumbres que las especies domesticadas han perdido al ponerse en contacto con el hombre. El cerdo en estado salvaje es monógamo á machamartillo, y escoge una compañera, cuyas relaciones no se interrumpen sino por la muerte del uno ó de la otra; mientras que el cerdo doméstico es promiscuador en alto grado. El primero cuida amorosamente de sus hijos, y el segundo no se ocupa de ellos para nada. Semejante cambio se ha operado en el perro, suponiendo, como casi parece seguro, que es un lobo domesticado.

Un autor opina que el hombre ha logrado domesticar seis ó siete animales, precisamente por haberlos convertido en libertinos. Los que no se asimilan este género de vida mueren en cautividad.

La hembra del cuclillo se une con media docena ó más de machos, y quizá por esto, que la lleva mucho tiempo, no se ocupa de construir nido para sus crías, y pone los huevos en el nido de otras aves.

Los parásitos del hígado

Los *distomas* son gusanillos chatos como hojas, que se hallan en las vías hepáticas de los animales, principalmente del carnero y algunas veces, pero con mucha rareza, en el hígado del hombre.

Pueden determinar accidentes graves, aun mortales y causan grandes epizootias, sobre todo, entre los rebaños de la Argentina. Hasta ahora no se les había estudiado con la atención requerida.

El doctor Ssimitzev, de la Universidad de Varsovia, acaba de someterlos á una serie de observaciones importantes. Ha comprobado que en el curso de su desarrollo toman diferentes formas y se acomodan, en diversas épocas, á géneros de vida completamente distintos. Los huevos no se fecundan sino en medios muy húmedos. Y, cosa curiosa, el pequeño distoma no nace sino en plena luz. Cuando emerge del huevo, tiene el aspecto de una perla alargada y mide cerca de quince milímetros de longitud. Nace cubierto de vellos. Inmediatamente nada, hasta que se encuentra en contacto con una especie de caracol anfibio, cuya cáscara rompe, agujereándola, para alojarse en ella. Se despoja entonces de los vellos con todos los órganos rudimentarios y no vive más sino á expensas de su albergue.

Este intruso da nacimiento á gran número de otros organismos que acaban por matar al huésped y que perecerían con él, si para entonces no hubiesen llegado ya á un grado de vitalidad que los hace cambiar de forma y tomar la de larvas. Éstas abandonan el caracol muerto, nadan algún tiempo, secretan en torno de sí mismas una substancia que se endurece y las abriga desde que pueden fijarse sobre una brizna de yerba ó un talluelo cualquiera.

Allí esperan que un animal, al pasar ó ramonear, las trague y las deje penetrar hasta sus conductos hepáticos. Entonces se entregan á su obra de infección.

¿Cómo llegan estos parásitos á descubrir el caracol que les sirve de primer vivienda, puesto que el distoma parece no tener ningún aparato visual? El doctor Ssimitzev ha comprobado que posee, en sus diversos estados de desarrollo, una especie particular de órganos sensorios, capaces de percibir los sonidos, los olores y los diversos fenómenos del gusto. Estos órganos son minúsculas papilas, que consiste cada una en una vesícula transparente que contiene una pequeña varila, y algunas granulaciones, y en conexión con una fibra nerviosa que trasmite la excitación ó la estimulación al cerebro.

LA HERMOSA NIÑA RENÉ GONZÁLEZ, que estuvo gravemente afectada por una bronquitis aguda y gracias á la **Emulsión de Scott** se encuentra ya bien.

Como lo más necesario para la vida es la salud, cada cual debe procurar los medios de adquirirla. Los mejores síntomas de una salud perfecta son: buen semblante, robustez y fuerzas. Con la **Emulsión de Scott** se consigue todo ésto, pues es un alimento importantísimo y una medicina heroica que regenera los organismos debilitados, purificando y enriqueciendo la sangre.

Con buen éxito y en gran escala he venido haciendo uso durante muchos años de la excelente preparación denominada Emulsión de Scott, notando que, en muchas enfermedades, como en la tuberculosis, escrófula, etc., y sobre todo en la infancia da resultados superiores á los que se obtendrían con cualquiera otra preparación de su género.

DR. JUAN N. CAMPOS,
President del Consejo de Salubridad,
en Toluca, México.

De venta en las Farmacias y Droguerías.

SCOTT & BOWNE, Químicos, NUEVA YORK.

POSTALES Las tarjetas postales que han llegado á la Empresa El Cojo son de un exquisito gusto artístico. Lujosa existencia para ser vendidas sueltas y en preciosas colecciones.

Después de probar todos los engañosos remedios que se anuncian es cuando más se agradece la eficadia RADICAL del Digestivo Mojarrieta, cuya superioridad está universalmente confirmada en las enfermedades del estómago.

Curaciones desesperadas, en personas bien conocidas que lo tomaron durante tres meses, son las que lo han hecho glorioso; pues, un solo estuche produce mejor efecto que una docena de frascos de cualquier otro remedio, porque, además de ser el único verdadero Curativo radical del estómago y del intestino, sin engañosa acción calmante, es Digestivo y Purificador de los alimentos.

Se debe exigir que cada hostia tenga grabado el nombre Digestivo Mojarrieta.

De venta en la Farmacia de **Valentiner y Ca.**, Caracas; y en las principales Droguerías de Europa y América.

EL ARTE DEL
POSTIZO

Creaciones artísticas y seductoras de todos los accesorios para el peinado
M. et Mme. DESFOSSÉ
21 Rue Lavoisier, **París**
Bello é instructivo catálogo que se enviará á quien lo pida

Notas é impresiones

Toca á la juventud el ser paciente. Tiene ante sí el porvenir.

BONAPARTE.

***

Todo el que se mete á pensar, debe tener una filosofía.

CHALLEMEL-LACOUR.

***

En el concepto de cierta gente, vale más ser criminal que necio.

BALZAC.

***

Los ricos consideran el mundo como un inmenso bazar lleno de cosas que todas se compran.

PH. HEUZEY.

***

En los que no existe ya la pretensión de agradar, son felices si no fastidian.

A. GENNEVRAYE.

***

El estudio y la amistad son los consoladores que nos acompañan más, y más lejos en la vida.

SAINTE-BEUVE.

***

La naturaleza es á un mismo tiempo la buena y la mala compañera ó hada del hombre. A todos los dones que favorecen su supremacía, ha unido ella el poder de dirigirlos contra el hombre mismo.

Hay grandes moralistas, como Pascal, con quienes nos sentiríamos aterrorizados, á las veces, si con ellos nos encontraremos de acuerdo.

G. M. VALTOUR.

PÍLDORAS
MOUSSETTE
Neuralgias
Jaqueca
Ciática.
CLIN y COMAR — PARIS
En todas las Farmacias.
607

INFLUENZA ★ RACHITIS
ANEMIA VINO CLOROSIS
AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullié & Ca.** marca **La India,** es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India,** se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. **Su valor 4 reales.**

LA
Phosphadine Fullié
es un alimento completo
DE FACIL DIGESTION
para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la anemia
Embarazos y dentición
En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela:
Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República

EXIJASE EL VERDADERO ELIXIR TONICO ANTIFLEMATICO
• DEL Dr GUILLIE •
Empleado con éxito desde hace más de ochenta años, contra las enfermedades del *Hígado*, del *Estómago*, del *Corazón*, *Gota*, *Reumastismos*, *Fiebres Palúdicas y Perniciosas*, la *Disentería*, la *Grippe o Influenza*, las enfermedades del *Cutis*, las *Lombrices* y todas las enfermedades ocasionadas por la *Bilis* y las *Flemas*.
Rehúsese todo antiflemático que no lleve la Firma **Paul GAGE**
Depósito General, Dr **Paul GAGE Hijo**, Fco de 1a cl., 9, r. de Grenelle-St-Germain, **Paris**
y en todas las farmacias

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE
al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado
El remedio más eficaz para curar las ENFERMEDADES DEL PECHO, las TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS, las BRONQUÍTIS CRÓNICAS
L. PAUTAUBERGE, 9bis, *Rue Lacuée*, Paris Y LAS PRINCIPALES BOTICAS.
Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

LINIMENTO GENEAU
para los CABALLOS
Solo este precioso Tópico reemplaza al Cauterio, y cura radicalmente y en pocos dias, las Cojeras recientes y antiguas, las Lisiaduras, Esguinces, Alcances, Moletas, Alifafes, Esparavanes, Sobrehuesos, Flojedades é Infartos en las *piernas* de los jóvenes caballos, etc.; sin ocasionar *llaga* ni *caida de pelo*, aun durante el tratamiento. — Revulsivo y Resolutivo inmejorable en las enfermedades internas.- PRECIO 6 fr. Depósito General: Farmia GENEAU, 165, r. St-Honoré, PARIS

¿ARRUGAS EN EL ROSTRO?

Mi **Velvo** ha sido usado con éxito maravilloso durante 17 años por el bello sexo de la *high life* de Filadelfia y de París. Aseguro que quita las arrugas y llena los huecos de la mejilla, el cuello y la barba; garantizo que da al cútis la lozanía de la juventud.—Precio Bs. 6.

Folletito ilustrado con instrucciones para *masaje facial*, que quita las arrugas, pliegues y "*pies de gallo*" del rostro, **grátis** á quien me lo pida.

Josephine Le Fevre 1208 Chestnut St., Philadelphia. Pa. U. S. A.

Mi **Mando** destruye los vellos supérfluos en cualquiera parte del cuerpo en cinco minutos sin molestar ni dejar señal.—Precio Bs. 5.

EL CARMIN LIQUIDO, DE LEFEVRE

Es el más fino é inofensivo que existe. Imposible conocer cuando una dama le ha usado. Da desde el púrpura encendido hasta el tinte de un inocente rubor.—Precio Bs. 2.

Agentes Generales en Venezuela

Señores H. Thielen & Ca.

(*Esquinas Llaguno y Coliseo.*)—*Caracas.*

Bajando en globo á las cavernas

Podrá parecer idea descabellada la de emplear globos aerostáticos para explorar las profundidades de las cavernas, por lo menos tanto como si se tratase de remontarse hasta las nubes con escalas de mano, cuerdas y linternas de minero. Sin embargo, la idea acaba de ponerla en práctica el doctor Hovey para una nueva exploración de la famosa cueva del Mammut, en los Estados Unidos. Ha utilizado pequeños globos cautivos para medir la altura de las salas cuya bóveda es inaccesible, inflándolos por medio de cilindros metálicos llenos de hidrógeno.

Las experiencias no han tenido todo el resultado que era de esperarse, á causa de la humedad intensísima que reina en las cuevas, y además se ha comprobado que en esas inmensas excavaciones subterráneas reinan corrientes de aire muy intensas que desvían á los globos y á las cuerdas que los sujetan, dando por resultado medidas falsas.

Breve pero interesante.—Ambos calificativos merece el siguiente certificado:

«El suscrito, Médico Cirujano, certifica que ha usado con éxito la Emulsión de Scott en niños escrofulosos y raquíticos y en personas convalescientes.»

Firma el doctor J. Curiel Abenotar, excelente facultativo residente en Coro.

Frasco 5 fr. — PUREZA DEL CUTIS — en Paris

— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pône y conserva el cútis limpio y terso

CANDÈS & Cie. — Bd St-Denis, 16

LES PLAQUES ET PAPIERS

JOUGLA

SIEMPRE SON INMEJORABLES

HIERRO QUEVENNE Cura: ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD

Aprobado por la ACADEMIA de MEDICINA de PARIS. — El mas activo y economico, el único Hierro INALTERABLE en los paises cálidos

Exigir el Verdadero con el Sello de la "Union des Fabricants". — 14, R. des Beaux-Arts, Paris.

OMEGA

ROSSKOPF

WALTHAM (SOL)

CRONOMETRO (VICTORIA)

INVICTA

LIBERTADOR

ST. BERNARD

LOS MEJORES RELOJES

SE CONSIGUEN EN LA JOYERIA DE

GATHMANN Hnos.

PIDANSE LAS MARCAS SIGUIENTES

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS DRES JORET y HOMOLLE

CURA

LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

Fcia G. SÉGUIN, PARIS

165, Rue St-Honoré, 165

Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

EXIJAN Vds. sobre cada PILDORA BLANCA las palabras: DEHAUT A PARIS impresas en negro.

Las PILDORAS Purgativas y Depurativas del Doctor DEHAUT se toman al comer.

Ningún Regimen. No más Dieta. Las menos COSTOSAS puesta que son las mas activas.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesias, Toses nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

Empleado con el mejor éxito.

HEMOSTATICO el mas PODEROSO

SOLUCION TITULADA

Las *Grageas* hacen mas facil el *labor del parto* y *detienen las pérdidas.*

AMPOLLAS ESTERILIZADAS para *Inyecciones Hipodérmicas*

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN

Medalla de ORO de la Sad de Fia de Paris.

LABELONYE y Cie, 99, Rue d'Aboukir, PARIS y en todas las farmacias.

J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS

De la Palma á S. Pablo N. 24 - Teléfono N. 2159

TELEGRAMAS: ROVERSI - CARACAS

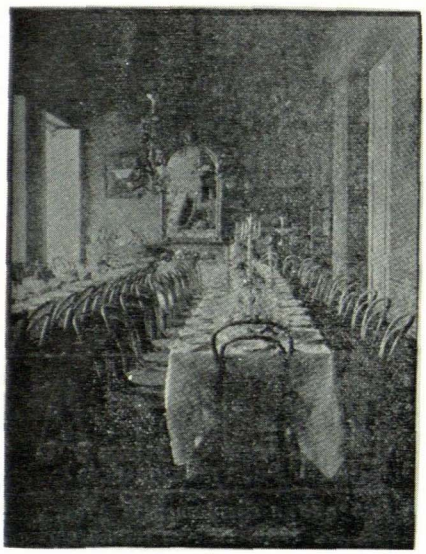
¡Gran Marmolería!

J. ROVERSI - Venezuela - Caracas

Departamento Acetileno: Carburo, Instalaciones completas para ciudades y particulares, Accesorios de todas clases

A las personas del Interior de la República que quieran tomar, directamente, suscripciones á esta Revista, les avisamos que podemos servirlas cuando se nos envíe el valor de un trimestre anticipado (tres pesos sencillos) ó su equivalente en estampillas de correos. Todo suscriptor debe estar atento á la renovación del abono, pues se suspenderá el envío del periódico, sin más aviso, al no recibirse el valor del nuevo trimestre.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y miliares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE.*** **DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



VICTOR ANTONIO CHECATTO

DESEA Á SUS FAVORECEDORES UN FELIZ AÑO

Se encarga de toda clase de trabajos de fiestas y económicamente de

Matrimonios, Bailes y Banquetes

Por referencias, dirigirse á "La Mejor" teléfono 319, ó á su casa de habitación de Miraflores á Santa Bárbara, número 53—Caracas

El embalaje automático

M. Van Allen, de París, acaba de inventar una interesante máquina, propia para empaquetar automáticamente objetos de cualquier dimensión, con tanta exactitud como lo haría la mano del hombre y con mayor rapidez, en condiciones tales, que el paquete, —respondiendo á todas las exigencias,—puede ser despachado en el acto.

Esta máquina corta el papel ó cualquiera otra materia que sirva para embalar, y da á la envoltura la forma determinada de antemano. Procede luego á la introducción de la mercancía, te, azúcar, café, habas, cualquier producto. La cose convenientemente, de manera que dé el menor volumen posible, pega la etiqueta y coloca el paquete según las disposiciones que se quieran.

La máquina puede proveer hasta cuarenta paquetes, completamente listos, por minuto.

NECESIDAD EN EL TOCADOR

DE TODA PERSONA DELICADA

DESEADO DESCUBRIMIENTO

EL JABON DE ROMERO

DEL DR. LOBB

HA SIDO, DURANTE MUCHOS AÑOS,

el más aceptado por las Señoras, Señoritas y Caballeros exigentes. No solo por su pureza y por el riquísimo perfume y la abundante y fresca espuma que produce, sino también porque cura positivamente los Barros y las Espinillas del Rostro, las Irritaciones Cutáneas y la Caspa.—

Precio:

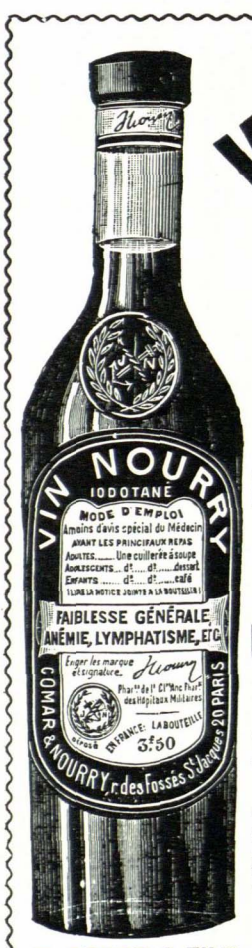
3 y medio reales.

EL VERDADERO REMEDIO **Homeopático** DEL **Dr. LOBB para la Anemia** es la salvación de la mujer raquítica, pálida, débil y enfermiza.—Se asegura que cura la Clorosis y la Anemia en cualquiera de sus formas y condiciones, que embellece la complexión y conserva, limpia y hermosea la piel. **Precio 3 y medio reales.**

¿Desea usted el consejo profesional de un facultativo? *Diríjase al Dr. Lobb (329 N. 15th. St, Filadelfia, Pa. U. S. A.)* El se lo dará con gusto y desinteresadamente. Pídase el Manual del Dr. Lobb, grátis. El mejor amigo de la familia.

AGENTES GENERALES: SEÑORES H. THIELEN & CA.—CARACAS

De venta en las Principales Farmacias y Droguerías en Europa y en la América-Latina



VINO NOURRY

YODOTÁNICO

á la vez

Depurativo y Fortificante.

DEBILIDAD GENERAL
ANEMIA
LINFATISMO
ENFERMEDADES del PECHO

El **VINO NOURRY** *reemplaza con ventaja el Aceite de Higado de Bacalao.*

Excita el apetito *y constituye el mejor remedio contra las enfermedades de las* **Mujeres** *(colores pálidos, épocas dolorosas) y de los* **Niños** *(escrófulas, usagres, etc.*

SE VENDE

EN TODAS LAS FARMACIAS ACREDITADAS

F. COMAR & FILS
PARIS

619

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO — ANEMIA — CLOROSIS

Exíjanse el Nombre *el Sello de Garantía*

PÍLDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable.

y la Dirección *40, Rue Bonaparte, PARIS*

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el **Jarabe de Blancard.**

Se acabaron las rubias

El profesor Mason, renombrado antropólogo neoyorquino, acaba de profetizar la desaparición de las rubias en el mundo. Andando el tiempo, todas las mujeres tendrán el pelo negro. Pero no hay que apurarse; dice el sabio americano que esta desaparición se operará lentamente, tan lentamente que tardará unos cuantos siglos en verificarse, porque sus observaciones le han demostrado que dicha evolución se efectúa muy despacio, y por lo tanto calcula que, allá para el año 2500, la Margarita de *Fausto* habrá trocado sus cabellos dorados por otros negros como la endrina.

COLORES PÁLIDOS
AGOTAMIENTO

GRAJEAS Y ELIXIR RABUTEAU

El mejor y más económico **Ferruginoso.**

CLIN Y COMAR — PARIS

EN TODAS LAS FARMACIAS

612